BREVIARIOS DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL



ANTOLOGÍA

RAMIRO LEDESMA RAMOS

BREVIARIOS DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL

Ramiro Ledesma Ramos

SELECCION Y PROLOGO
POR
ANTONIO MACIPE LOPEZ

SEGUNDA EDICION



EDICIONES FE · MCMXLII

BREVIARIOS DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL

Ramiro Ledesma Ramos

SELECCIÓN Y PROLOGO POR

ANTONIO MACIPE LÓPEZ

SEGUNDA   EDICIÓN

EDICIONES FE-MCMXLII

Gráficas Uguba. Meléndez Valdés, 7.—Madrid.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Han transcurrido cerca de diez años desde que Ramiro Ledesma empezó a operar sobre nuestra vida nacional. Fué al comienzo de 1931. Tenía entonces veinticinco años.

En 1940, la generación actual—entiéndase bien—, las juventudes de hoy, al mirar nueve años atrás ven alzarse la figura de Ledesma Ramos con una altura muy superior a la de cuantos en aquella ¿poca danzaban en la política y en la prensa de cualquier sector o matiz que fuese.

No faltará quien juzgue excesiva esta valoración Tampoco vamos a tratar de convencerle, porque, entre otras razones, es difícil ponerse de acuerdo cuando se miran las cosas desde distinto punto de vista. Seguramente habrá la misma diversidad de opiniones al interpretar nuestra época desde un punto de vista histórico.

Próximo está el paisaje que vamos a contemplar con mirada retrospectiva; mas a pesar de la proximidad es igualmente triste y sombrío el fondo sobre el que se destaca la figura del genial español.

Bien por culpa de las masas, bien por incapacidad de las minorías rectoras que presidieron el largo proceso del debilitamiento español, bien por lo que fuera, el caso es que en 1931 había llegado la vida política española, lo mismo que la cultural, la económica y la social, a tal grado de descomposición y de esterilidad que se hacía absolutamente indispensable descubrir una nueva arteria capaz de dar la vitalidad necesaria para que nuestro pueblo no dejase de tener al menos la personalidad de una nación enclavada según unas coordenadas precisas en el mundo. Hasta esto último, la silueta misma de la Patria, quedaba amenazada por los separatismos traidores.

Ninguna posibilidad había en las fuerzas actuantes. Por una parte, la dinastía Borbónica descendía del Trono español sin estrépito ni tragedia alguna. El desprendimiento no fué doloroso, porque tampoco su injerto llegó al vivo contacto con la savia íntima de España. La poda de una dinastía de origen ultrapirenaico, se presentó falsamente ante el pueblo como el derrumbamiento de una Monarquía española. Es lo cierto, sin embargo, que, si en el Trono hubieran estado una Reina de Castilla y el Rey nacido en un pueblo aragonés, habrían salido si acaso por la fuerza de las armas, pero nunca por la frivola y tornadiza voluntad de unas elecciones. Por otra parte, los partidos republicanos se, aproximaban al Poder con tal impedimenta de palabrería e ideas trasnochadas que les incapacitaba para toda acción eficaz. Sus fuentes originales no andaban muy lejos de aquellas en que manó la caída dinastía. Desde luego, ninguna traía agua española, y por esto el ser mismo de la Patria era ajeno a la política derivada de cualquiera de ellas. Los políticos de más "prestigio" vivían en lo externo, sin ver más allá de unas próximas elecciones o de las urgencias de sus electores. Ni de esos políticos se podía esperar nada, ni de las formas por ellos sustentadas.

Era precisa, por tanto, una solución de continuidad en la vida de España. Se imponía un "puro y radical comienzo". Este fué puesto en marcha por Ledesma al romper con toda esa cobarde y estéril palabrería, tomar su energía en los profundos núcleos de "lo español" y presentar a una generación dispuesta al sacrificio la perspectiva elemental y eterna de cumplir un destino. Ante el trance angustioso de España, trazó la línea firme en que él mismo se mantuvo hasta rubricar la voluntad primera con la vida y la sangre de sus treinta y un años. Penetró en la entraña de los problemas de su Patria y de su tiempo, elaboró la parte nuclear del doctrinal político y abrió con su actuación y su polémica toda una estrategia de combate. Tan decisiva fué su aportación que es imposible llegar a la raíz primera de nuestra Revolución Nacional—raíz más oculta por más profunda—sin conocer la actitud de Ledesma ante las diversas circunstancias y problemas planteados en su trayectoria política.

* * *

Dejemos para otras bien cortadas plumas el cuidado de presentar los aspectos biográfico, humano e intelectual. Arranquemos nosotros del recodo en que Ramiro, decide abandonar las tareas intelectuales de la Filosofía y de las Ciencias Físico-Matemáticas para entregarse a la activa vida de fundador', vida que había de ir para siempre "fatalmente ligada a su destino".

No nos preocupa aquí desentrañar cómo se operó en su interior este viraje y por qué adoptó tan especial posición. Prescindamos de íntimas consideraciones y fijémonos tan sólo en el Ledesma entero, proyectándose con todo su vigor sobre nuestra marcha [1].

---

[1] Algunos camaradas han tratado de interpretar ciertos aspectos de la vida íntima de Ramiro, de sus crisis principalmente. Claro que no con ánimo de disección, ni de frío psicoanálisis, sino con el cariño y la estimación hacia quien es algo vivo para nosotros. Así, en opinión de Aparicio, que vivió junto a Ramiro la vida política, las tareas universitarias fueron sólo "un sedante contemplativo y un acicate intelectual a sus turbulentas desazones de político en paro forzoso". Pero Emiliano Aguado, que fué también compañero de Ledesma en los anhelos por comprender la filosofía de Kant, de Hegel o de

Advirtamos, sin embargo, que cuando Ledesma pasa de la esfera intelectual a la política no lo hace a la manera de los intelectuales de sus días: creyendo que el hecho de serlo le da títulos suficientes y aun sobresalientes para intervenir en la vida pública, lo que suele explotarse con éxito entre el pueblo español por la admiración que éste tiene hacia el hombre de ciencias o de letras.

Trasciende a las tareas políticas no en cuanto intelectual, sino en cuanto hombre de acción. Decide dejar "las elaboraciones ideales" para sumergirse en las "realidades del mundo"" y "operar con el material humano tal y como es". Sabe que "al intelectual se ¡e escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuro". Conceptúa, en fin, la política, no como "una ciencia abstracta, que se nutra y sostenga de ideas generales, de simples y puros raciocinios", sino como "un arte, una estrategia".

Pudo Ramiro continuar en su esfera intelectual y desde ella hacer el diagnóstico sobre España, sobre las causas de la decadencia y sus remedios. Seguramente nos hubiera dado un gran libro. Pero aunque hubiera sido superior a cuantos con este tema llenan un capítulo do nuestra bibliografía, sus consecuencias no habrían tenido la trascendencia que han alcanzado al "sumergirse en las realidades del mundo". (Teníamos ya la experiencia de un siglo de divagaciones sobre las causas de la decadencia española. Los remedios intelectuales habían sido tan perfectamente estériles como los cantos nostálgicos a las pasadas glorias del Imperio español.) Por esto, tan importante o más que la parte teórica de su obra es la parte polémica, su actitud ante cada problema que en la vida diaria se presenta. Por esa actitud percibimos el profundo sentido que le orientaba. Es indispensable tener en cuenta ambas partes para la comprensión total del hombre político, pues, como dijo su maestro Ortega y Gasset, "el pensamiento político es sólo una dimensión de la política. La otra es la actuación".

Notemos también el hecho de que la actuación del fundador de las J. O. N. S. no fué precisamente la que lógicamente se desprendía del ambiente cultural en que se formó: de la Universidad, de la "Revista de Occidente", del Ateneo. En el primer número de "La Conquista del Estado" dedica un artículo al Ateneo de Madrid. Ya desde fuera da su adiós de despedida al que "ha perdido el contacto con los tiempos y vive una vida estelar junto a una galería de retratos familiares, creándose artificiosamente su universo y adorando los viejos mitos del viejo siglo".

Esta elemental mirada sobre él ángulo decisivo de la vida de Ramiro nos es suficiente para situarnos en el principio de su trayectoria política.

* * *

Dos meses antes de proclamarse la República se difundió el "Manifiesto Político de la Conquista del Estado", redactado en sus líneas fundamentales por Ledesma [2]. Comienza su área fundacional invocando para "intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz"" el solo título de poseer ""una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país". Su conducta "nace de cara a las dificultades actuales" y representa "la voz de estos tiempos". Pero en realidad Ledesma se levanta sobre el problema de su tiempo, y siente en primer lugar "la gran angustia de advertir cómo España—el Estado y el pueblo español—vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en autonegación suicida, de tal gravedad que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica". Es la angustia de tres siglos la que siente Ledesma y, por tanto, la angustia de la Patria.

Esta altura histórica de una parte y aquel "dar cara a las dificultades actuales" de otra, proporcionan a Ledesma formidables perspectivas futuras sobre las que se aprestó a actuar "con el máximo coraje".

He aquí la primera gran originalidad con que Ramiro se presentó dentro de la acción política española.

Heidegger, nos descubre en su magnífico libro Ramiro Ledesma en la crisis de España la gran pasión con que se afanaba en el mundo de la cultura. Aguado nos hace notar también cómo pervive el intelectual en Ramiro hasta en su más agitada etapa política, si bien esa actitud se oculta sobre todo en los escritos de la revista /. O. N. S., bajo el velo del seudónimo, el de Roberto Lanzas. Es el intelectual quien reflexiona entonces sobre la violencia política, quien examina la ruta seguida, quien medita las características peculiares de nuestra época, etc. Hay, por tanto, un "ensimismamiento" en Ramiro antes de entregarse a la acción. No menos precedida de meditación fué la obra de José Antonio Primo de Rivera. Y a propósito de la lectura de un reciente librito de Ortega y Gasset, nos conducen estas consideraciones a pedirle al maestro del ensimismamiento un poco de comprensión cuando discurre desde la tranquila orilla del Plata sobre los estremecimientos de esta Europa cuyas angustias dolorosas ha sufrido y está sufriendo España. Un poco de comprensión, sobre todo, para los que, como Ramiro y José Antonio, no se movieron por una mera "alteración", sino que hasta el más grave gesto de la vida, el gesto ante la muerte, fué presentido y aceptado con la conciencia y la decisión de los que obedecen a eternas e inapreciables razones, más firmes desde luego que la filosofía del siglo.

[2] Los firmantes de este Manifiesto fueron: Ramiro Ledesma, como Presidente; Juan Aparicio López, como Secretario; Ernesto Giménez Caballero, Ricardo de Jaspe, Manuel Souto Vilas, Antonio Bermúdez Cañete, Francisco Mateos González, Alejandro M. Raimúndez, Ramón Iglesias Parra, Antonio Riafio Lanzarote y Roberto Escribano Ortega.

Se levanta huérfano y desnudo de toda doctrina o tendencia política. Pero con la seguridad de "servir al ser histórico de España", porque para esto basta "con el mero hecho de querer y soñar para España una grandeza". Ni siquiera necesita esforzarse en "buscar la verdadera tradición", porque cuando se mueve con tan altos y nobles anhelos "la tradición está siempre vigente, presidiendo los forcejeos de cada día".

La verdad es que la bandera levantada en marzo del 31 por aquel jovenzuelo de veinticinco años, no solamente huérfano, sino enemigo de cuanto acontecía en España "por su infecundidad radical", no era precisamente para emocionar a financieros y políticos, ni a las masas proletarias marxistizadas, ni a cualquier español que tuviese un dedo del viejo poso político. Solamente las juventudes, toda una nueva generación, podrían emprender emocionadas la marcha sobre esta nueva ruta.

Por esto su célebre discurso de mayo del 35 comienza con la verdad axiomática de "señalar firmemente a las actuales juventudes españolas como las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone".

Con la sobria y eficaz elocuencia de un gran capitán examina "de cerca el bagaje de las juventudes", les "muestra su presente, la realidad sobre la que hoy están acampadas", y, por último, configura "el triunfal destino a que deben aspirar sus luchas".

El 21 de marzo del 31 presiente la ingente tarea a realizar. Habla ya de preparar "falanges jóvenes", "equipos militantes sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra". "A un lado, el español nuevo con la responsabilidad nueva. A otro, el español viejo con la vieja responsabilidad de sus plañidos y de sus lágrimas." Para los primeros lanza su grito: ¡Españoles jóvenes: en pie de guerra! He aquí una separación exacta que más adelante destacaremos, por la importancia que tiene para la concepción clara de nuestro momento histórico.

Y a esos jóvenes "en pie de guerra", antes de emprender la marcha no les habla de frías teorías económicas ni dé la doctrina que con su vigorosa lógica había de crear. Él mismo, tan ajeno siempre a lirismos estériles, siente entonces el estremecimiento augural de quien se encuentra en un grande y decisivo instante. Pero esto no es un lirismo estéril. Sólo se le ocurre comparar su momento—que fué real—con aquel de Unamuno—que fué imaginado—en que éste gritara su cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote. "Unamuno en 1908 soñaba tareas geniales para el pueblo hispano. No han acontecido aún"... "Hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes."

Revive los párrafos más vibrantes del célebre prólogo y Ramiro mismo convierte en norma de conducta aquel consejo del profesor salmantino: "Y, ante todo, cúrate de una afección terrible que, por mucho que te la sacudas, vuelve a ti con terquedad de mosca: cúrate de la afección de preocuparte cómo aparezcas a los demás."

"Esto último, sobre todo—comentaba Ramiro—, para el ambiente español enrarecido es de una oportunidad magnífica. Aquí, cuando brota algo nuevo, aunque proceda del centro mismo vital de las gentes, de le ahoga en el ridículo. Se le combate con el ridículo. Pero, ¡ah, viejos peces contumaces!, las falanges jóvenes de la Conquista del Estado vienen inmunizadas para el ridículo. Con careta eficaz y resistente."

Ni el chistecito de llamarles "los de la conquista del establo", ni los irónicos comentarios sobre las extravagancias de Ramiro, impiden que la personalidad de éste adquiera perspectivas de valoración indiscutible, mientras que a los figurones gubernamentales de entonces, lo mismo que a los de la oposición, apenas si se recuerda como tristes sombras, muertas unas y errantes otras por un mundo que les es ajeno.

Con este clarinazo saluda Ramiro la madrugada del 21 de marzo del 31: "en los minutos tremendos que anteceden a todo ponerse en marcha hacia algo que requiere amplio coraje".

* * *

Nuestro pensamiento se encuentra ahora ante los comienzos del itinerario que fué entonces personal, abierto por la voluntad y la inteligencia de un solo hombre. Éste, al frente de su quijotesca minoría, no tenía ante sí ni siquiera un enemigo concreto.

Tan sólo el guirigay armado por monárquicos y republicanos, creyendo ingenuamente que de su decisión saldrían resultados definitivos en uno u otro sentido.

Frente a esta división, Ramiro exclama con grito de pasquín: "Nada nos importa la Monarquía ni nada nos interesa la República. ¡Cosas de leguleyos y de ancianos!" Y así pasan los de "La Conquista del Estado" por encima de este pleito sin gastar energías juveniles en cosas de poca monta.

¡Qué magnífica fué la actitud de Ramiro cuando el 28 de marzo plantea la lucha en términos absolutamente distintos! Debe ser "la pugna de la España de los jóvenes con la España de los viejos"... "¡No más mitos fracasados! España se salvará por el esfuerzo joven"

El 11 de abril muchos pechos más femeninos que varoniles entraban en congojas y agonías casi ateas ante el próximo triunfo de una rencorosa alegría que, por otra parte, iba siendo comprendida alegremente también por muchos españoles.

lncomprendido y absolutamente solo debía estar aquel español que ante la fecha republicana escribía: "Asistimos sonrientes a la inútil pugna electoral. Queremos cosas muy distintas a esas que se ventilan en las urnas: farsa de señoritos monárquicos y republicanos. Contra cualquiera de los bandos que triunfe lucharemos. Hoy nos persigue la Monarquía con detenciones y denuncias. Mañana nos perseguirá igualmente el imbécil Estado republicano que se prepara".

Proclamada la República, Ledesma declaraba: "Han variado las circunstancias el contorno que nos rodeaba. Nosotros seguimos igual que en la hora de nuestra salida. Nacimos para promover en la vida española un linaje de actuaciones de muy diferente sentido a las que simboliza y representa un mero cambio de forma de gobierno"... "No podemos vincular nuestro programa al de los grupos republicanos triunfantes."

No se preocupó más Ramiro de la cuestión monárquica o republicana. Seguramente porque apenas le dio importancia. Pero el himno jonsista era lo suficientemente expresivo en una de sus estrofas:

"No más reyes de estirpe extranjera ni más hombres sin pan que comer."

He aquí una vez más la presencia actualísima del jonsismo inicial dictando sentencia definitiva desde su altura histórica—su tradición—situada, desde luego, más allá del 1700.

* * *

La dimensión nacional, señalada antes como postulado fundamental sobre el que edificó Ledesma su obra, es además el eje central alrededor del que gira todo su pensamiento y el más firme apoyo de sus actuaciones concretas. Surge en él la idea nacional repentina, casi instintivamente. Habla de "volver a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos".

Es de> gran importancia notar que los gritos con qué, nos llama a la unidad nacional son gritos de horror ante el peligro, de angustia ante la proximidad de la catástrofe. No son gritos de alegría ante una bella empresa, ante una tarea en lo universal como lo fueran aquellos que estremecían al español del 500. Por esto sospechamos que cuando el filósofo venidero intente completar las explicaciones que Ortega diera de la dinámica de España como nación, al contemplar la perspectiva de nuestro tiempo desde su vértice propio, dirá seguramente que esta vez se afirmó la unidad nacional, más que por el común deseo de realizar empresas universales, por el miedo y por la reacción violenta de los españoles ante una probable descomposición histórica de España y aun quizá geográfica.

Por el momento ésta es la realidad. No nos engañemos, cama-radas, con bellas fantasías, ni con lírica palabrería. Esta es la verdad, la elemental verdad de nuestra unidad, la indispensable y primera para alcanzar plenamente nuestra dimensión nacional, y sobre la única, por tanto, que podemos edificar con solidez. Por lo peligrosas e ineficaces que son, habrá que ir haciendo callar a esas gentes que levantan castillos en el aire y manosean de ordinario conceptos tan elevados como ese del Imperio con la misma frivolidad que un perrito faldero. Son, casi siempre, gentes tan ajenas a las angustias y a los anhelos de la Patria y del pueblo como aquellas otras que se crean su burguesito destino "pequeñito y solo".

Lejos de expresar esta oposición a las empresas de alto rango, significa nuestro firme deseo de alcanzar su realización. Pero la guerra nos ha enseñado que para clavar la bandera en las cumbres y para llegar al corazón de las grandes ciudades, es preciso conquistar muchas cotas, atravesar vaguadas bien batidas por el fuego enemigo, asaltar fortísimas trincheras y sólo después de mucho combatir se nos da el triunfo decisivo.

Ledesma no duda de que "vuelve para nosotros la coyuntiva histórica más ambiciosa y gigantesca". Lo cual no le deslumbra ni le impide ver la realidad, la calidad y la cantidad de las fuerzas actuales y los objetos primeros que, si no son de trascendental categoría histórica, son, en cambio, indispensables para toda estrategia de alta envergadura.

En ludia por el primer objetivo, el de la unidad nacional, es por el que la social democracia impuso a Ramiro su primer encarcelamiento [3].

[3] El día 11 de julio de 1931 fué detenido y conducido a la Dirección General de Seguridad, desde donde se le llevó en la madrugada siguiente a la Cárcel Modelo. Ante la noticia de que los diputados separatistas catalanes preparaban un espectacular viaje a Madrid, el grupo de "La Conquista del Estado", que venía sosteniendo una intransigente campaña contra el separatismo, se propuso realizar varios actos como respuesta a los desdichados viajeros y como culminación de su campaña antiseparatista. Para ello prepararon petardos que debían estallar en la estación a la llegada de los catalanes; redactaron vibrantes pasquines contra el separatismo, distribuyéndolos por las calles de Madrid; excitaban al pueblo a manifestarse violentamente, etc., etc. Enterado Galarza de lo que se preparaba por confidencia del regente de la imprenta donde se tiraba La Conquista del Estado, ordenó la detención de Ledesma. Sin embargo, en previsión de lo que pudiera suceder, decidieron los separatistas entrar en Madrid sin expectación y más bien como pacíficos ciudadanos.

"El problema actual de la unidad—escribía Ramiro en mayo del 35—requiere una solución voluntariosa, es decir, la imposición de una voluntad firme, expresada y cumplida por quienes conquistan el derecho a conseguir la permanencia histórica de España." Nuestra guerra ha significado principalmente esa "solución voluntariosa", esa "imposición de una voluntad firme", único medio para reconstruir la unidad. Y al frente de nuestro primer triunfo, Franco, el mejor soldado, debía ser el ejecutor de lo previsto y ansiado por Ledesma.

La guerra, por tanto, nos ha dado la posesión de este primer objetivo: la unidad. "El andamiaje seguro sobre el que podamos disponernos a edificar en serio" algo.

Pero, antes de orientar nuestras luchas a la conquista de nuevos objetivos, es preciso reafirmar la unidad mediante una moral nacional, "una moral del español que no obliga a quien no lo sea". Es la moral que "nutre la existencia de las grandes Patrias". No se trata de la moral ciudadana, ni de la moral católica. Que los suspicaces no vengan con triquiñuelas ni argumentando sobre inexistentes ataques o heterodoxias cuando se pretende únicamente perfilar con exactitud estos conceptos de "lo nacional". He aquí la claridad meridiana con que el fundador de las J. O. N. S., cuya ortodoxia nacional es de pureza indiscutible, deslinda estas cosas: "La moral nacional, la idea nacional como deber, ni equivale a la moral religiosa, ni es contraria a ella. Es simplemente distinta, y alcanza a todos los españoles por el simple hecho de serlo, no por otra cosa que además sean". La moral nacional se refiere a una "conservación y engrandecimiento de lo español", no simplemente de "lo humano".

Fué en el rígido servicio a esa moral nacional—su senequista eje diamantino—por el que Ramiro persistió con tenacidad magnifica frente a las adversas circunstancias.

Si la idea nacional cala profundamente en el espíritu de los españoles, nuestra política tendrá tal orientación y altura que no podrá ser torpedeada por las ambiciones de radio egoísta, seremos capaces de los mayores sacrificios y podremos plantearnos y atrevernos con los grandes problemas que España debe resolver si quiere destacar en la Historia Universal.

Es indudable que nuestro pueblo posee la originalidad propia de los pueblos que han aportado algo decisivo al mundo. Aun hoy, a pesar de nuestra pobreza, se nos admira y se nos reconoce como nación con la que hay que contar. Sin embargo, es frecuente en nuestro pasado que la moral nacional quede aletargada, enquistada, aislada, sin que influya para nada en los acontecimientos diarios. Se cae en formas de vida mezquinas y cobardes, ausentes de toda preocupación histórica. Sólo algunas explosiones violentas nos dicen que la idea nacional tiene una vida latente. Es el caso de 1808. Fué uno de esos singulares sacrificios de los pueblos que justifican su existencia. Mas a la victoria de la independencia sucede una derrota sin lucha a lo largo de todo un siglo. "Los llamados espadones del siglo XIX—decía Ramiro—fueron lo único de valor político que produjo esa centuria española."

Para evitar la caída en la esterilidad, para asegurar la presencia de la Patria en los individuos y la continuidad nacional en la historia es indispensable "poner en circulación una moral nacional entre los españoles". "Ella es—según Ramiro—el basamento de nuestra acción y lo único, en realidad, que distingue nuestras milicias de las simples bandas armadas que otros puedan crear."

La generación de la guerra, forjada en un inmenso sacrificio por España, posee el culto a ese viejo valor, el culto a la Patria, casi anulado en generaciones anteriores. Anulado en gran parte porque el ambiente universal en que vivieron era de servicio a valores individuales y por tanto de olvido ante los que significaban algo más que sus intereses particulares. Esta distinta apreciación de los diversos valores humanos no puede modificarse con unas cuantas consignas lanzadas al aire. Afecta a la misma medula de las generaciones. Y, por muy buena voluntad que se posea, el subconsciente de la formación anterior fluirá espontáneo en los actos de cada día. He aquí la hondura de aquel tajante punto diecisiete del programa jonsista: "Que los mandos políticos de más alta responsabilidad sean confiados, de modo preferente, a las juventudes de la Patria, es decir, a los españoles menores de cuarenta y cinco años".

Pero las juventudes hemos de tener muy presente que el culto a la Patria, la dimensión nacional, no es algo que se nos haya dado graciosamente a nuestra generación, algo absolutamente ingénito que nos acompañará mientras vivamos. No. Como todo culto, como todo amor, como toda conquista, corre siempre el riesgo de perderse. Y no precisamente porque nos la vaya a quitar el enemigo vencido en la guerra, el marxismo por ejemplo, sino por algo más terrible: porque se nos muera en nuestros propios brazos. El amor a la Patria no se mantiene encendido sólo con literatura y poesía. Necesita realidades materiales que le entusiasmen. La Patria misma desaparece para nosotros si no hay un quehacer y un destino. Es la política, la gran política quien tiene el deber y la responsabilidad de concretar esas acciones, esas tareas para las que tan bien dispuestos se encuentran los soldados rasos.

Conviene insistir, finalmente, en que la dimensión, nacional no es mero accidente del que se puede prescindir y sin el que viviríamos con una preocupación menos. La dimensión nacional no puede ser ajena a quien se tenga por hombre completo. "Sin ella, la sabiduría es pedantería, la riqueza es latrocinio, la justicia es farsa y la milicia es aventurismo puro.""

* * *

Solamente cuando estemos dotados de “lo nacional" podremos tener la seguridad de que los medios adoptados para resolver las dificultades perentorias son precisamente las justas. Desde el primer objetivo se tiene casi dominado el segundo, el de “lo social". El elástico concepto de la justicia social queda así perfectamente delimitado. Ledesma afirmaba con exactitud de teorema que “sin lo nacional no hay justicia social posible. Sin satisfacción social en las masas, la Patria seguirá encogida".

El hallazgo más profundo del Nacionalsindicalismo radica precisamente en descubrir la íntima relación entre "lo nacional" y "lo social". Y más que en descubrir, en hacerlo norma de su actuación. "No a un lado un nacionalismo para la Patria—escribía Ramiro—y a otro un sindicalismo para el pueblo, sino un nacionalsindicalismo para el Pueblo español y la Patria española juntos." Lo nacional nos impedirá en caer en la estrechez mental del marxismo cuando abordemos los problemas económicos y sociales, al mismo tiempo que nos dará empuje y valor para realizar las más audaces reformas en. beneficio de "todo el pueblo", aunque perjudiquen intereses individuales.

No apuntan estos juicios y esta preocupación por las masas hacia el mero éxito de conseguir el vocinglero y populachero aplauso a base de "ponen et circense". Es más, sólo un ciego mental puede dejar de ver que en nuestra época el valor de "lo proletario"—al modo marxista—como factor principal para la realización de revoluciones, ha sido desplazado por la vitalidad del valor "juventud" y de lo que éste aporta. En nuestra guerra se ha desmoronado el falso mito de lo proletario como agrupación numérica exclusivamente, sin idea nacional alguna, y han triunfado en cambio los jóvenes revolucionarios con Patria.

Pues bien, el fundador de las J. O. N. S., cuyo pensamiento y acción fueron alumbrados por estas claras ideas, no duda en afirmar que "en nuestra época son las masas los instrumentos únicos de grandeza nacional”, Quizá porque la urgencia del combate no permitía reflexiones tranquilas, apenas si se entretuvo Ramiro en demostrar esta afirmación tan importante y fecunda para conducir al éxito nuestra acción política. Quedó así con el duro perfil de los riscos y montañas al ser recortados por los primeros resplandores del amanecer, pero sin darnos los detalles que más tarde percibimos por la luz del pleno día.

Sin embargo, no dejó de señalar las características esenciales del concepto "masas" desde el punto de vista político que a él le interesaba. "Tiene que haber operado en su formación una conciencia colectiva, de expresión más fuerte que la conciencia individual de quienes la forman. Las masas son homogéneas y se es elemento de ellas en tanto se posea precisamente engarce esencial con "los otros"', en tanto se reúnan y se subordina su propio ser al ser colectivo que las informa. Las masas son totalitarias, exclusivistas, es decir, poseen conciencia de ser una unidad cabal, completa y cerrada. Las masas tienen un rango absolutamente ajeno en el fondo a su cuantía numérica, a los pocos o muchos individuos que las constituyan."

El concepto "masas" aparece en el área social-po-lítica a mediados del pasado siglo. Es el marxismo el que las dota de esa "conciencia colectiva"'. Pero las masas marxistas son más bien "suma de individuos" acuciados por la angustia económica en que fueron situados por el sistema liberal-capitalista. La conciencia clasista que el marxismo les infunde y los básicos errores de éste conducen a las masas al inevitable fracaso ante la imposibilidad de alcanzar las metas señaladas por aquél. Son las masas juveniles, disciplinadas en el servicio a permanentes valores inestimados por el marxismo y por el capitalismo las que, superando las luchas clasistas, han comenzado ya a forjar un interesante capítulo de la historia.

Las juventudes no son ajenas tampoco a las angustias económicas. Por la encarnación de esa angustia y por tener el absoluto convencimiento de que únicamente la Patria es nuestra "bandera liberadora", no dudamos de la adhesión del proletariado español a la Revolución Nacional.

En la conciencia de cada español, y sobre todo en la de aquellos que ocupan puestos rectores debe estar presente esta inolvidable advertencia de Ramiro: "las juventudes no pueden eludir esta cuestión ni hacer retórica nacionalista sin abordar el problema social-económico que hace hoy de nosotros un pueblo casi colonial y esclavizado. Actitud distinta sería demasiado grotesca, a más de imposible, y radicalmente estéril".

El hecho de que en las luchas contra "el imperialismo económico extranjero, por la industrialización nacional, por la justicia en los campos, contra el parasitismo de los grandes rentistas, etc., la posición que conviene a los trabajadores es la posición misma del interés nacional" nos abre el camino de manera optimista para resolver ese problema social-económico. Nos abre el camino, mas en cuanto se intente recorrerlo, aparecerán los obstáculos que dificultarán nuestra marcha. Aparecerán las "audaces minorías" enriquecidas a costa de la "debilidad nacional" y de las "anomalías y deficiencias sobre que está asentada nuestra organización económica entera"; minorías a las que no faltarán representantes que defiendan su posición con elocuentes discursos. Y aquí bueno será recordar lo de Unamuno: "Si tratas de razonar frente a sus razones estás perdido". Aparecerá la remora que opone todo sistema a ser sustituido por otro; aparecerán los que tienen por único ideal el "enriquecimiento progresivo" y hasta los poderes económicos extranjeros que nos fueron traidores durante la guerra pretenderán volver a dirigir y controlar "nuestra producción y nuestro comercio exterior".

Pero todos estos obstáculos son pequeños para que no puedan ser vencidos por las juventudes, que impusieron su voluntad de sangre por los cerros y las llanuras de España. Basta para ello inteligencia, serenidad y firme voluntad en la ejecución.

Venimos insistiendo casi con machacona pesadez en el doble impulso con que se movió Ledesma: de una parte, la urgencia y la angustia del momento; de otra, el hondo sentido nacional. Ante la cuestión económica no le preocupa tan solo la miseria de las masas, sino también la consideración de que "una economía es algo que no agota su sentido al producir riqueza a unos individuos o a unas clases. Son los suyos fines nacionales, que afectan a la existencia nacional en su más honda base". De aquí el derecho y el deber del Estado de intervenir "en nombre de unos fines nacionales, acudiendo a la primera raíz que suponen las coincidencias que han dado origen y vida nacional a una Patria". Pero esa intervención afectará a "los factores de la producción—no a la producción como tal—y del consumo".

Bajo el título de "Nacionalismo social y socialismo nacionalista" en el Discurso a las juventudes de España, condensó Ramiro su pensamiento en unos cuantos párrafos que, sin pretensión de constituir una exposición completa del problema, sienta las premisas en que podrán basarse una transformación de nuestra vida económica, realizada por un "Poder político surgido de las luchas que la nación misma realice en pos de su liberación y de su grandeza histórica" y "por las instituciones emanadas de la revolución nacional". De ninguna forma podría ser realizada esta transformación por el Estado demo-burgués. Remitimos al lector al mencionado capítulo, cuya lectura le será desde luego más útil que el mejor comentario.

* * *

Cuando Ledesma levantó la mirada más allá de los conflictos interiores y la fijó en la situación internacional de la España de sus días, se expresó con la angustia del español que se siente prisionero dentro de su propia Patria. "España ha sido combatida, cercada, del modo más artero. Hábilmente sus adversarios han procurado siempre no hacerse en exceso visibles, es decir, han evitado proyectar sobre los españoles una continua zozobra y peligro." Y es muy lamentable la indiferencia con que muchos españoles contemplan al adversario que, además de estar en las mismas puertas, se ha colado dentro de casa por la vía industrial o comercial.

Bien claro y dramático es el caso de España: "el de un país que después de una gran derrota no ha podido aún rehacerse y recobrar de hecho su libertad internacional. Un país al que le han garantizado la vida sus enemigos, a costa, sin embargo, de que siga caído, pobre y débil".

Sí. España tiene su enemigo actual. "Es precisamente su enemigo histórico, el que con la mayor frialdad, con el más glacial gesto, ha ido día a día desarticulando nuestro Imperio y poniéndonos después la tenaza de la estrechez nacional, la obligación de permanecer estacionados y anclados." Ese enemigo es, principalmente, Inglaterra, y Francia "ha hecho dúo" en la tarea.

Podríamos repetir una frase que se ha dicho estos días a propósito del Mediterráneo: las cárceles también se abren desde dentro. Pero es preferible no hacer más frases ni discursos, porque con éstos no se arrancan las rejas de la prisión.

Aparte de que el mismo Ramiro no creía que "la política internacional deba estar exclusivamente guiada y orientada por resentimientos seculares". Mas en nuestro caso un plan de política internacional tendrá que empezar a operar por esa verdad elemental, por esa "terrible verdad histórica"".

La causa de la debilidad internacional estaba, naturalmente, en la política interior. La serie de intereses que las potencias europeas tenían o pretendían en el Mediterráneo y norte de África formaron sobre España un tejer y destejer a cuyo ritmo se movían los políticos según motivos circunstanciales ligados a sus respectivos partidos. Las aspiraciones y las amistades eran siempre del momento. Los acuerdos internacionales fracasaron muchas veces por la fugacidad en el poder de los partidos en pugna. Y cuando se llegaban a firmar, era precisamente para que España aceptara resignadamente alguna nueva reclusión.

No se nos tenía en cuenta sino para encubrir intereses de las potencias rivales. Ahí tenemos el caso bien elocuente de Marruecos. En la formulación diplomática se nos entregó más por ciertas conveniencias de Inglaterra que porque los intereses y posibilidades de España así lo exigieran.

Ahora bien, una vez que los duros mazazos de la guerra han dado al traste con la política interior que motivaba nuestra debilidad es llegado el momento de que los hechos contesten con su elocuencia a esta seria pregunta de Ledesma: "¿Qué rutas internacionales seguiría hoy una Revolución triunfadora?"... "Las perspectivas internacionales resultarían infinitas." Y aquí viene la rotura de cadenas seculares: "Se atrevería a todo y podría atreverse a todo. A recuperar Gibraltar. A unir en un solo destino a la Península entera, unificados (ahí sí que cabe que se ingenien los partidarios de estatutos, federaciones y autonomías) con el gran pueblo portugués. A trazar una línea amplísima de expansión africana... A realizar una aproximación política, económica y cultural con todo el gran bloque de nuestra América. A suponer para España misma la posibilidad de un orden continental, firme y justo".

España ha de estar alerta a los acontecimientos europeos. Y si en la coyuntura precisa tiene decisión y arrojo, quizá los días libertadores que tanto ansian las juventudes de la guerra no están muy lejanos. Pero estemos también avisados: La libertad y las conquistas se adquieren en la Historia al precio de la sangre.

Tener la libertad no es todo. Ramiro no se deja llevar de la fantasía. "España—escribe en la primavera del 35—tendrá que esperar a poseer política internacional todavía algún tiempo. Mientras tanto, puede tener una sola: la de no encallar gravemente en el piélago de Europa y la de no acompañar a la catástrofe a potencias de destino muy dudoso."

Tener una política internacional es tener una voluntad, un rumbo autodeterminado, unos planes bien meditados. Es poder servirse de las circunstancias y no ser juguete de ellas. Es, en fin, lo que sólo podremos tener si valientemente conquistamos nuestro derecho a la libertad de España. A la libertad sobre todo lo que antes señaló Ramiro y sobre otros imponderables de nombre inconcreto.

* * *

Hemos comentado algunos importantes aspectos de la fecunda vida política de Ledesma. El sometimiento a la estrecha dimensión que todo prólogo supone nos impide ocuparnos de otros aspectos llenos de palpitante actualidad.

Ahí queda una vida joven, caída en la encrucijada en el páramo de nuestra más viva historia. Pasarán los tiempos y pasarán los argumentos teóricos de los que Ledesma se sirvió como medios auxiliares, como saetas combativas para abrirse paso entre el enemigo. Pero su personalidad más íntima, su "mística entrega", su generosidad de héroe, su angustiosa y trágica existencia, emocionarán siempre a todo el que se acerque con algo de comprensión, porque su latido pertenece al pulso de España.

No quiso resignarse a seguir el curso fatalista y decadente por donde venían deslizándose unas cuantas generaciones españolas. Dio su negación rotunda a la decadencia. Su voluntad rompió con la inercia de dos siglos. Y a la cabeza de un grupo de jóvenes, rasgó el primer velo de una nueva etapa histórica.

Capitaneando la marcha inicial, bajo el símbolo imperial de las flechas yugadas, tremolando la bandera roja y negra de revolucionarios actuales y con la emoción de alcanzar las metas señaladas por las grandes consignas, se fué ensanchando la ruta por la vitalidad que ella misma contenía.

Esta ruta, iniciada en 1931, es lo más importante de nuestra etapa histórica. Los acontecimientos anteriores al 18 de julio de 1936, la caída de la Monarquía, la proclamación de la República con todas sus peripecias, las oscilaciones de la izquierda a la derecha, etc., constituyen algo secundario para nosotros, son las últimas convulsiones de otra etapa moribunda.

Cuando hoy volvemos la vista para contemplar su figura desde nuestro ángulo de simples combatientes, no quedamos dominados por la nostalgia, porque su perfil se recorta en lo alto con la vista tendida hacia adelante, haciéndonos entrega de esta esperanza: "Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad transmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia Universal".

¡Tremenda esperanza, pero tremenda responsabilidad también recaída sobre nosotros! ¿No sentís, cantaradas supervivientes, el deseo de hacer esa esperanza voluntad y carne nuestra? ¿No anheláis, como las flechas, salir disparados hacia lejanas metas? Porque si las flechas se quedan inmóviles el polvo las cubrirá y la terrible losa de los siglos las enterrará quien sabe si para siempre. Y si nosotros nos paramos, peor todavía, porque nos devoraríamos unos a otros como lobos y España se convertiría en una despreciable charca podrida.

Queremos la acción. La gran poesía de la acción, que es la poesía que construye. ¡Cuidado, cantaradas, con esa otra poesía, la de los poetas! Cuyo peligro ya señaló Ramiro ante el temor de que todo se resolviese en "un romanticismo literario"".

Cuidado también con el peligro opuesto, el de que al adoptar la acción como norma, nos desorbitemos hasta caer en "un anarquismo inerme"'. Anarquismo que si afecta a las conciencias, es más peligroso que si se manifiesta a pistoletazos por las esquinas. Este puede suprimirse desde la Dirección General de Seguridad; pero aquel otro, sólo podremos impedirlo si persiste en nosotros la "conciencia mesiánica" de las primeras juventudes, con el espíritu del fundador de las J. O. N. S.

Madrid, marzo de 1940.

ANTONIO MACIPE.

TRAYECTORIA POLÍTICA

(Febrero de 1931 a julio de 1936).

"Los movimientos políticos, en caso de ser entrañables, fecundos y sinceros, no se caracterizan sólo por sus ideas, su programa escrito, en cuyas cosas coinciden quizá con otros, sino que poseen también zonas más genuinas y profundas. Habrá que percibir en ellos qué calor humano arrastran, qué voluntades y qué gentes sostienen y nutren su camino.

"No habrá mejor definición para nuestro movimiento que la que se limite a indicar que exalta, recoge y encuadra a las juventudes nacionales. Esa es nuestra razón de ser, la ejecutoria de las Juntas.

"Todo lo demás que las J. O. N. S. sean, surge de eso... Salvada nuestra fidelidad a las tradiciones de la Patria, somos en la acción presente nuestros propios clásicos."

I.-DEL MANIFIESTO POLÍTICO DE «LA CONQUISTA DEL ESTADO»

JUSTIFICACIÓN PRIMERA

1 Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone boy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz. No invocan para ello otros títulos que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país. Y, desde luego, la garantía de que representan la voz de estos tiempos, y de que es la suya una conducta política nacida de cara a las dificultades actuales. Nadie podrá eludir la afirmación de que España atraviesa hoy una crisis política, social y económica, tan honda, que reclama ser afrontada y resuelta con el máximo coraje. Ni pesimismos ni fugas desertoras deben tolerarse ante ellas. Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen Falanges animosas y firmes.

La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo España—el Estado y el pueblo españoles—vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías atroces que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento. Hoy estamos en la más propicia coyuntura con que puede soñar pueblo alguno. Y como advertimos que los hombres de la política usual—monárquicos y republicanos—, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas, no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado, nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos, iniciamos una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical.

AFIRMACIÓN NACIONAL

2 Frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos bandera de responsabilidad nacional. Nos hacemos responsables de la historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales. Nada puede hacer un pueblo sin ninguna previa y radical exaltación de sí mismo como excelencia histórica. ¡Que todo español sepa que si una catástrofe geológica destruye la península o un pueblo extranjero nos somete a esclavitud en el mundo, dejan de realizarse valores fundamentales! Más que nunca, la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos. El sentido nacional y social de nuestro pueblo—pueblo ecuménico, católico—, será éste: ¡Él mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!

ESTRUCTURA SINDICAL DE LA ECONOMÍA

3 No pudieron sospechar los hacedores del Estado liberal burgués las rutas económicas que iban a sobrevenir en lo futuro. La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques. La economía industrial de los últimos cien años ha creado poderes e injusticias sociales frente a las que el Estado liberal se encuentra inerme. Así, el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía, que salve la eficacia industrial, pero destruya las "supremacías morbosas" de toda índole que hoy existen. El nuevo Estado no puede abandonar su economía a los simples pactos y contrataciones que las fuerzas económicas libren entre sí. La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria y en todo momento atenida a los altos fines del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción.

NUESTRA DOGMÁTICA

4 Nuestra dogmática, a la que seremos leales hasta el fin, es ésta:

1.° Todo el poder corresponde al Estado.

2.° Hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado.

3.° El mayor valor político que reside en el hombre es su capacidad de convivencia civil en el Estado,

4.° Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo.

5.° Frente a la sociedad y al Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica.

6.° Afirmación de los valores hispánicos.

7.° Difusión imperial de nuestra cultura.

8.° Auténtica colaboración de Universidad Española. En la Universidad radican las supremacías ideológicas que constituyen el secreto último de la ciencia y de la técnica. Y también las vibraciones culturales más finas. Hemos de destacar por ello nuestro ideal en pro de la Universidad magna.

9.° Intensificación de la cultura de masas utilizando los medios más eficaces.

10.° Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiraciones un sentido de autonomía política. Las grandes comarcas o confederaciones regionales debidas a la iniciativa de los municipios, deben merecer, por el contrario, todas las atenciones. Fomentaremos la comarca vital y actualísima.

11.° Plena e integral autonomía de los municipios en las funciones propias y tradicionalmente de su competencia, que son las de índole económica y administrativa.

12.° Estructuración sindical de la economía. Política económica objetiva.

13.° Potenciación del trabajo.

14.° Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los municipios y entidades sindicales de campesinos.

15.° Justicia social y disciplina social.

16.° Lucha contra el farisaico caciquismo de Ginebra. Afirmación de España como potencia internacional.

17.° Exclusiva actuación revolucionaria hasta lograr en España el triunfo del nuevo Estado. Método de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos políticos-sociales del viejo régimen.

NUESTRA ORGANIZACIÓN

5 Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil ni a la disciplina de guerra. Milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas. Las primeras se compondrán de diez individuos, pertenecientes, según su nombre indica, a un mismo gremio sindical. Las segundas, por cinco individuos de profesión diversa. Ambas serán la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido. Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los dieciocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de más edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras Falanges. Inmediatamente comenzará en toda España la organización de células sindicales y políticas, que constituirán los elementos primarios para nuestra acción. El nexo de unión es la dogmática que antes expusimos, la cual debe ser acertada y comprendida con integridad para formar parte de nuestra fuerza. Vamos al triunfo y somos la verdad española.

(Febrero de 1931.)

II.-ETAPA DE «LA CONQUISTA DEL ESTADO»

NUESTRAS AFIRMACIONES

6 Frecuentemente se nos denomina por ahí confusionistas. A esto conducen las campañas políticas mostrencas: a convertir las cabezas en cabezas confusas, que no ven claro sino lo que les dice el dilema montaraz: Monarquía o República.

Pero nosotros hemos irrumpido en la vida española con más hondas fidelidades a la necesidad actual de nuestro pueblo, y nada ni nadie puede impedirnos que exijamos a las contiendas el pequeño sacrificio de pensar.

Venimos poblados de afirmaciones terminantes. Que ofrecemos al pueblo con las dos manos. Dispuestos a su difusión máxima. Es intolerable la circulación de la farsa, que no vacila en ofrecer la sangre del pueblo para el triunfo de todos los equívocos. Frente a toda esa morralla de los jefes republicanos, que enardecen al pueblo y luego le abandonan en los momentos revolucionarios críticos. Que despiertan la apetencia revolucionaria y luego no desean ni quieren la revolución, dejando a las masas inermes sin caudillos. Frente a las huestes socialistas que se satisfacen con el afán señorito de los mandos fáciles, traidores a la finalidad social que informa la raíz misma de su fuerza. Frente a todo eso, un régimen alicaído, depauperado y moribundo, que hace y no hace, desertor y tembloroso.

Y surgimos nosotros con un haz de afirmaciones claras y eficaces. Frente a todo y frente a todos, con independencia y coraje, obsesionados por algo radicalísimo y tremendo.

Hay que elaborar el Estado hispánico. Eso dicen también los republicanos. Pero nada sabemos aún de cómo iba a estructurarse ese Estado con la República. Nadie nos lo dice, pues en los mítines sólo se requiere la presencia salvadora de los tópicos. Así, cualquier currinche es orador y la algarabía adquiere resonancia.

Algo hay indiscutible para nosotros, y es nuestro estar ahí disconformes con los grupos que vocean. El Estado hispánico debe quedar listo para grandes bregas nacionales y ser podado de toda la impedimenta que fracasa.

Pedimos y queremos un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes. Ya lo dijimos anteriormente y hemos de insistir: sin un Estado hispánico auténtico seríamos cualquier cosa, pero no personas políticas con unos derechos y unas libertades. Con un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro. Con algo que hacer en común unos con otros.

Pedimos y queremos la suplantación del régimen parlamentario, o, por lo menos, que sean limitadas las funciones del Parlamento por la decisión suprema de un Poder más alto.

Pedimos y queremos una dictadura de Estado, de origen popular, que obligue a nuestro pueblo a las grandes marchas.

Pedimos y queremos la inhabilitación del espíritu abogadesco en la política, y que se encomienden las funciones de mando a hombres de acción, entre aquellos de probada intrepidez: que posean la confianza del pueblo.

Queremos y pedimos la desaparición del mito liberal, perturbador y anacrónico, y que el Estado asuma el control de todos los derechos.

Queremos y pedimos la subordinación de todo individuo a los supremos intereses del Estado, de la colectividad política.

Queremos y pedimos un nuevo régimen económico. A base de la sindicación de la riqueza industrial y de la entrega de tierra a los campesinos. El Estado hispánico se reservará el derecho a intervenir y encauzar las economías privadas.

Queremos y pedimos la aplicación de las penas más rigurosas para aquellos que especulen con la miseria del pueblo.

Queremos y pedimos una cultura de masas y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo.

Queremos y pedimos que la elaboración del Estado hispánico sea obra y tarea de los españoles jóvenes, para lo cual deben destacarse y organizarse los que estén comprendidos entre los veinte y cuarenta y cinco años.

Queremos y pedimos la unificación indiscutible del Estado. Las entidades comarcales posibles deben permanecer limitadas en un cuadro concreto de fines adjetivos.

Queremos y pedimos que informe de un modo central al Estado hispánico la propagación de una gigantesca ambición nacional, que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.

Queremos y pedimos el más implacable examen de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.

A eso venimos nosotros. A difundir estos afanes hispánicos y a llevarlos al triunfo. Por todos los medios. Los que crean que deben ayudarnos, que se inscriban en nuestras células de combate. Nada de simpatías ni de cuotas. Los brazos y el coraje.

A ver si de una vez superamos esa polémica rencorosa y vengativa en torno a la Monarquía y la República. Y presentamos al pueblo español los verdaderos objetivos. Su liberación económica y su grandeza como pueblo.

¿Quiénes son, pues, las confusionistas? Ahí quedan nuestras palabras. Ahí quedan nuestras frases terminantes. Las confusiones están en las cabezas que nos critican. Revestidas de farsa y de comicidad. Mascando trapacería leguleya y desmanes rencorosos. Sin grandeza creadora. Sin generosidad para el pueblo. Sin efusión. Egoístamente. Traidora-mente.

(4-IV-31.)

LA INÚTIL PUGNA ELECTORAL DEL 12 DE ABRIL DE 1931

7 Asistimos sonrientes a la inútil pugna electoral. Queremos cosas muy distintas a esas que se ventilan en las urnas: farsa de señoritos monárquicos y republicanos.

Contra cualquiera de los bandos que triunfe, lucharemos. Hoy nos persigue la Monarquía con detenciones y denuncias. Mañana nos perseguiría igual el imbécil Estado republicano que se prepara.

Nosotros velaremos por las fidelidades hispánicas. Porque en la inútil pelea no surjan y especulen los traidores a la Patria.

La organización de LA CONQUISTA DEL ESTADO prosigue y proseguirá su lucha en pro de un Estado hispánico de novedad radical. Nuestros fines son fines imperiales y de justicia social.

(ll-IV-31.)

ANTE LA REPÚBLICA

8 ... Nosotros seguimos igual que en la hora de nuestra salida. Nacimos para promover en la vida española un linaje de actuaciones de muy diferente sentido a las que simboliza y representa un, mero cambio de forma de gobierno. Nos satisface, sí, la llegada de la República, e incluso la defenderemos contra los enemigos que surjan. Pero no podemos vincular nuestro programa al de los grupos republicanos triunfadores.

Defendemos un ideal hispanista, de sentido imperial, que choca con la podrida pacifistería burguesa que hoy se encarama.

Sabemos, y así lo decimos al pueblo, que la República, como finalidad exclusiva, es un concepto infecundo. Tuvo hace un siglo carácter de lucha de clases, pues su triunfo equivalía al desahucio de los privilegios feudales, pero hoy sólo se encauza hacia victorias de tipo nacional y social. Por eso, nosotros no nos identificamos ni conformamos con la primera victoria que supone la República, y queremos un Estado republicano de exaltación hispánica y de estructura económica sindicalista.

(25-IV-31.)

LA REVOLUCIÓN QUE HAREMOS

9 "La revolución no está hecha", ha dicho usted, intrépido y magnífico comandante Franco, y luego lo ha repetido su superior, el ministro de la Guerra, señor Azaña. En efecto, señores, y ésta es nuestra única esperanza. Pues esa revolución no hecha la haremos nosotros, los jóvenes, los nuevos revolucionarios, sin retroceder ante los fusiles burgueses del Gobierno liberal de la República. Por fortuna, decimos otra vez, la revolución está sin hacer. Hubiera sido cosa tristísima entregar a la vieja generación reaccionaria, hoy triunfadora, el coraje revolucionario de nuestro pueblo. Son caudillos viejos, de poltrona y de café, que desconocen los resortes do la gallardía española que hoy resurge. Hombres enfermizos, temblorosos, sin pulso ni sangre de disciplina guerrera. ¡Que no hagan ellos la Revolución! ¡ No comprenden la hora joven, vinculados a la putrefacción demoliberal, sin entusiasmos para nada!

¿No cree usted esto mismo, comandante Franco?

¡Queremos que se nos utilice en una grande y genial tarea! Este es nuestro grito de jóvenes. Él entusiasmo burgués y bobalicón por la libertad queda para los ateneístas bobos. No libertad frente a España, sino entrar gigantescamente al servicio de España. Por eso en España es preciso y urgentísimo hacer una gran Revolución. Para dar salida y hallazgo a la genial tarea hispánica. Para encontrar nuestra voz universal. Para desalojar a esas mediocridades que hoy, como ayer, son dueñas de los mandos. Para disciplinar nuestra economía y evitar el hambre del pueblo.

¿Qué juventudes pueden formar en las filas de un movimiento revolucionario así? Todas aquellas que sepan despreciar los merengues republicanos y monárquicos y vibren tan sólo a impulsos de la grandeza

nacional y de la justicia económica. Todos los que no cierren los ojos al disparar una pistola y estén dispuestos a dar su vida por la vida genial de España. Todos aquellos que no quieran abandonar los destinos hispanos a la repugnante y decisiva intervención del liberalismo burgués que hoy triunfa.

¡Pero sea inminente la Revolución! El movimiento republicano último ha destacado valores revolucionarios a quienes no debe conformar su estancia en las covachuelas. Hay que ir adelante, camaradas, e impedir que se desmoralicen los corajes.

Nuestras frases son claras y limpias, de rotunda expresión joven. Por eso esperamos y queremos que aparezcan ante los rostros como látigos. Entendemos el imperativo revolucionario como una suplantación de generaciones. Han fracasado los viejos y deben arrebatárseles los puestos directores.

No basta, no basta, viejos cucos, con la caída del Capeto. Pronto se verá cómo ese ha de ser, en todo caso, el episodio mínimo. No toleraremos el fraude ni dejaremos la trinchera hasta que España no entre en la vía revolucionaria que le pertenece. Los cobardes y medrosos que se queden ahí, llamando a rebato a la Guardia civil contra las balas comunistas. No hay comunismo, señores. Nosotros, y ésta es nuestra máxima y formal promesa, combatiremos al comunismo cuando éste sea aquí realmente un peligro. Pero los combatiremos nosotros, no llamando a la Guardia civil, sino haciéndoles frente, como a traidores que son contra el espíritu sublime de la Patria. Pero hoy no hay peligro comunista, repetimos, y será inútil que los burgueses y los social-demócratas de la Casa del Pueblo intenten ahorcar el ímpetu revolucionario esgrimiendo la falsedad comunista.

(9-V-31.)

EL ESTATUTO SEPARATISTA DE CATALUÑA

10 Ya conoce toda España el Estatuto elaborado en Cataluña. Pues bien, esa consigna cobarde de "no crear conflictos a la República" ha interceptado sin duda las protestas. Así acontece el absurdo de que se invoque esa consigna para detener nuestras campañas contra el separatismo, y no se le ocurre, en cambio, a nadie, invocarla con más oportunidad para que en Cataluña contengan sus exigencias hasta que se consolide la República. Si es un peligro para la República el Estatuto de Cataluña, ¿no lo es también, y primordial, el hecho de que ese Estatuto se presente? Asistimos a una ola de cobardía que amenaza apoderarse de la situación política de nuestro país. Se eluden los problemas, aceptándolos tal y como se presentan, sin someterlos a disciplina nacional. El centenar escaso de personas que controla hoy los puestos directores es capaz de otorgar las concesiones más graves con tal de que desaparezca de su ruta una dificultad levísima.

En un momento así presentan su ultimátum los separatistas de Cataluña. Hasta hace un par de semanas creíamos en la posibilidad de que las Cortes rechazasen con indignación ese Estatuto, que equivale a una desmembración del territorio nacional. Hoy nos tememos que el crimen histórico sea consumado y que los traidores, de espaldas a los intereses de la Patria, firmen la disolución de nuestro pueblo. Porque es preciso llevar a la conciencia de todo español que no se trata de una simple autonomía regional dentro del Estado, sino de reconocer una nacionalidad, una soberanía política frente a la soberanía española. El Estatuto se despoja tan sólo de las atribuciones molestas y acumula para el Estado (¡ !) catalán el control de todo lo que constituye la actividad fecunda de un pueblo: Enseñanza, Justicia, tributación, poderes gubernativos, incluso el Ejército, pues no se olvide su reclamación de que se nutran de catalanes los regimientos de Cataluña (Tabores de policía indígena, como si dijéramos, al mando de oficiales españoles).

Asistimos, pues, al triunfo del criterio separatista. Pero lo más grave del episodio no es, a la postre, la independencia de Cataluña, sino que ello se realice y consiga a costa de la vitalidad española. La cobardía gobernante ignora, a pesar de la estrategia de que presume el señor Azaña, que es facilísimo detener la audacia de los perturbadores. Existe un plan, ideado por los separatistas, para lograr sus anhelos íntimos de independencia. Sería suficiente bloquearlo con energía.

Acerca de este plan traidor, escribíamos hace más de un mes:

"Existe todo un programa de asalto a la grandeza hispana. La política separatista se propone realizar sus fines en tres etapas. Una, la actual, encaramándose a los puestos de influencia en Cataluña, y desde ellos educar al pueblo en los ideales traidores. Otra, intervenir en la gobernación de España, en el Poder central, con el propósito firme y exclusivo de debilitar, desmoralizar y hundir la unidad de nuestro pueblo. Por eso sostenemos que no hay que prestar sólo atención a lo que los catalanes pretendan y quieran para Cataluña, sino más aún a lo que pretendan y quieran para España. Su segunda etapa consistirá, pues, en debilitar nuestro Ejército, esclavizar nuestra economía, enlazar a sus intereses las rutas internacionales, propulsar los nacionalismos de las regiones haciéndoles desear más de lo que hoy desean; lograr, en fin, que un día su voluntad separatista no encuentre en el pueblo hispano, hundido e inerme, la más leve protesta.

"La tercera etapa, cumplida en el momento oportuno, consistirá en la separación radical."

Estamos, pues, ante un caso de defensa nacional. Nosotros pedimos que si el Gobierno no se atreve a hacer frente a la auténtica gravedad del episodio de Cataluña, recurra al pueblo, que éste sabrá defender con las armas la intangibilidad del territorio patrio.

Falta esta prueba a los catalanes separatistas: la del heroísmo. Carecen de ejecutorias guerreras, y por eso el resto de España debe obligarles a batirse.

Por nuestra parte, tenemos muy cercano el síntoma de que se les defiende bien aquí: Una maniobra policíaca del Director de Seguridad me envía a la cárcel, sin intervención del juez, como preso gubernativo, por el nefando delito de defender la integridad del Estado. Ya llegará el momento de nuestra justicia y la persecución implacable de los traidores, que no vacilan en obedecer las órdenes de Maciá, esto es, del enemigo iracundo contra LA CONQUISTA DEL ESTADO, por la irreductibilidad de nuestro gesto.

Todo esto conduce a la afirmación de que es precisa una segunda etapa revolucionaria. Con la máxima urgencia debe arrebatársele el Poder a las actuales oligarquías, que no tiemblan ni ante la probable ruina de la Patria. El pueblo se sabe ya defraudado y no será difícil movilizar sus ímpetus contra esta situación escandalosa, que para colmo de descrédito procede con despotismo monárquico para abogar las voces disidentes.

La ruta a seguir frente al separatismo no puede ser otra que ésta: debe desmenuzarse su Estatuto en las Cortes y disminuir sus pretensiones en u¡n 80 por 100. Para ello es suficiente un acuerdo de las fuerzas de Lerroux, las socialistas y derecha republicana. E imponer con energía la decisión de las Cortes. Es decir, entregar el pleito a la decisión suprema de la violencia.

(Cárcel Modelo. 25-VII-1931.)

EL DISCURSO REACCIONARIO DE AZAÑA

11 Ha de ser muy pasajera la popularidad de este señor Azaña, en quien nosotros denunciamos un manojo de afanes turbios. Estos intelectuales rumiantes, que viven con más de un siglo de retraso, añorando las emociones más viejas, son quizá el máximo peligro para la flexibilidad de la República. Su discurso último, a base de tópico liberal y amargor de resentimiento, ha sido sin duda ninguna el fenómeno más reaccionario desde el 14 de abril. Su retórica de vieja gruñona, iracunda, cantando la "hermosa conquista de la libertad", es un verdadero atentado a la sensibilidad política moderna.

Todos los que estamos acostumbrados a dirimir contiendas políticas frente a hechos e ideas propias de este siglo, colectivista y antiliberal por antonomasia, al tener que oír—por radio, se entiende— discursos de la cavernaria ideología del señor Azaña, nos quedamos sorprendidos. Para nosotros—y en esto coincidimos con los comunistas, nuestros encarnizados enemigos—, un hombre que dice emocionarse ante la libertad a secas—¡oh, la libertad!— o es un disminuido mental, o es un farsante.

No nos cansaremos de decir que nuestra época encomienda a los Estados políticos la tarea de conseguir para el esfuerzo del pueblo una garantía de eficacia. En el siglo xix se creyó con ingenuidad seráfica que el Estado cumplía su misión haciendo posible la libertad de los individuos. El burgués necesitaba, es claro, la libertad para desenvolver sus negocios de espaldas a los intereses del pueblo. La economía, las razones económicas, han sido las primeras en asestar a la concepción liberalburguesa un golpe decisivo. Por eso, el grito liberal es ya un grito reaccionario, cuyo triunfo equivale a marchitar las posibilidades grandiosas que pudieran dibujarse en el porvenir de un pueblo.

España necesita precisamente la victoria de una disciplina nacional que ponga en circulación a viva fuerza los ímpetus ocultos. Los liberales como el señor Azaña creen que lo primero es la satisfacción egoísta de los afanes de cada uno, y lo segundo cualquier otra cosa. Pero acontece—y ésta es la gran verdad de la época—que los individuos hoy no se satisfacen sino sabiéndose colaboradores con los demás en alguna empresa de algún fuste. No hay alegría que supere a la del trabajador ruso al aportar su esfuerzo a la realización del plan staliniano. En Italia aparece el mismo fenómeno de modernidad, pues toda fascista se sabe engranado en la disciplina nacional que el fascismo impone.

Aquí, en España, tenemos en cambio que sufrir estas vejeces. Que como han perdido toda eficacia política, se convierten en armas tiránicas contra el pueblo. A puro querer imponernos la libertad, el Gobierno liberal burgués de la República ametralla y encarcela al pueblo. El señor Azaña, a quien reconocemos cierta inteligencia, sabe de sobra que eso de "ciudadanos libres", tan repetidas veces celebrado en su discurso, es pura farsantería. Sin ir más lejos, podríamos citar el caso de la destitución de López Ochoa, seguida del "gesto democrático" del señor Azaña de negarse a explicar a los "ciudadanos libres" el motivo de la despreciable y tiránica acción. Cuando desde el Gobierno se vitorea mucho a la libertad hay el peligro de que ello se haga para que el pueblo tolere al gobernante la libertad de hacer lo que le venga en gana.

El señor Azaña alentó traidoramente en su discurso los afanes separatistas de Cataluña. Es la consecuencia última de la reacción demoliberal: si otorga libertad a los individuos, ¿por qué negarla a las regiones? líe aquí el plan más rápido para conseguir la disolución de nuestro pueblo, entregados sus destinos al arbitrio cobarde de estos hombres, sin grandeza para encararse con un porvenir difícil y glorioso.

El señor Azaña preside un grupito de intelectuales, que se identificó, al parecer, con su discurso. He aquí el triste papel de los intelectuales españoles: el de ir siempre rezagados. Hoy, que se precisa ir dibujando los contornos de una civilización postliberal, creadora de mitos colectivos, de pueblo, para lo que es imprescindible una vanguardia intelectual, tenemos aquí el triste espectáculo de una regresión, de un retroceso. Y tiene que ser el sindicalista ciego y anónimo, el luchador impenitente, quien marque una ruta de violencia, de creación y de gloria.

Pero el Imperio hispánico surgirá.

(Cárcel Modelo. 25-VII-1931.)

III.—ETAPA DE LAS J. O. N. S.

CREACIÓN DE LAS J. O. N. S. - NUESTRO FRENTE - DECLARACIÓN ANTE LA PATRIA EN RUINAS

12 Estamos aquí de nuevo, esgrimiendo con ambas manos la vibración nacional que nos sostuvo la primera época. Es imprescindible nuestra voz, porque yacen abandonados y traicionados los ideales supremos de la Patria. El Gobierno de la República sigue la ruta de los dos siglos borbónicos, siglos de deslealtad y de penuria, a pesar de lo fácil que habría sido ahora conectar el entusiasmo revolucionario del pueblo con los grandes alientos de la raza.

Nosotros—las juventudes revolucionarias y fervorosas—no podemos asistir callados a la consumación de los crímenes. El hecho de que se ofrezca a la generación nueva el crudo espectáculo de la disolución nacional, presentándola incluso como remedio a una era de catástrofe, lo entendemos sólo como una provocación que nos hace la caducidad miserable de los traidores. Estos grupos que se disgregan y abandonan los compromisos de unidad merecen nuestro desprecio, y frente a ellos y contra ellos levantaremos bandera de exterminio, amparados en el esfuerzo y el coraje que nos presta el sentirnos herederos responsables de una voluntad nacional única. Nadie podrá comprender jamás que un pueblo identifique su meta revolucionaria con el logro de su exterminio. Los núcleos seudorrevolucionarios que hoy gobiernan no han dado de sí todavía otro producto revolucionario que la destrucción de la unidad nacional. Alguien—téngase por seguro—, responderá de modo y bien completo de la tremenda responsabilidad que ello significa. Ha empezado un nuevo ciclo de responsabilidades, con unos cuerpos de delito tan notorios que el más ciego advierte la proximidad de los castigos.

A la sombra de estas deslealtades, la propaganda comunista y anarquista consigue que sus fuerzas estén ahí en reserva, por si la socialdemocracia no logra ella sola efectuar la ruina nacional. Nada existe hoy en España que ofrezca la garantía de que semejantes peligros van a ser batidos eficaz y heroicamente. Sólo resta, pues, la formulación heroica de Juntas de Ofensiva Nacional que, apelando a la violencia, destruyan por acción directa del pueblo, los gérmenes disolventes. Ahora bien, no puede olvidarse por nadie que ello es tarea revolucionaria, y, como tal, requiere el aprestarse a una acción de choque por las avalanchas enemigas. A la vez, una línea de reconstrucción nacional, que abarque y dé satisfacción a las exigencias económicas de nuestro pueblo. El fracaso rotundo de la plataforma liberal y parlamentaria favorece esta sentencia, que aparece en todas partes como la única posibilidad creadora, y constituye el nervio de esa concepción nuestra—tal mal entendida—, de un sindicalismo económico, Estado, al servicio de fines exclusivamente nacionales.

Las fuerzas obreras viven hoy con angelical inconsciencia la aventura marxista, por lo cual sirven ingenuamente a los ideales traidores. Hay que propagar entre las filas obreras la rotunda verdad de que una sociedad socialista constituiría para ellas la esclavitud vergonzosa a una burocracia voraz e irresponsable. Nuestro frente no puede tolerar que la ingenuidad de los hijos del pueblo haga e identifique el logro de sus aspiraciones con la destrucción de la voluntad final.

La salud de la Patria exige, pues, el aniquilamiento de los partidos de orientación marxista, incapacitándolos para intervenir en la forja de los destinos nacionales. Nuestra actual promesa, nuestro compromiso de juramentados para garantizar un inmediato resurgimiento de la Patria, consiste en la afirmación de que no retrocederemos ante ningún sacrificio para sembrar en el alma del pueblo la necesidad vital que sentimos como españoles. El marxismo es teóricamente falso, en la práctica significa el más gigantesco fraude de que pueden ser objeto las masas. He aquí por qué se impone liberar a las masas de los mitos marxistas.

Las tácticas a que responderán las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J. O. N. S.), que estamos organizando, se basan en la aceptación de la realidad revolucionaria. Queremos ser realizadores de una segunda etapa revolucionaria. Nos opondremos, pues, rotundamente a que se considere concluso el período revolucionario, reintegrando a España a una anormalidad constituyente cualquiera. Hemos de seguir blandiendo la eficacia revolucionaria, sin que se nos escape la oportunidad magnífica que hoy vivimos.

Necesitamos atmósfera revolucionaria para asegurar la unidad nacional, extirpando los localismos perturbadores. Para realizar el destino imperial y católico de nuestra raza. Para reducir a la impotencia a las organizaciones marxistas. Para imponer un sindicalismo económico que refrene el extravío burgués, someta a líneas de eficacia la producción nacional y asegure la justicia distributiva. Esa es la envergadura de nuestras Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J. O. N. S.), a cuya propagación dedicaremos desde hoy toda la voluntad y energía de que dispongamos.

Esa es nuestra declaración jurada, al dar nacimiento hoy a una liga política que sólo admitirá dilemas de sangre y de gloria: O el triunfo, o la muerte.

(3-X-1931.)

MANIFIESTO POLÍTICO DE LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA - POR QUE NACEN LAS JUNTAS

13 La tremenda angustia de advertir cómo día tras día cae nuestra Patria en un nuevo peligro, aceptando la ruta desleal que le ofrecen partidos políticos antinacionales, nos obliga hoy a hacer un llamamiento a los españoles vigorosos, a todos los que deseen colaborar de un modo eficaz en la tarea concretísima de organizar un frente de guerra contra los traidores.

Invocamos esa reserva fiel de que todos los grandes pueblos disponen cuando se advierten corrompidos en su entraña misma por una acción disolvente y anárquica. Acontecen en nuestro país cosas de tal índole, que sólo podría justificarse su vigencia después de un combate violento con minorías heroicas de patriotas. El hecho de que estas minorías no hayan surgido nos hace sospechar que entre los núcleos sanos de nuestro pueblo nadie se ha ocupado hasta hoy de propagar con pulso y coraje la orden general de "¡Servicio a la Patria!"

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista nacen precisamente en virtud de esa sospecha nuestra de que no existe en el panorama político fuerza alguna que garantice la defensa heroica de los ideales hispánicos. No nos resignamos a que perezcan sin lucha los alientos de España, ni a que se adueñen de los mandos nacionales hombres y grupos educados en el derrotismo y en la negación.

Ahora bien; nuestro compromiso de entablar batalla violenta con las organizaciones enemigas no limitará nuestra acción a hazañas destructoras, sino que también aspiramos a ofrecer un manojo completo de soluciones a las dificultades de todo orden que impiden en esta hora la prosperidad del país.

¿DONDE ESTA EL ENEMIGO?

Tal es el incremento que han tenido en nuestra Patria las propaganda? traidoras, que no se requiere macho esfuerzo para dar con él. Si bien la ola marxista es la que amenaza con más agresividad oponerse a la grandeza española, serán también considerados por las Juntas como enemigos todos aquéllos que obstaculicen en España, por egoísmo de partido o fidelidad a ideales bobos y fracasados del siglo xix, la propagación del nuevo Estado, imperial, justo y enérgico, que el nacional-sindicalismo concibe

Los partidos marxistas—socialismo, comunismo— son algo más grave que una concepción económica más o menos avanzada. Una supuesta crisis de la sociedad capitalista no autoriza a que unas hordas semisalvajes insulten los valores eminentes de un pueblo y atropellen la voluntad nacional. El resentimiento marxista es el máximo enemigo, y hay que aniquilarlo en nombre de la Patria amenazada.

No caben pactos con el marxismo. Es increíble que en España no se le hayan enfrentado réplicas rotundas. Sólo la desorientación que hoy se extiende por toda el área nacional, nublando los ojos de las gentes, justifica esas victorias electorales, que las provincias otorgan al socialismo.

Las Juntas denunciarán también como enemigos de la Patria a todos los que en el trance difícil por que atraviesa el país se permiten obstaculizar el avance de las organizaciones sindicales. Nunca más justificados que ahora los posibles excesos en que éstas incurren, a la vista de los crímenes y las deslealtades con que no se vacila en herir la sagrada unidad de España.

Ahí está la desmembración nacional y la triste cosa de ver cómo se entregan a un sector exaltado de traidores catalanes jirones de soberanía. Ahí está la atmósfera deprimente, el elogio de la transigencia y de la cobardía, la exaltación de una España fraccionada, los llamamientos hipócritas a la concordia, medios todos ellos de reprimir la protesta y el coraje de los españoles.

LA ACTUACIÓN DE LAS JUNTAS

A las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista se le ofrecen, naturalmente, varias tácticas para luchar contra sus poderosos enemigos. Desde luego rechazan la táctica electoral y parlamentaria, sin que esto quiera decir que no la utilicen de un modo ocasional. Son más adecuados y eficaces a sus propósitos los métodos de acción directa, y, puesto que acusan al Estado de no vigilar con suficiente intensidad las maniobras de los enemigos de la Patria, subsanarán con sus propios medios las deficiencias que adviertan.

No se olvide que nuestro nacional-sindicalismo acepta con alegría la realidad revolucionaria. Creemos que la revolución es aquí imprescindible y debe hacerse. Pues no estamos dispuestos a que los medios insurreccionales, con su gran fecundidad creadora, sean exclusivamente utilizados por los charlatanes de izquierda. De otra parte, el hecho de que las Juntas se denominen de "Ofensiva", señala con claridad nuestro

carácter revolucionario, es decir, que nos reservamos la aspiración de subvertir el actual régimen económico y político e implantar un Estado de eficacia española.

Es indudable que la tendencia liberal y parlamentaria que hoy asfixia a la vitalidad del país, procurará por todos los medios desprestigiar e inutilizar nuestra acción. Las esferas "provisionalmente" directoras hacen hoy todo lo posible por desvitalizar al pueblo, despojándolo del heroísmo proverbial de nuestra raza. Se pretende reducirlo así a la impotencia, supliendo con esbirros dóciles la actuación ejecutiva del pueblo patriota. Hay castigos, como los que merecen los separatistas, los anarquizantes y todos los afiliados a partidos antinacionales, cuya ejecución no debe ser encomendada a mercenarios, sino al pueblo mismo, a grupos decididos y generosos que aseguren con su acción la íntegra salvaguardia de la Patria.

La acción directa que las Juntas proclaman como su método predilecto de lucha, no ha de entenderse como una práctica exclusiva de la violencia. Más bien como una táctica que prescinde del actual Estado liberal-burgués, como protesta contra la inercia de éste frente a las audacias de los grupos antinacionales.

Pero la acción directa es asimismo violencia. El hecho de que la decrepitud pacifista imponga hoy en España que sólo la Guardia civil puede batirse contra la anarquía, y rechace con pavor análogo al de una virgencita el uso viril y generoso de las armas contra los enemigos de la Patria, este hecho, repetimos, no puede ni debe influir en la táctica de las Juntas.

¿QUIENES DEBEN FORMAR PARTE DE LAS J. O. N. S.?

Naturalmente, las Juntas que estamos organizando no son incompatibles con la República. En nada impide esta forma de Gobierno la articulación de un Estado eficaz y poderoso que garantice la máxima fidelidad de todos a los designios nacionales. Los partidarios del nacional-sindicalismo pueden, por tanto, reclutarse entre todos los españoles que acepten sin discusión la necesidad de lograr a costa de todos los sacrificios el inmediato resurgimiento de España.

Toda la juventud española que haya logrado evadirse del señoritismo demoliberal, con sus pequeños permisos y salidas al putrefacto jardín marxista, y sienta vibrar con pasión la necesidad de reintegrarse al culto de la Patria.

Todos los que comprendan la urgencia de encararse con la pavorosa tristeza del pesimismo español, señalando metas de gloria al descanso secular de nuestra raza.

Todos los que adviertan el crujir de las estructuras sociales hoy vigentes y deseen colaborar a un régimen económico antiliberal, sindicalista o corporativo, en que la producción y en general la regulación toda de la riqueza, emprenda las rutas de eficacia nacional que el Estado, y sólo él, indique como favorables a los intereses del pueblo.

Todos los que posean sensibilidad histórica suficiente para percibir la continuidad sagrada de los grandiosos valores hispánicos y se apresten a defender su vigencia hasta la muerte.

Todos los que sufran el asco v la repugnancia de ver cerca de sí la ola triunfal del marxismo, inundando groseramente los recintos de nuestra cultura.

Todos los que logren situarse en nuestro siglo, liberados del liberalismo fracasado de nuestros abuelos.

Todos los que sientan en sus venas sangre insurreccional, rebelde contra los traidores, generosa para una acción decisiva contra los que obstaculicen nuestra marcha.

¡¡ Todos, en fin, los que amen el vigor, la fuerzo y la felicidad del pueblo!!

¿QUE PRETENDE EL NACIONALSINDICALISMO?

El nombre de "'Juntas" que damos a los organismos encargados de la acción de nuestro partido, alude tan sólo a la estructura de éste. La palabra "Ofensiva" indica, como hemos advertido ya antes, el carácter de iniciativa revolucionaria que ha de predominar en su actuación.

Ahora bien. ¿Y el nacional-sindicalismo? El carácter hispano, nacionalista si se Quiere, de nuestro partido, es algo que advierte el más obtuso en cualquier párrafo de nuestras campañas. El motor primero de nuestro batallar político es, efectivamente, una ansia sobrehumana de revalorizar e hispanizar hasta el rincón más oculto de la Patria.

Asistimos hoy a la ruina demoliberal, al fracaso de las instituciones parlamentarias, a la catástrofe de un sistema económico que tiene sus raíces en el liberalismo político. Estas verdades notorias, que sólo un cerebro imbécil no percibe, influyen naturalmente en la concepción política y económica que nos ha servido para edificar el programa de nuestro nacional-sindicalismo. Es de una ingenuidad seráfica estimar que el uso del

vocablo sindicalismo nos une a organizaciones proletarias que con ese mismo nombre se conocen en nuestro país y que son lo más opuestas posible a nosotros.

El Estado nacional-sindicalista se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras, de Estado, en las economías privadas. Su radicalismo en este aspecto depende de la meta que señalen la eficacia económica y las necesidades del pueblo. Por tanto, sin entregar a la barbarie de una negación mostrenca los valores patrióticos, culturales y religiosos, que es lo que pretenden el socialismo, el comunismo y el anarquismo, conseguirá mejor que ellos la eficacia social que todos persiguen.

Es más, esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica, sólo, se logra en un Estado de hondísimas raigambres nacionales, y donde no las posee, como acontece en Rusia, se ven obligados a forjarse e improvisarse una idea nacional a toda marcha. (Consideren esto y aprendan los marxistas de todo el mundo.)

¡VIVAN LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA!

(10-X-1931.)

NUESTRAS CONSIGNAS

14 Conviene aclarar que las "Juntas" (J. O. N.-S.) se disponen a actuar en la vida política española, desentendiéndose de una serie de simbolismos fracasados. Las "Juntas", que son enemigas del sistema liberal-burgués hoy dominante, no pueden unir su suerte a las peripecias de reconquistas invaliosas. Tenemos ante nosotros dos fines supremos : Subvertir el actual régimen masónico, antiespañol, que ahoga la vitalidad de nuestro pueblo, hoy indefenso e inerme frente a la barbarie marxista. Imponer por la violencia la más rigurosa fidelidad al espíritu de la Patria.

Todo lo demás es de segundo rango para nosotros. La política es actualidad y eficacia. La defensa de aquellos dos fines no tiene nadie derecho a complicarla con apetitos secundarios. El sentido de nuestras "Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista" está informado por la ambición joven de dotar a España de un espíritu fiel y de unas instituciones modernas que logren definitivamente el resurgimiento de la Patria. Contra el egoísmo disperso, oponemos la obligación de formar en las "Juntas". Contra el marasmo y la cobardía públicas, presentamos la moral de "Ofensiva". Contra la traición de los miserables, la idea "Nacional". Y frente al fracaso de las estructuras económicas vigentes, un sindicalismo o corporativismo de Estado, que discipline la producción y la distribución de la riqueza.

La acción y la propaganda de las "Juntas" requiere el auxilio de consignas eficaces, que encierren en la realidad de sus clamores el secreto del triunfo. Hoy iniciamos aquí la exposición de esas consignas, y nuestros afiliados deberán proceder a difundirlas con tenacidad y coraje.

LA PATRIA AMENAZADA

Hoy predominan en el Gobierno, bien los partidos antinacionales, como el socialista, bien los grupos de más tibio carácter nacional, como la masonería extemporánea que representan los demás ministros. Esta situación es insostenible, y de ella se aprovechan los enemigos mayores, los que aguardan en la sombra la oportunidad para asestar el golpe comunista.

Acontece, pues, que se encuentran en plena indefensión los ideales nacionales. No existe hoy fuerza alguna que ejerza, en cierto modo, un contrapeso a las propagandas traidoras y se imponga el deber heroico de castigar los crímenes contra la Patria. No es posible contener la ola marxista sin esgrimir la santa fidelidad a la Patria y sin movilizar en torno a esta suprema idea nacional las más sanas reservas del pueblo. Nosotros aceptamos que la situación gobernante es sinceramente enemiga del comunismo—¡como que se trata de burguesía liberal medrosa!—; pero frente a los asaltos bolcheviques y anárquicos sólo dispone de fuerza policíaca, no de recursos creadores ni de barreras fecundas, que es lo único eficaz contra esos salvajes que creen flamear una nueva civilización.

Por esto damos hoy el grito de la Patria amenazada, requiriendo a los españoles para organizar un frente de ofensiva que haga imposible la victoria comunista. Y a la vez para influir de modo inmediato en las tendencias actuales del régimen, que no duda en rodearse de medios tiránicos para atro-pellar la conciencia nacional,

CONTRA EL ESTADO LIBERAL Y EL PARLAMENTO BURGUÉS

Sólo quien disponga de grandes caudales de hipocresía, esto es, de fórmulas criminales para burlarse del pueblo, puede hoy aceptar las instituciones democrático-parlamentarias. Hoy vemos cómo se ensalzan por las oligarquías desaforadas de las Constituyentes las ideas liberales y luego cómo se introducen con gesto solapado los recuerdos de la tiranía. Las "Juntas" combatirán la hipocresía liberal-burguesa, proclamando de una manera limpia la necesidad de una dictadura nacional que elimine a los traidores.

No podemos aceptar otros derechos que los de la Patria, y toda la retórica liberal, con sus putrefactos derechos individuales, merece nuestro desprecio. Si hay algún momento histórico en que España requiere el sacrificio generoso de los españoles, es éste de ahora, y frente a su llamamiento deben prohibirse como inmorales todos los derechos descubiertos o por descubrir.

La momia liberal, fracasada en todas las latitudes del universo, pretende hoy arrancar de los designios de España los afanes de grandeza. Quiere sujetar nuestro futuro a una existencia risible, pacifista y boba, a la que se le cierran todas las veredas triunfales. No pueden admitir espera los alientos de la raza, y por eso las "Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista" hacen desde hoy promesa firme de liberar a la Patria del liberalismo traidor que obstaculiza su ruta. Además, la posición liberal es de una rancIedad que apesta a todo espíritu moderno. Sólo un farsante o un cretino puede a estas alturas defender la fórmula demoliberal, propia de setentones sin sangre.

Todas las traiciones y todos los egoísmos se consuman en los Parlamentos. Son paderes irresponsables que se escudan en su origen democrático para cometer las mayores vilezas contra los intereses de la Patria. La política parlamentaria es forzosamente mezquina y contribuye a que usufructúen el Poder oligarquías mediocres, sin enlace alguno con los imperativos históricos de la raza. Jamás podrá reconstruirse un pueblo a base de recetas parlamentarias. Los diputados suelen ser hombres sin pasión nacional, leguleyos enemigos de la acción y del co raje, gentes sin fe ni confianza alguna en lo» destinos de la Patria.

La mecánica política de nuestro siglo obedece a la lógica dictatorial de los partidos nacionales. Un grupo fuerte y audaz, que logre el auxilio de los más puros sectores del pueblo, debe imponer su verdad a los extraviados. Por eso las "Juntas" abandonan la mística parlamentaria y se constituyen en defensores de una franca política de dictadura, que ponga al servicio de la Patria todas las energías del país.

LA DISCIPLINA Y EL CORAJE DE UNA ACCIÓN MILITAR

Una consigna permanente de las "Juntas" es la de cultivar el espíritu de una moral de violencia, de choque militar, aquí donde todas las decrepitudes y todas las rutinas han despojado al español de su proverbial capacidad para el heroísmo. Aquí, donde se canta a las revoluciones sin sangre y se apaciguan los conatos de pelea con el grito bobo de "¡ni vencedores ni vencidos!".

Las "Juntas" cuidarán de cultivar los valores militares, fortaleciendo el vigor y el entusiasmo guerrero de los afiliados y simpatizantes. Las filas rojas se adiestran en el asalto y hay que prever jornadas violentas contra el enemigo bolchevique. Además, la acción del partido necesita estar vigorizada por la existencia de organizaciones así, disciplinadas y vigorosas, que se encarguen cada día de demostrar al país la eficacia y la rotundidad de las "Juntas".

Nuestro desprecio por las actuaciones de tipo parlamentario equivale a preferir la táctica heroica que puedan desarrollar los grupos nacionales. Del seno de las "Juntas" debe movilizarse con facilidad un número suficiente de hombres militarizados, a quienes corresponda defender en todo momento el noble torso de la Patria contra las blasfemias miserables de los traidores.

A todas horas, favorecidos por la inmunidad, se injuria a España por grupos de descastados, que se sonríen de nuestra fe en la Patria, que medran con la sangre del pueblo que trabaja, acaparando esos sueldos que les permiten dilapidar el tiempo en las tertulias antinacionales. Esos grupos, esas personas, esos periódicos que calumnian a España, que odian su espíritu secular y su cultura, merecen el más implacable castigo, que debe ejecutarse supliendo la inacción del Estado con la acción violenta de unas cuantas patrullas heroicas.

LA CAPACIDAD ECONÓMICA DEL NACIONALSINDICALISMO

Algo hay indiscutible en nuestra época, y es la crisis capitalista. Ya hemos dicho alguna vez que esta crisis es para nosotros más bien de gerencia capitalista. Han fracasado las estructuras de la economía liberal, indisciplinada, y también los grandes "trusts" o "cártels" que trataron de suplantarla. Pero ha de entenderse que las dificultades económicas tienen hoy un marcado carácter político, y que, sin el hallazgo de un sistema político, es imposible toda solución duradera a la magnitud de la crisis económica.

Sólo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es, sólo en un Estado sindicalista, que afirme con fines suyos las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una

política económica fecunda. Esto no tiene nada que ver con el marxismo, doctrina que no afecta a la producción, a la eficacia creadora, sino tan sólo a vagas posibilidades distributivas.

Esto del Nacional-Sindicalismo es una consigna fuerte de las "Juntas". El Estado liberal fracasará de modo inevitable frente a las dificultades sociales y económicas que plantea el mundo entero. Cada día le será más difícil garantizar la producción pacífica y contener la indisciplina proletaria. La vida cara y el aumento considerable de los parados serán el azote permanente.

El nacional-sindicalismo postula el exterminio de los errores marxistas, suprimiendo esa mística proletaria que los informa, afirmando, en cambio, la sindicación oficial de productores y acogiendo a los portadores de trabajo bajo la especial protección del Estado.

Ya tendremos ocasión de explicar con claridad y detenimiento la eficacia social y económica del nacional-sindicalismo, única concepción capaz de atajar la crisis capitalista que se advierte.

(24-X-1931.)

EL CAMARADA RAMIRO LEDESMA RAMOS, PRESENTA, JUSTIFICA Y DEFINE EL CARÁCTER DE NUESTRA REVISTA

15 Las J. O. N. S. lanzan su revista teórica, es decir, sus razones polémicas frente a aquellas de que dispone y maneja el enemigo. El partido dará así a la juventud nacional española una línea de firmeza inexpugnable. No sólo la consigna justa, la orden eficaz y el grito resonante, sino también las razones, el sistema y las ideas que consigan para nuestro movimiento "jonsista" prestigio y profundidad. La revista "JONS" no será para el partido un remango, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y "razonable". No. "JONS" será justamente el laboratorio que proporcione al partido la teoría revolucionaria que necesita. No hará, pues, un camarada nuestro el gesto más leve, la acción más sencilla, sin que sirva con rotundidad lógica a una teoría revolucionaria, a unos perfiles implacables, que constituyen nuestra fe misma de españoles, nuestro sacrificio, nuestra entrega a la España nuestra.

Aquí aparecerán, pues, justificadas con cierta rigidez, con cierta dureza, las orientaciones del partido. A ellas han de permanecer sujetos los propagandistas y los organizadores locales que hoy piden al movimiento bases teóricas, doctrina "jonsista". Porque las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA no disponen sólo de un estilo vital, es decir, de un modo de ser activo, militante y revolucionario que es el alma misma de las juventudes de esta época, sino que, a la vez, disponen de una doctrina, de una justificación, de un impulso en el plano de los principios teóricos.

Ahora bien; ya tiene razón—sin más razones— nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas. Para hacer eso, basta permanecer fiel a algo que es anterior y primero que toda acción política, que toda idea y toda manifestación: el culto de la Patria, la defensa de nuestra propia tierra, de nuestro ser más primario y elemental: nuestro ser de españoles. Quede esto dicho con claridad, en primera y única instancia: para combatir al marxismo no hacen falta razones, mejor dicho, huelgan las razones.

Pero el movimiento J. O. N. S. es antimarxista y otras cosas también. Lo necesitamos todo. Pues las generaciones que nos han precedido de modo inmediato, nos hacen entrega de una herencia exigua.

Algún hombre aislado, de gran emoción nacional y de gran talla. Pero ningún lineamiento seguro, ningún asidero firme en que apoyarnos. Todo, hemos de hacerlo y todo lo haremos. Buscando, frente a las ausencias inmediatas, las presencias lejanas, rotundas y luminosas del gran siglo imperial, y también de los años mismos en que aparecieron por vez primera nuestros haces, nuestras flechas enlazadas: la unidad nacional, la realidad histórica de España, los signos creadores y geniales de Isabel y de Fernando.

El movimiento J. O. N. S. es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir—o reconstruir—estrictamente una Nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles.

En fin, camaradas, al frente de este primer número os pido fe en las J. O. N. S.; fe en las consignas justas del partido, fe en España y fe en el esfuerzo de la juventud nacional. Pues con ese bagaje haremos la revolución y triunfaremos.

(Mayo de 1933.)

¡NI DEMOCRACIA BURGUESA, NI MARXISMO!

16 En abril de 1931 era efectivamente insostenible, indefendible, la realidad política de la Monarquía. Ahí radica, quizá, la licitud del hecho revolucionario que presentó a los españoles la posibilidad de un salto airoso. Pudo entonces pensarse que el simple advenimiento de la República conseguiría afirmar y robustecer la expresión nacional, basando su ruta en los más limpios valores de nuestro pueblo. Ello era bien difícil, sin embargo, porque la revolución fué iniciada e impulsada en nombre de dos tendencias políticas igualmente recusables como engendradoras de ciclo alguno valioso.

Esas dos fuerzas, únicas que iban a colaborar en la constitución del Estado nuevo, tienen estos rótulos: burguesía liberal y marxismo. Ninguna otra cosa, ninguna organización que no sea lícito incluir en esas dos denominaciones tuvo vida efectiva, realidad "política" efectiva, en aquellos meses primeros de la República, ni aun siquiera la tiene hoy mismo. No hemos conocido, pues, en los dos años de vigencia del régimen, otra pugna política que esa: de un lado, burguesía liberal, de derecha, de izquierda o de centro, con unos afanes que se limitan y concretan a implantar en España una democracia parlamentaria. De otro lado, las fuerzas marxistas, agrupadas casi totalmente en el partido socialista.

Siendo esta realidad política sobre la que se operaba y edificaba la revolución de abril, eran facilísimamente previsibles estas dos cosas: primera, que las nuevas instituciones quedarían al margen de la autenticidad española, de espaldas al histórico imperativo que antes dijimos daba licitud a la revolución, el de dar conciencia nacional, española, a los españoles; segunda, que correspondería al partido socialista el control efectivo del nuevo régimen; es decir, que se inauguraban en España las etapas rotundas y claras de una revolución socialista.

La pugna entre la burguesía liberal, cuyo más caracterizado representante es Lerroux, y el marxismo, tuvo bien pronto efectividad en la política republicana. Recuérdese el episodio Lerroux-Prieto, ya en el mes de julio de 1931. Lerroux fué vencido, naturalmente, y desde aquella hora misma la balanza revolucionaria tuvo una franca preferencia, una segura inclinación hacia los intereses y las ideas y las posiciones del partido socialista.

Así era y así tenía necesariamente que ser. La democracia burguesa y parlamentaria está hoy por completo, en todo el mundo, vacía de posobilidades, ajena a la realidad social y política de nuestro tiempo. Sólo el hecho de aparecer en España el filo de una "revolución fácil", como la de abril, puede explicar que hoy se agrupen grandes núcleos de españoles en torno a esa fórmula ineficaz y boba. El marxismo, venciendo a Lerroux, no realiza, en efecto, una empresa de romanos.

Ahora bien, esa imposibilidad revolucionaria, histórica, de que las fuerzas demoliberales desplazaran al marxismo, puso ante España el peligro, notoriamente grave, de una plenitud socialista de franco perfil bolchevique. Si ello no ha acontecido aún, se debe a que las etapas de la revolución española, que ha tenido que ir pasando por una serie de ilusiones populares, se caracteriza por una cierta lentitud. A la vez, porque afortunadamente el partido socialista no posee una excesiva capacidad para el hecho revolucionario violento, cosa a que, por otra parte, no le habría obligado aún a realizar la mecánica del régimen parlamentario, y además, que existen grandes masas obreras fuera de la disciplina y de la táctica marxistas. Por ejemplo, toda la C. N. T.

Sin presunción alguna declaramos que toda la trayectoria política, desde abril, ha sido predicha por nosotros con cabalísima exactitud. Ello era, desde luego, tarea sencilla y fácil. Bastaba un ligero conocimiento de lo que es una revolución y conservar un mínimun de serenidad, para advertir la presencia de los hechos en su relieve exacto. Hace ya, pues, muchos meses que la única tarea en realidad urgente para todos cuantos dispongan de una emoción nacional que defender frente al marxismo sombrío, antiespañol y bárbaro, era la de romper esa dualidad a que nos venimos refiriendo; es decir, presentar en el ruedo político, donde forcejeaban radicales y socialistas, una tercera cosa, una tercera tendencia, algo que lograse de un lado la eficacia constructiva, nacional y poderosa que la burguesía demoliberal no conseguía ni podía conseguir, y de otro, que dispusiese de vigor suficientemente firme para batir al marxismo en su mismo plano revolucionario y violento.

Ni por la derecha ni por la izquierda ha sido comprendido ese clamor, advertida esa necesidad. Claro que ello significaría que España levantaba, efectivamente, su gesto histórico, casi desconocido y oculto desde hace nada menos que dos siglos. En vez de eso, hubo las jornadas insurreccionales de agosto, el golpe de Estado de Sanjurjo, al grito, no se olvide, de "Viva la soberanía Nacional", con que solía también finalizar sus proclamas Espartero. Era inminente, entonces, el Estatuto de Cataluña y ya una realidad el triunfo del partido socialista sobre Lerroux. El fracaso del golpe de agosto hizo que la situación incidiese de nuevo en las características que venimos presentando con insistencia: democracia parlamentaria o marxismo.

Así seguimos, pues fuera de la acción de nuestro partido, juzgada, presentada y perseguida por el Gobierno como actividad fascista, no hay nada en el horizonte de España que tienda a romper esa limitación. No es preciso hablar de los esfuerzos de organización que los elementos llamados de "derecha" realizan con cierta profusión, porque no han sido capaces de incorporar nada, presentándose en la política como partidarios

de esas formas mismas que venimos señalando como fracasadas e impotentes. En efecto, los periódicos y partidos que representan a lo que se denomina "las derechas"—caduca rotulación que es preciso desterrar, como esa otra de "izquierdas"—se han unido a los clamores de la democracia parlamentaria, suspiran por ella todos los días, traicionando así el deber en que se hallaban de favorecer la presencia de una nueva política, del tipo y carácter de la que hoy aparece en todo el mundo como triunfal y victoriosa, recogiendo en sus fuentes más puras el afán que todos sentimos de arrancar de una vez la carátula de desgracias, decadencias, complejos de inferioridad o como quieran llamarse, que define y destroza la faz auténtica de España.

Redactamos este informe en las horas mismas en que se resiente el actual Gobierno de Azaña bajo la presión obstruccionista. No sabemos qué acontecerá; pero sí que, sea lo que quiera, no ha de contradecir ni una de las afirmaciones que hemos hecho. Podrán o no irse los ministros socialistas. Es lo mismo. Porque lo verdaderamente esencial es que si el partido socialista retira sus ministros lo hará con la exacta garantía de que el nuevo Gobierno no manejará resortes "nacionales" contra el marxismo: es decir, que no se unirá o será influido por el tipo de política a que tienden de modo fatal las situaciones políticas que, por unas u otras causas, dan batalla al marxismo. Este peligro lo advierten hoy los socialistas en un Gobierno Lerroux. En opinión nuestra, de modo infundado, porque a Lerroux le adornan todas las solemnes deserepitudes de la burguesía liberal y parlamentaria.

Los socialistas, su táctica y su técnica marxistas, son el auténtico peligro, dentro o fuera del Poder. Dentro, porque todos los españoles deben tener la seguridad de que prepararán de un modo frío, implacable y sistemático la revolución socialista. Fuera, porque si dimiten es con la garantía de que serán respetados, guardados y defendidos sus reductos.

Si alguna conclusión se deduce lógicamente de este informe, que creemos justo y verdadero, es la de que nuestro partido, las J. O. N. S., se encuentra en la línea de la eficacia más segura. Es lícito que proclamemos que, o se extiende y organiza el partido hasta alcanzar la fuerte adhesión de los mejores núcleos españoles, con capacidad para comprender o intuir nuestro doble y cruzado carácter "nacional y sindicalista", "sindicalista y nacional", o bien España es fatal y tristemente una presa socialista: el segundo experimento mundial de la revolución roja. El dilema es implacable. O esto o aquello. Así de simple, de sencilla y dramática es la situación de España, como lo es, en resumen, la situación misma del mundo.

O las flechas "jonsistas" imponen su victoria insurreccional contra el marxismo, o el triunfo de la revolución socialista es seguro.

(Mayo de 1933.)

DECLARACIONES TERMINANTES

(Jonsismo. Fascismo. Las derechas. La violencia. La juventud. Las masas.)

17 Los movimientos políticos, en caso de ser entrañables, fecundos y sinceros, no se caracterizan sólo por sus ideas, su programa escrito, en cuyas cosas coinciden quizá con otros, sino que poseen también zonas más genuinas y profundas. Habrá que percibir en ellos qué calor humano arrastran, qué voluntades y qué gentes sostienen y nutren su camino.

El jonsismo no consiste, pues, en estas o en aquellas ideas. Las ideas políticas tienen poco valor, casi ningún valor, si no cabalgan sobre creaciones fornidas, sobre entusiasmos voluntariosos, que sólo existen y son posibles allí donde brota la acción durísima y urgente. No habrá mejor definición para nuestro movimiento que la que se limite a indicar que exalta, recoge y encuadra a las juventudes nacionales. Esa es nuestra razón de ser, la ejecutoria de las Juntas. Queremos ligar al partido a un solo y magno compromiso: que las generaciones jóvenes—veinte a cuarenta años—vean con espanto la posibilidad de que coincida un período de deshonor, ruina y vergüenza de la Patria, con la época en que ellos son fuertes, vigorosos y temibles.

Yo prosigo con fe la organización de las J. O. N. S. y mantengo con firmeza la ruta del Partido, sin oír las voces más o menos afines que solicitan la desaparición de las Juntas, porque advierto cada día las incorporaciones magníficas con que los medios jóvenes de España garantizan nuestra victoria. Y una vez que se reconozca nuestra tarea como una tarea de juventudes—siempre, claro está, utilizamos este concepto sin atenernos con rigor a este o a aquel número de años—, se nos otorgará derecho a repudiar toda clasificación política que afecte a batallas y jornadas anteriores a la presencia del Partido.

LAS CONSIGNAS ELECTORALES

(La unidad. El marxismo. La revolución parlamentaria. El agrarismo. El nuevo Estado. La posición jonsista.)

18 Por mucho que eleven los partidos su puntería en las propagandas electorales, se les escapará íntegro el drama actual de España. Muchos creemos que el carácter y la magnitud de este drama van a exigir de los españoles algún mayor y más intenso servicio que el depositar una papeleta en las urnas. Las movilizaciones electorales pueden» sí, alcanzar cierta eficacia para discriminar y resolver cosas menores que aludan a problemas cotidianos y fáciles. Sólo si aparecen polarizadas con vigor dos rutas, y a título excepcional, puede conseguirse solventarlas electoralmente. Perciben entonces las masas de un modo sencillo la significación esencial, histórica, de ambas rutas. Pero hoy, en España, no hav planteadas cuestiones sencillas, sino muy complejas, y no puede resolverlas cualquiera, sino algunos; no los más, por el hecho de serlo, sino los menos, de un modo disciplinado,'heroico v casi genial.

Nadie piense en reconstituir la unidad española con votaciones espléndidas y nutridas. El esfuerzo de voluntad y coraje que se precisan no lo sembrarán nunca en las gentes las propagandas electorales. El problema de la unidad nacional se enlaza con otras urgencias españolas, y todas ellas convergen en la obligatoriedad de plantearse el problema esencial del Estado, es decir, el de su derrocación y conquista. Por dondequiera que en España se aborde alguna de las enormes dificultades hoy existentes, se tropieza uno con esa necesidad revolucionaria, con ese tipo de intervención apremiante e imperiosa.

Pues en una época como la actual, en que es imposible a pueblo alguno regular y disciplinar su marcha si no dispone de un Estado eficaz, creador, y fecundo, aquí en España el Estado parece construido para alimentar y vigorizar las secesiones. He aquí su carácter más grave, perturbador y doloroso. Es un Estado con capacidad de destrucción y aniquilamiento.

Ahí está, pues, la unidad española, inasible como consigna electoral de cualquier candidatura. Mostrarse hoy en España partidario de la unidad nacional equivale a mostrarse disconforme con el Estado, es decir, es una calidad revolucionaria. Y muy pocas veces acontece que el hacer la revolución sea una consigna electoral. La excepción universal y única, todos la tenemos, en España, bien cercana. Fué la revolución electoral de abril, fenómeno míe sólo nodrá explicarse en la historia como una revolución excesivamente madura, no realizada a su tiempo por la notoria cobardía de sus intérpretes.

La unidad española la defienden sólo algunos partidos, y ello con timideces y vacilaciones. Pues, como hemos dicho antes, es una aspiración que sólo cabe y es posible en partidos revolucionarios. Los separatismos tienen su mejor guarida en la vigencia constitucional, y además, según bien reciente manifestación uniformada en Cataluña, se preparan con vistas a defensas más duras y eficaces.

El español que se acongoje en presencia de los separatismos traidores, pasará en balde sus oíos por las candidaturas que se le ofrezcan estos días. Si quiere incorporar un esfuerzo, unirse con calor a una eficacia, tendrá que apartar su atención de las colas de votantes. La ofensiva armada contra los separatismos va a ser la primera gran prueba a que los españoles tienen que someter su capacidad para sostener sobre los hombros una Patria. Pues si en España triunfan y son posibles los separatismos, es que ha dejado de existir, de muerte natural v vergonzosa, sin catástrofes, sin lucha, justificación ni sepultura, con el cadáver al aire, para que lo escarnezcan los canes europeos, forjadores de nuestro deshonor y nuestra ruina.

Sostenemos, pues, que la unidad española no puede ser litigada ni discutida en los comicios. Ya lo entienden así los partidos y desde luego no se atreverá ninguno a ofrecerla a cambio de votos. Hay, en cambio, muy extendida por ahí una consigna electoral, el antimarxismo, sobre la que urge mucho aclarar sus calidades.

El marxismo es, en efecto, batido con eficacia y entusiasmo en todas partes. Pero aquí se pretende hacerlo al revés, ignorando lo que el marxismo significa, cuáles son sus defensas más firmes, dónde aparece encastillado y acampado. Las filas marxistas se nutren de masas azuzadas, en su gran mayoría, por el afán de arrebatar y conquistar cosas que otros tienen. Son masas en cierto modo insatisfechas, incómodas, que los dirigentes rojos polarizan hacia la destrucción y la negación nacional.

Quieren salvarse ellas mismas como sea, sin emociones ni complejidades que vayan más allá de sus afanes inmediatos. El antimarxismo electoral que anda por ahí no resuelve el problema de esas ma-' 6as, y cuando más, su victoria será rápida, aprovechando alguna depresión de las mismas, pero es evidente que aparecerán de nuevo y se reharán de un modo facilísimo.

El marxismo queda aniquilado desvinculando sus organizaciones de esas masas insatisfechas a que nos referimos. Para ello se requiere ganarlas para la emoción nacional de España, .demostrándole, violentamente si es preciso, que su insatisfacción, su infelicidad y su peligro terminarán cuando desaparezcan la insatisfacción, la infelicidad y el peligro de España. Esto que decimos lo entienden, por ejemplo, bien en Italia y en Alemania, donde el fascismo y el nacionalsocialismo lograron ese tipo de victoria social a que nos estamos refiriendo. Sin ella, el marxismo es inaniquilable e invencible, por más candidaturas y frentes electorales que se formen.

Repitámoslo de un modo tajante y sencillo: la lucha contra el marxismo no puede ser una consigna electoral eficaz. Claro que, en España, tenemos las zonas extensas de la C. N. T., que no son marxistas; pero

a los que sabemos algo de luchas sociales nos resulta imposible asentar sobre ellas ningún optimismo, si no es el de que su carencia de organización robusta haría menos difícil su conquista por nosotros.

Las J. O. N. S. entienden así su antimarxismo y condenan los procedimientos blandos de los que, sin apoyo ni emoción nacional, luchan contra el marxismo, dándole y proporcionándole en rigor nuevas y más firmes posiciones. Sólo desde nuestro campo, sólo desde nuestro sindicalismo nacional, es posible batir y destruir las líneas marxistas, arrebatándole dirigentes revolucionarios y uniendo el destino de los trabajadores al destino firme, real y grandioso de la Patria.

La revisión constitucional, que es meta y público deseo de las derechas, es lo que nosotros denominamos la revolución parlamentaria. Tampoco parece muy posible y hacedera. Pues no están aún destruidas y desmanteladas las columnas emocionales que plantó y edificó la revolución de abril. Parece imposible que retrocedan mansamente, en presencia de la palidez y la frialdad de las papeletas electorales. Será más lógica una resistencia ante enemigo tan tenue, y por eso, mientras más densa y arrolladora aparezca la ola electoral contra la vigencia de la Constitución, con más premura, rapidez y urgencia se impone abandonar la táctica de la revolución parlamentaria.

Hay entre las consignas electorales una de radio amplísimo. Es la que se refiere a los campos españoles, a su victoria y a su temple. El agrarismo. Hace ya meses que impresiona a España esa presencia y esa bandera agrarias. Pues todos perciben en los españoles de los campos la posible levadura intrépida que necesita la Patria. El hombre del campo incorpora siempre a sus tareas valores espirituales, entre los que despunta con pureza una magnífica fidelidad al ser de España, al ser de la Patria, que ellos mejor que nadie, en directa relación con la tierra, exaltan y comprenden.

El fracaso o la desviación del movimiento agrario constituiría una catástrofe en esta hora de España. No hay que hacerse muchas ilusiones sobre lo que hoy es, pues el 90 por 100 de sus dirigentes y la ruta por la que éstos lo orientan carecen en absoluto de posibilidades. Todos los caciques mediocres, inmorales y decrépitos, de los viejos tiempos, aparecen ahí, en fila agraria, y contra ellos hay que conseguir arrebatarles la dirección y la tendencia de la lucha. Esos caciques son los que desarrollan la táctica electoral, aferrándose a ella de un modo exclusivo. Pero la misión de los campos es dar también a España otro linaje de servicios, proporcionarle defensores corajudos y violentos.

Todos los jonsistas deben llevar a los campos la demostración y la evidencia de que sólo es lícito llamar y solicitar a esas masas de "agricultores nacionales" para ofrecerles un lugar en el combate, y no para equipararles con papeletas frente a un enemigo armado, violento y criminal, como es siempre en todos los climas el enemigo marxista.

No hay ni habrá nuevo Estado, instituciones grandiosas y firmes en España mientras no dejemos esa cuestión teórica que es saber al dedillo cómo va a ser el Estado hasta después de los "hechos" triunfales. Después de jornadas un poco ciegas si se quiere, en las que nadie vea claro sino una cosa, el arrojo y el sacrificio de sus actores, es cuando se plantea y puede plantearse la necesidad "teórica" de salir de los atolladeros, de las dificultades a que la acción, la acción pura, nos lleve. Esa es la posición de las J. O. N. S. ante las elecciones. No creemos en las elecciones y menos en su eficacia. Y hay en ellas el peligro de la adormidera nacional, del hacerse a una mediocre y no del todo incómoda tranquilidad, con las cabezas sin romper, sí, pero sin Patria, sin tie rra noble, sin libertad y sin justicia. ¡Nunca nos resignaremos!

(Octubre de 1933.)

HACIA EL SINDICALISMO NACIONAL DE LAS J. O. N. S.

(El Estado corporativo. Las etapas ineludibles. Una mística nacional. La revolución totalitaria. Los fines de la economía. ¡Nos salvaremos con la Patria!)

19 No necesitamos por ahora más puntales teóricos que los imprescindibles, si acaso, para sostener y justificar la táctica violenta del Partido. La primera verdad jonsista es que nuestras cosas, nuestras metas, están aún increadas, no pueden ofrecerse de un modo recortado y perfecto a las multitudes, pues son o van a ser productos o conclusiones de nuestra propia acción.

Por eso las Juntas eluden y rechazan vincularse a fórmulas de estricta elaboración teórica, llegadas al partido desde fuera de él, y postularemos siempre el aprendizaje político en la acción de cada día. Nos alarma la sola presunción de que el ambiente* que hoy se inicia en España, favorable a extirpar de raíz los brotes marxistas y las frías palideces de la democracia burguesa, se resuelva y disuelva en una invocación formularia y sin brío. Pues anda ya por ahí una consigna que va convirtiéndose en el asidero fácil de muchos cerebros perezosos: el Estado corporativo.

Nosotros sabemos bien que lo de menos es mostrarse partidario de eso que se llama Estado corporativo y soñar con su instauración y triunfo. Ese hallazgo, por sí solo, se convertiría en una meta tan invisible y fofa como es para los anarcosindicalistas su pintoresco comunismo libertario. No, camaradas, no hay que hablar, o hay que hablar muy poco, en nuestras filas, del Estado corporativo, ni de si van a ser así o del otro modo las instituciones. Es la única manera de que lleguemos algún día a edificar grandiosamente un régimen corporativista en España, como en las J. O. N. S. decimos, un Estado nacional-sindicalista.

Once años triunfales lleva vigente en Italia el fascismo, y es al cabo de ellos cuando Mussolini inicia de modo efectivo la forja del Estado a base de las corporaciones.

El problema de nuestra España es de índole más primaria y simple, y también de otro tipo de urgencias. Nos corresponde la tarea inmediata de vigorizar la existencia nacional misma, encajando el vivir de España sobre los hombros hoy en gran parte intolerablemente indiferentes de los españoles. Muy pocos se sienten hoy ligados de modo absoluto al destino de su Patria. Ese es y tiene que ser nuestro primer propósito. Sin cuya consecuencia no podremos reclutar milicias bravas que combatan a los rojos ni llevar al ánimo de los trabajadores que es ahí, en la Patria, donde reside la protección absoluta contra el paro, la injusticia y la miseria, ni frenar las apetencias de poderío económico y social de la alta burguesía capitalista, que ve en los regímenes demoliberales la posibilidad de enfrentar sus feudos contra el Estado, al que, por tanto, necesita canijo, extranacional y expectante.

Nadie, pues, se engañe. La lucha contra el marxismo, el camino hacia el Estado corporativo, es todo, menos una cosa fácil, hacedera con sólo proponérselo una mayoría parlamentaria. El Estado corporativo, el sindicalismo nacional, presupone una Patria, un pueblo con conciencia de sus fines comunes, una disciplina en torno a un jefe y una plenitud nacional a cuyos intereses sirvan las Corporaciones. Es decir, un Estado auténtico, fundido con la ilusión popular y con la posibilidad misma de que haya pan y justicia para las gentes. Y, sobre todo, cien mil nombres de armas, movilizados no por la circunstancia de un cupo o de un sorteo, sino por la imperiosidad de salvarse heroicamente, salvar la civilización donde se ha nacido, la tradición de la tierra propia, es decir, salvar la unidad, la grandeza y la libertad de la Patria. Sin eso, nada. Pues actitudes como la nuestra son, de por fuerza, máxima-listas. ¿Cómo hay quien desde un plano frío, pacífico y sin apelación entrañable a la dimensión más profunda de la Patria, se atreve a hablar de corporaciones, vida tensa del Estado y antidemocracia? Es el equívoco de la Acción Popular y de todos los seudofascismos que andan por esos pueblos, triunfantes o no, como el régimen de Dollfus, de Salazar, etc., etc. No hay en ellos soporte nacional legítimo. Es decir, no hay una Patria con suficientes posibilidades históricas para dar cima a los "fines" del Estado. Pero en España existen y radican esas posibilidades. Por eso es intolerable aplicar aquí tales frígidas recetas y adoptar su levísima temperatura.

El paso del Estado liberal parlamentario a un régimen de corporaciones, a un régimen de imperio —que ésta es la palabra—supone que sé desplaza del individuo al Estado el rango primordial en cuanto a los fines. Un Estado nacional-sindicalista, un Imperio, sitúa sobre los individuos y las clases otro linaje de jerarquías. Es ahí donde reside su eficacia social, su autoridad y su disciplina.

Pero volvamos a la inmediatez española, a la urgencia nuestra. Reconocida la necesidad de la revolución totalitaria, lo imprescindible de un triunfo sobre las tendencias disgregadoras de los partidos y sobre la barbarie roja, nos corresponde jalonar las etapas. Hoy las J. O. N. S. tienen que preocuparse, en primer lugar, de conseguir la organización de grupos de choque, capaces para dar batalla violenta al marxismo y a los separatistas en los focos traidores donde acampan. Es nuestro primer problema, y eludirlo supone edificar en el vacío, equipararnos a esos "fascios" de aficionados que andan por ahí. El Partido, su futuro y las grandiosas metas españolas que nos orientan, dependen de que realicemos con éxito esa primera etapa. Sin ella, no hay J. O. N. S., ni habrá España, ni régimen corporativo, ni nada que merezca la pena ser vivido en la Península. Pues esos grupos, esas avanzadas del coraje español, serán la levadura para que todo el pueblo perciba la angustiosa verdad de España y se una decidido a nuestras tareas.

Dejad, pues, camaradas, que los teorizadores y los optimistas de las fórmulas tejan sueños vanos. Nos consta lo inocuo de tales especulaciones si no se asientan y subordinan a la eficacia diaria y permanente de una acción briosa. Se acabaron en España las revoluciones fáciles y las conquistas sin esfuerzo. No podría sernos perdonado que en ocasión como la actual, en que la España más joven y que mejor intuye prevé la posibilidad de construirse, nos deslizásemos las avanzadas por rutas de salida mediocre.

Las revoluciones no se hacen solas, sino que requieren y necesitan hombres de temple, hombres revolucionarios. Nuestros grupos tienen que poseer mística revolucionaria, es decir, creencia firme en la capacidad de construcción que sigue a las masas nacionales cuando éstas imponen o consiguen conquistar revolucionariamente a la Patria. Pues se conquista aquello que se estima y quiere. Y las J. O. N. S. no tienen otra estimación y otra querencia que la de servir una línea de poderío y eficacia para España.

No hay romanticismo lírico en nuestra actitud. Es que necesitamos y precisamos de la Patria para el desarrollo cotidiano de nuestro vivir de españoles. Es que con una España débil, fraccionada y en pelea permanente consigo misma, no hay en torno nuestro sino indignidad, vacío, ruina, injusticia y miseria. No

añoramos nada o muy poco; es decir, no nos situamos, política y socialmente, como tra-dicionalistas, sino como hombres actuales, cuya necesidad primera es sentirse españoles, disponer de un orden nacional donde confluya nuestro esfuerzo y se justifique incluso nuestra propia vida.

Todo cuanto hay y existe en España adolece de esa infecundidad radical que consiste en estar desconectado de toda emoción y servicio al ser histórico de España, en plena anarquía antinacional o por lo menos indiferente a que las tareas nacionales, los fines comunes, lo que da entraña y personalidad a la Patria, se realice o no.

Ahí están las regiones pidiendo estatutos. Los sindicatos de trabajadores contestando al egoísmo antinacional de los capitalistas con su exclusiva preocupación de clase. Los funcionarios pendientes del sueldo y de las vacaciones, etc., etc. Las J. O. N. S. incorporan ante todo la consigna de nacionalizar esos grupos y esos esfuerzos que viven fuera de la disciplina española, en el vacío de una lucha y de una agresividad ciegas.

Y son los trabajadores, es decir, los sindicatos obreros, los que con mayor urgencia y premura tienen necesidad de que se vigorice y aparezca sobre la Península la realidad categórica de España. Suelen pedir ellos la nacionalización de ciertos servicios, de determinadas zonas de la producción, pero nadie en su seno les ha planteado la imperiosidad de nacionalizarse los mismos sindicatos; es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía. Bien se cuidan los dirigentes marxistas de que este objetivo no aparezca. Pues les interesa el forcejeo diario y la ignorancia misma de que España existe y tiene una economía propia que no coincide ni es la economía privada de éstos o de los otros capitalistas, sino la que sostiene y alienta su realidad como nación, la economía del pueblo, de la que depende estrictamente su bienestar y su trabajo.

Pues hay las economías privadas de los españoles. Pero hay, y sobre todo, la economía nacional, la economía de España, cuyo estado próspero y pujante es la garantía de la prosperidad y pujanza de España. Y es España el objeto v fin de la economía. Ahora bien, es notorio que el bienestar económico de las masas obreras depende más de la economía española que de las economías privadas de los capitalistas. Una política, por ejemplo, de salarios altos no significa nada, en el terreno de las ventajas populares, si va seguida de una inflación. Y ello sin perturbar la economía de los capitalistas, que tienen mil medios, incluso con lucrarse de la política financiera inflacionista. Puede haber españoles multimillonarios, y, por imperativos económicos, haber también la imposibilidad de poner el menor remedio a las masas hambrientas. Esto lo saben también de sobra los dirigentes rojos. La única economía a la que están realmente vinculados los intereses de las masas, es la economía nacional. Que implica un Estado robusto, una España grande e incluso temible. Su existencia interesa, más que a nadie, a las propias masas, y es ahí, en predicarles lo contrario, donde aparece la traición y el engaño de que les hacen objeto los marxistas.

Por eso las J. O. N. S., con su idea nacional-sindicalista, con su aspiración a situar sus problemas y sus soluciones en el plano de la grande y gigantesca realidad que resulta ser la Patria española, es la auténtica bandera de los trabajadores. Los propagandistas del Partido pueden decirlo así, sin miedo a demagogias ni a practicar frente al pueblo proselitismos engañosos y falaces.

(Noviembre de 1933.)

EXAMEN DE NUESTRA RUTA

20 Todas nuestras tareas tienen que proyectarse sobre España bajo el signo de la urgencia. No de lentitud, sino de premura y ritmo acelerado han de teñirse los ingredientes de nuestra victoria. Es, pues, preciso equiparse con agilidad, desembarazándose de impedimentas excesivas. La Falange nacional-sindicalista que constituimos necesita un uniforme exiguo y simple—ahí está el ejemplo de Mussolini eligiendo una camisa—, el ánimo tenso de coraje y un pequeño bagaje ideológico, es decir, una doctrina, un manojo de justificaciones teóricas que nos encaje certeramente en la Historia. La revista "JONS" es el sitio donde se ha resuelto y sigue resolviéndose esta necesidad del Partido. Los perfiles que nos definen frente a los demás, las razones profundas que nos distinguen radicalmente como movimiento propio, sin conexión alguna esencial con gentes ni grupos ajenos a nosotros, han sido y serán, por tanto, los temas que nutran las páginas de nuestra revista.

NECESIDAD DE LA MOVILIZACIÓN REVOLUCIONARIA

Sabemos que hay grupos, entre los que se creen no sólo afines sino también militantes de nuestras filas, que se resisten a aceptar la característica revolucionaria del Partido. Es éste, sin embargo, un punto sobre el que no cabe hacer la menor concesión a nadie. La carencia de espíritu revolucionario nos situaría de lleno entre las filas durmientes de los partidos liberal-burgueses que buscan en las trapisondas electorales la plataforma del mando. Nos despojaría, además, de toda posible utilización de las masas como resorte de la

victoria política, ya que la intervención activa de las masas se nutre sólo de atmósfera revolucionaria y de fermentos subversivos.

Nos rodea, pues, una doble necesidad de ser revolucionarios. Por obligatoriedad táctica, ya que es ingenuísimo y absurdo pensar que se nos va a permitir entrar un buen día en el Estado, modificarlo de raíz y llenar de sentido nacional las instituciones, grupos v gentes todas de España, haciendo una persuasiva llamadita retórica. Más bien es lógico que afirmemos nuestra convicción de que sólo llegará la victoria después de violentar las resistencias que de un lado el régimen parlamentario burgués y de otro las avanzadas rojas opongan a nuestros designios.

Ytambién por propia eficacia. Es decir, como consigna fecundísima en estos momentos de España, en que las grandes masas, y hasta los grupos sociales minoritarios pierden y abandonan cada día su esperanza de que las dificultades tremendas que nos cercan a los españoles se resuelvan de un modo lento, pacífico y normal. En todas esas extensas zonas, el mito de la revolución, del sentido revolucionario, como procedimiento expeditivo y tajante para saltar sobre las causas de su malestar y de su ruina, significará, desde luego, una ruta salvadora.

Yhasta hay una tercera justificación de nuestra actitud revolucionaria. La de que no es ni puede ser limitado el tiempo de que disponemos. En gran parte nos alimenta y sostiene, sobre todo como la más simple razón que esgrimir ante el pueblo para conducirlo a la acción directa, la realidad de una inminencia marxista cercando el solar de España. Hay, en efecto, nutridos campamentos rojos, que sólo de un modo revolucionario, de rápida eficacia e intrepidez, pueden ser vencidos. Se nos disputan, pues, las semanas, y frente al marxismo podremos disponer de todo, menos de la facultad de aplazar y dar largas a los choques.

EL ESTADO TOTALITARIO Y NUESTRO SENTIDO DE LA TRADICIÓN DE ESPAÑA

A nadie puede extrañar que mostremos en todo momento un cierto rigor en no aceptar las ideas ni las tácticas que gentes y grupos que se creen afines a nosotros, nos ofrecen. Sin previa y rigurosa revisión, no aceptamos nada que haya sido elaborado fuera de las propias experiencias del Partido. Nos consta, sobre todo, el gran peligro que encierra el encomendar el propio pensamiento a cabezas ajenas, por muy afines y amistosas que resulten. Máxime cuando puede ocurrir que en el fondo haya entre unos y otros discrepancias insalvables.

El Estado totalitario nacional, como meta de nuestra revolución, es la primera conquista jerárquica a que nos debemos en el terreno de las instituciones. Representa para nosotros la unidad nacional, la unidad en el pensamiento y en la emoción de los españoles, la disciplina y la eficacia en la acción política, la garantía del pan, el honor y la justicia. El Estado totalitario es, desde luego, un producto de la revolución y sólo se llega a él por vía revolucionaria. Debemos decirlo y proclamarlo así para evitar en lo posible graves sorpresas.

La tradición española es totalitaria, aunque no pongamos demasiado empeño en demostrarlo, en primer lugar, porque las tareas políticas de carácter revolucionario responden sólo a reacciones de la época misma en que se producen; y en segundo, porque, como ya creo haber escrito otras veces, la verdadera tradición no tiene necesidad de ser buscada. Está vigente en nosotros y basta que nos sintamos ligados a ella de un modo profundo. Había totalitarismo y unidad del Estado que agotaba de modo magnífico la expresión nacional en los momentos imperiales del siglo XVI. El imperio representó para la España anterior al César Carlos una verdadera y profunda revolución, canalizada y preparada, es cierto, por los Reyes Católicos, que habían hecho de España una nación, la primera nación de la Historia moderna.

Pues bien, lo falsamente que ha sido hasta aquí recogida la tradición española hace que no gravite sobre el pueblo con suficiente vigor esa característica imperial y totalitaria. Pues el único partido o grupo oficialmente llamado tradicionalista ha estado siempre fuera de ese aspecto imperial de España, es de origen francés y decimonónico y hasta diría que le informa tal ranciedad en sus bases teóricas que hay que agradecer y alegrarse de que viva desplazado de la victoria.

IZQUIERDAS ANTINACIONALES Y DERECHAS ANTISOCIALES

Hasta nuestra llegada, hasta nuestra presencia en la realidad de España, todas las fuerzas políticas y todas las pugnas que sostenían la atención de los españoles, eran de una calidad casi monstruosa. Había y hay unos conglomerados y unos revulsivos llamados izquierdas, cuya ruta en los últimos cincuenta años es una permanente conspiración contra el ser mismo nacional de España. Una película que recogiese y destacase los hechos y las intervenciones de esos núcleos durante tal período situaría con exactitud ante los ojos de los españoles las cimas traidoras a que nos referimos. No cabe mayor alejamiento de lo nacional, no cabe más fácil entrega a las consignas enemigas de fuera ni mayor despreocupación por el destino universal que corresponde a nuestra raza.

Las izquierdas sostenían, sin embargo, en vilo un clamor social. De ningún modo serio y responsable, es decir, sin sentido de la eficacia ni angustia social sincera. Pero es evidente que aunque lo utilizasen sólo como resorte de agitación conseguían dar la sensación ante España de que acaparaban en sus filas las únicas preocupaciones de tipo "social" que había en el país.

Había y hay unos partidos y una zona difusa de españoles llamados derechas, que parecían anclar sus más firmes baluartes en una defensa de la expresión nacional, en una afirmación constante de patriotismo. Sin mucho vigor, aunque sí con mucha frecuencia, hablaban de la Patria, de la tradición española y de las gloriosas empresas de los antepasados. Esta actitud, sin base heroica ni sentido popular ni espíritu moderno, llegó a convertirse casi en pura bobería. Desde luego, sin razones ni puños firmes contra la avalancha antinacional que crecía y se extendía por el país. Faltó a esa posición patriótica de las derechas una amplitud en el sentido de las masas, una angustia "social" en suma, y ello en la época en que éstas adquirían vigor y carácter.

Las derechas, y ello es una verdad universal, son antisociales. Comprenden, además, un cierto paternalismo señorial, hoy radicalmente desplazado. O bien, una pálida coacción a base de encíclicas y de un cristianismo social asimismo al margen de toda eficacia.

Pero nosotros hemos descubierto, y cabe al fascismo italiano ser su expresión primera, que los dos conceptos e impulsos más hondos que hoy gravitan sobre las masas de los grandes pueblos son el impulso "nacional" y el impulso "social". El nacionalismo se hace así revolucionario, es decir, eficaz, arrollador y violento. La inquietud social de las masas, dentro de un orden nacional, pierde su aspecto catastrófico y negativo para convertirse en el fermento más fecundo y más valioso.

Nuestra mejor victoria será, pues, romper esos dos cauces únicos de derechas e izquierdas, nacionalizando la inquietud social de las grandes masas y conquistando para el sindicalismo nacional el entusiasmo y el esfuerzo de las zonas tradicionalmente patrióticas. En eso consistirá, en un modo central, nuestra revolución nacional-sindicalista.

EL AFÁN VOLUNTARIOSO Y LA COLABORACIÓN DE LAS JUVENTUDES

En el origen de nuestra marcha no hay una doctrina, es decir, un convencimiento adquirido por vía intelectual, sino más bien un afán voluntarioso. Es demasiado lenta la elaboración de las ideas, y tiempo habrá de sobra para que un perfecto sistema intelectual defina luego nuestra actividad revolucionaria, que hoy necesita de hechos, de presencias robustas, más que de doctrinas. Esa característica voluntariosa se traduce y aparece en el estilo fundamental de nuestra revolución, que tiene que ser, ante todo y sobre todo, una revolución de juventudes. Y no, claro, de juventudes al servicio de ideas y experiencias que le lleguen desde fuera de ellas, sino al contrario, hecha con su propio aliento. Todo es joven, entre nosotros v todo es joven en las revoluciones ya logradas en Alemania e Italia; los jefes, el estilo, y la novedad misma radical de sus banderas. Arrebatar, pues, la juventud obrera a las filas marxistas, declarar al marxismo viejo y canoso, inapto para impulsar las velas del mundo nuevo, es la batalla cuyo éxito nos dará el definitivo control de la victoria.

Sólo la juventud nacional de España, orientada y dirigida por nuestro Partido, puede atrapar con sus odios, sueños y preferencias voluntariosas, la eficacia que rompa las limitaciones denunciadas en el panorama actual de la Patria.

(Mayo de 1934.)

IV—DE LA HISTORIA DE LAS J. O. N. S., CONTADA POR SU FUNDADOR CON EL SEUDÓNIMO DE ROBERTO LANZAS

NUEVE JÓVENES QUIEREN SALVAR A ESPAÑA

21 En los últimos números de ha Conquista del Estado se anunciaba la organización de las J. O. N. S. Realmente, éstas surgían para que, al desaparecer el periódico, víctima de la represión policíaca, no se diseminaran los diversos grupos de juventudes que en Madrid y provincias aparecían influidos por sus propagandas.

Las J. O. N. S., al nacer, recogían la experiencia de La Conquista del Estado, y, en su programa-manifiesto, disponían ya de una línea más segura y firme que la que informaba las campañas iniciales del periódico.

Encontraron su denominación nacional-sindicalista, concepto que aparecía en ellas por primera vez, recogido más tarde en Portugal por Rolao Preto en su fallido empeño de crear una organización fascista.

Desde luego, el nacimiento de las J. O. N. S. significa para sus fundadores el abandono de las tácticas de aproximación a los intentos subversivos de los sindicalista. Un afán de crear la propia doctrina. Quieren la unidad intangible de España. Postulan el respeto a la tradición religiosa. Maman de modo preferente a las juventudes, no admitiendo en su seno sino a los españoles menores de cuarenta y cinco años. Manifiestan su incompatibilidad radical con el marxismo. Y presentan una demanda imperiosa de revolución social-económica, a base de la sindicación obligatoria, la intervención nacional de la riqueza y la dignificación plena de los trabajadores.

El espíritu de las J. O. N. S., si bien respondía a una profunda inquietud social, a una actitud nacional-sindicalista, encerraba ciertas concesiones a lo que pudiera llamarse el espíritu de las derechas, y, en parte, para batir al marxismo, buscaba en sus medios el apoyo necesario.

No obstante, en su más íntimo y verdadero propósito, las J. O. N. S. querían recoger la desilusión rápida de la revolución de abril, el fraude que el desarrollo de la misma significaba para las juventudes y para la verdadera liberación social del pueblo.

La fecha de presentación de los primeros estatutos jonsistas en la Dirección de Seguridad es la del 30 de noviembre de 1931.

Los fundadores, en la fecha de aprobación de los estatutos, no llegaban a diez. En la asamblea de constitución, estuvieron presentes nueve camaradas, ante la extrañeza atónita del agente de la autoridad, a quien sin duda le parecían muy poca cosa aquellos nueve jóvenes para iniciar la salvación de España.

El nombre de Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J. O. N. S.) fué propuesto por Ramiro Ledesma. Se adoptó como emblema jonsista el haz de cinco flechas cruzado por un yugo. Este fué un gran acierto, pues además de su sencillez geométrica, de su belleza, está ligado a los momentos históricos en que España hizo su unidad, y simboliza a la perfección las consignas fundamentales del jonsismo.

EL GRUPO DE VALLADOLID

22 Después de fundarse las J. O. N. S., en Madrid, una de las primeras ciudades donde adquirió desarrollo su funcionamiento fué Valladolid. Se publicaba allí un periódico, Libertad, al que La Conquista del Estado saludó con simpatía en uno de sus últimos números, pues aunque aquél estaba situado entonces en una zona ultra derechista, destacaba, sin embargo, en sus páginas una inquietud nacional nueva, diferente a la que suele existir en los medios de donde procedía.

Al frente de ese periódico, y acaudillando el grupo de Valladolid, estaba Onésimo Redondo, un joven nada desprovisto de talento, antiguo discípulo de los jesuítas—con los que seguía en íntimo contacto—, buen orador, lleno de ambiciones hispánicas y con verdadera inquietud social por los destinos y los intereses del pueblo.

Este grupo no ofrecía muchas garantías de fidelidad al espíritu y a los propósitos de la J. O. N. S., pues estaba compuesto, en su mayoría, de antiguos "luises", y con una plena formación reaccionaria. Pero Ledesma y los demás fundadores jonsistas, deseosos de ampliar el radio de la organización y de utilizar en lo posible el máximum de colaboraciones, en la creencia de que más tarde llegaría la formación jonsista de los militantes, no mostraron inconveniente en gestionar el ingreso de este grupo en las J. O. N. S., ofreciendo, además, a Onésimo Redondo, un puesto en la dirección nacional del Partido.

LOS TIEMPOS DUROS.—ATMOSFERA GLACIAL EN TORNO

23 Durante todo el año 1932, la actividad de las J. O. N. S. fué casi nula. La organización estaba en absoluto desprovista de medios económicos. En el mes de mayo de ese año tuvo incluso que abandonar su domicilio en Madrid, una modestísima oficina de cien pesetas mensuales en la Avenida de Dato. No llegaban a 25 los militantes inscritos, y apenas si podía el Partido tirar unas hojas de propaganda, cuyo importe lo satisfacía ese pequeño grupo, no sin grandes sacrificios, pues todos ellos eran pequeños funcionarios, estudiantes y obreros. El domicilio oficial para las autoridades se fijó en el despacho del militante Enrique Compte, en la calle de San Vicente. Pero las reuniones las celebraba el grupo en un pequeño café de la Gran Vía, los domingos por la tarde.

Silenciosamente se crearon, sin embargo, varios grupos en provincias, a base de antiguos lectores de La Conquista del Estado, distinguiéndose el de Valencia, organizado por Bartolomé Beneyto, y el de Zafra, formado con gran pujanza, a base de campesinos, por Bernardino Oliva. Y desde luego, el de Valladolid, de que ya hemos hecho mención especial, que desarrolló algunas luchas victoriosas en las calles, con la consigna jonsista de oposición al Estatuto de Cataluña, entonces a discusión en las Constituyentes.

UNA CONFERENCIA RESONANTE

24 El día 2 de abril de ese año organizaron, sin embargo, los jonsistas, en Madrid, un acto singular: una conferencia en el Ateneo, a cargo de Ramiro Ledesma, y con el título de "Fascismo frente a marxismo". La cosa era de una audacia insólita. Considérese lo que es y representa el Ateneo. El centro más calificadamente enemigo de las ideas que iban a ser defendidas por el conferenciante. Y por si era poco la oposición radical de la mayoría de los socios, se congregó en el salón una representación nutridísima del partido comunista, con la intención que es de suponer.

Ramiro Ledesma se presentó en el Ateneo con sus 25 camaradas. El salón estaba completamente lleno de enemigos. El jefe de las J. O. N. S. llevaba, para más gravedad, una camisa negra y una corbata roja, prendas que por entonces pensaban adoptar los jonsistas.

El acto fué, naturalmente, resonante. El público, organizado y preparado para eso, interrumpía al orador a cada segundo, y éste, renunciando a la exposición razonada y discursiva del tema, se dedicó exclusivamente a combatir con las frases más crudas las ideas marxistas del auditorio. Era, pues, una lucha de uno contra 2.000, y que duró, sin embargo, más de media hora.

LA EXPANSIÓN JONSISTA

25 El año de 1933 es el verdadero año de las J. O. N. S. Durante él, se convirtieron en la bandera innegable de la juventud nacional, llevando a ésta a sus mejores luchas en pro de la Patria, de la liberación social del pueblo y contra el marxismo.

¿Cómo se desarrolló y tuvo lugar semejante hecho?

A fines de enero de ese año entró Ramiro Ledesma en la cárcel, a causa de un antiguo artículo. Permaneció en ella un mes, hasta fines de febrero. Por esas fechas la organización jonsista atravesaba una vida canija, difícil, sin éxito. Pero en la cárcel recibió Ledesma la visita de un grupo de diez o doce estudiantes, algunos de ellos antiguos comunistas, que deseaban ponerse bajo su dirección política y organizar las J. 0. N. S. en la Universidad.

Al frente de ese grupo, como más destacados, figuraban José Guerrero, Aparicio López, y Ortega, tres jóvenes de gran entusiasmo y actividad. Ledesma les dio instrucciones para los primeros trabajos, les explicó con brevedad las consignas del jonsismo revolucionario, y como pensaba quedar libre a los pocos días, los dejó citados para entonces, al objeto de estudiar un plan de irrupción jonsista en la Universidad.

En efecto, hacia el 10 de marzo, con motivo de unos disturbios estudiantiles, se produjo en la Facultad de Derecho un gran alboroto, en el que los escolares manifestaron a grandes gritos sus filiaciones políticas, dividiéndose entre ellos en dos grumos: uno, que vitoreaba al marxismo y cantaba "La Internacional", y otro, que vitoreaba a las J. O. N. S., a España y cantaba himnos nacionales.

Tras del choque producido entre ambos, quedaron en absoluto dueños de la Universidad los jon-sistas. A la semana siguiente, había ya inscritos en las J. O. N. S. más de cuatrocientos estudiantes madrileños.

Fué preciso buscar un domicilio. El Partido alquiló entonces un tercer piso en la calle del Acuerdo, 16, local que no pudo ser apenas utilizado porque la Policía lo intervenía constantemente y dificultaba todos los

trabajos. Comenzó así para las J. 0. N. S. un período de vida semilegal, teniendo que pasar a la clandestinidad toda la organización de grupos.

En vista de las grandes perspectivas que se abrían ante las J. 0. N. S., pues comenzaban a afiliarse grupos proletarios además de los estudiantes, lo quedaba al Partido la verdadera base inicial que requería—estudiantes patriotas y sindicalistas nacionales—, Ledesma se dispuso a desarrollar el máximo de actividad.

LA REVISTA MENSUAL TEÓRICA

26 El día 5 de abril se trasladó a Lisboa, don-de permanecía exilado Onésimo Redondo dirigente de la sección de Valladolid, de quien ya hemos hablado. Ledesma estaba firmemente decidido a acentuar el carácter nacional-sindicalista y^ revolucionario de las J. O. N. S., pues veía que ésta era, además de la misión jonsista, la ruta que conducía a la movilización triunfal de las juventudes. Onésimo, de fuerte educación católica, herreriana, mostraba gran número de resabios derechistas; pero, a pesar de ello, su adscripción a formas patrióticas de signo social era impecable.

Cambiaron largas impresiones en Lisboa, y Ledesma regresó a Madrid a los dos o tres días, anunciando para primeros de mayo la aparición de una revista teórica, mensual, orientadora de los esfuerzos jonsistas. Era la revista "JONS", bien conocida más tarde.

Con aportaciones de afiliados y algunos donativos logró reunir el Partido unas dos mil pesetas, con las que hizo frente a los gastos de un local clandestino, a la factura del primer número de la revista y a la impresión de gran cantidad de hojas, manifiesto y circulares, que sembraron las Universidades españolas de propaganda nacional-sindicalista.

Muchos son los estudiantes que recuerdan la llegada de esa propaganda a los centros universitarios. Dos años después, en estas semanas mismas en que escribo, algunos de ellos, que hoy tienen terminadas sus carreras, nos han relatado la atención y la emoción que despertó entre los estudiantes la prosa caliente, patriótica y sindicalista nacional de los primeros manifiestos jonsistas.

El éxito del primer número de la revista "JONS" fué asimismo enorme. A pesar de su elevado precio para las economías de los estudiantes y de los obreros—una peseta—, se vendió con profusión y rapidez. Obsérvese que las J. O. N. S., en esta época de la primavera de 1933, ponen todo su afán en la conquista de las juventudes universitarias. Era ése su primer objetivo.

En todas las universidades surgieron grupos compactos de jonsistas, con sus jefes y triunviratos, con arreglo a la organización jerárquica del jonsismo. Se distinguieron Valencia, Granada, Santiago y Va-lladolid. Pero también se formaron núcleos en Zaragoza, Salamanca y Barcelona.

AGITACIÓN Y LUCHA

27 No transcurría semana alguna sin que los estudiantes jonsistas hiciesen acto de presencia y chocaran de algún modo con los afectos al marxismo.

La venta en la Universidad de Madrid del primer número de la revista "JONS" originó un choque de consecuencias graves. El grupo jonsista se vio atacado por los rojos, y tuvo que defenderse con gran violencia. El camarada Fernando González, muchacho de gran valor, les hizo frente con una pistola, hiriendo gravemente a un destacado antifascista y a dos más, no sin recibir él mismo de los rojos fuertes golpes de matraca.

Esas luchas enardecían más y más a los cantaradas estudiantes, a pesar de las innumerables detenciones. En Granada, donde los universitarios jonsistas tenían un jefe de gran entusiasmo y movilidad, Gutiérrez Ortega, los éxitos se sucedían día por día. El gobernador les puso dos multas de mil pesetas, que lograron pagar entre todos a base de pequeños donativos. El Defensor de Granada, periódico local, escribía con suma indignación el día 6 de mayo frases como éstas:

El Gobierno de la República, con evidente acierto, ha prohibido la propaganda del fascismo en España. A pesar de tal prohibición, esos elementos organizan su propaganda, y en la Universidad casi todos los días se reparten manifiestos de las J. O. N. S. Esto entra de lleno en el terreno de lo intolerable.

En esas líneas puede advertirse la actitud represiva del Gobierno, lo que obligaba a las J. O. N. S., como antes dijimos, a una actuación semiclandestina; pero entiéndase bien, nunca secreta. La revista teórica era legal y llevaba firmas, a la cabeza la del camarada dirigente Ramiro Ledesma. Pero aun la publicación de la revista, a pesar de su aspecto teórico, ofrecía grandes dificultades, y arrancar el sello al Gobierno civil costaba siempre batallas.

Si el desarrollo de las J. O. N. S. en las Universidades, en vez de iniciarse en abril y mayo, ya vencido el curso, se hace en los meses de noviembre y diciembre, con seis meses por delante, la agitación jonsista en los centros universitarios hubiera alcanzado en el seno del país una resonancia y una trascendencia enormes.

LA SOLA PRESENCIA JONSISTA

28 En el mes de junio, y conclusa la propaganda en las Universidades por haber finalizado el curso, iniciaron las J. O, N. S. los primeros trabajos para convertirse en una verdadera organización combatiente.

Un detalle de cómo las J. O. N. S. iban alcanzando en aquellos días personalidad lo revela el hecho siguiente: Los elementos derechistas—agrarios, Acción Popular, etc.—habían organizado para el día de la Ascensión un mitin en la plaza de toros de Valladolid, al que querían dar gran resonancia. Asistirían 30.000 espectadores, campesinos de Castilla, e iban a hablar Royo Villanova, Martínez de Velasco y Gil Robles. Los jonsistas creyeron que era una buena ocasión para influir en aquellas masas campesinas, entregadas de buena fe a los derechistas, y se dispusieron a hacer acto de presencia en el mitin, no naturalmente de un modo hostil, pero sí desligados de los organizadores. Ledesma se trasladó con ese motivo a Valladolid, pues en esta sección no había entonces propiamente jefe, ya que Onésimo Redondo continuaba en su destierro de Portugal.

El acto, por la gran propaganda que le había precedido, tenía pendiente la atención de toda España, y el Gobierno vacilaba entre suspenderlo o no, presionado por las organizaciones obreras socialistas que amenazaban con la huelga. Por fin, horas antes, el ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, decretó la suspensión, y en unas declaraciones a los periodistas—el 25 de mayo—manifestó que ésta obedecía "a que el acto era fascista, pues se habían mezclado y pensaban influir en él los de las J. O. N. S.".

PREOCUPACIÓN OFENSIVA Y DEFENSIVA

29 Además de penetrar en zonas sociales más amplias, preocupaba al Partido conseguir una efectiva capacidad para la violencia, y ello, tanto por constituir la acción directa y la acción revolucionaria uno de los postulados tácticos del jon-sismo, como por propia y elemental necesidad defensiva.

A fines de junio, esos propósitos estaban en Madrid resueltos. Ramiro Ledesma, con un lugarteniente eficaz, el camarada Ramón Ruiz, logró organizar y seleccionar un centenar de militantes, en patrullas de a cinco, que ofrecían todas las garantías apetecibles para la acción. Eran, pues, veinte grupos, algunos de ellos de formidable ímpetu y poder agresivo. Todos sus componentes eran estudiantes, funcionarios jóvenes y antiguos legionarios de África. Estas tres procedencias estaban muy niveladas en los grupos, y eran, evidentemente, las más adecuadas para su función.

Unase a esa cualidad la de que casi todos militaban por vez primera en una organización política, siendo, por tanto, desconocidos como tales en la Dirección de Seguridad. Se reunían una vez a la semana, por grupos. Los jardines de la plaza de España constituían el lugar más preferido, por su amplitud y carácter céntrico.

El éxito de una tal organización no tardó en hacerse visible. Como se estaba ya en pleno verano, la atención del Partido residía realmente por entero en esos grupos, ya que la base de militantes estaba desplazada en su gran mayoría, y la fecha era poco oportuna para la propaganda.

EL ASALTO A LAS OFICINAS DE LOS AMIGOS DE RUSIA

30 El día 14 de julio una de esas patrullas jonsistas realizó un hecho, que tuvo gran resonancia y preocupó considerablemente al Gobierno. Los diputados de la mayoría azaño-marxista, con gran nerviosismo, mostraban y comentaban el hecho como una prueba de la potencia fascista, y pedían graves sanciones.

La cosa fué así:

Dicho día 14, a las once de la mañana, tres individuos penetraron, pistola en mano, en la oficina que los titulados Amigos de la Unión Soviética tenían establecida en la Avenida de Dato, número 9.

Se trataba de uno de tantos centros y asociaciones como, so capa de cultura y admiración apolítica por la U. R. S. S., crean los comunistas, siendo en realidad centros de agitación y propaganda bolchevique.

Parece que los jonsistas sabían que en esa oficina había documentación importante acerca del plan para la jornada comunista del próximo 1.° de agosto, a más de un magnífico archivo y pruebas de los propósitos de la Internacional comunista con relación a España.

El asalto se hizo con una perfección y una audacia insuperables. Los jonsistas se mostraron violentos, pero sin efusión innecesaria de sangre. En el interior de la oficina se encontraban entonces el conocido dirigente comunista y profesor Wenceslao Roces, y un secretario. Ambos fueron atados a las sillas y amordazados por dos de los asaltantes, mientras el tercero se apoderó de todo el archivo, ficheros y documentación oficial de la entidad, a más de pulverizar todo el mobiliario.

No hay que olvidar que la oficina de Los Amigos de la U. S. se hallaba en un tercer piso, de acceso peligroso por una escalera bastante estrecha, y que en la casa hay más de cien oficinas. Sin que se supiese de fijo qué patrulla jonsista realizó el hecho, aquellas semanas circuló por el Partido una versión detallada de él, así como de todas sus incidencias. Parece que mientras destruían los muebles y ataban a los que se encontraban dentro, el jefe comunista Roces mascullaba protestas, entremezcladas con frases de verdadera preocupación religiosa, como: "¡Ay, Dios mío, éstos son fascistas y nos matan!" No les hicieron, sin embargo, el menor daño, a no ser el formidable susto de las pistolas al pecho, presionándoles con fuerza si iniciaban el menor propósito de gritar.

El plan para el 1.° de agosto fué, en efecto, hallado. También documentación de suma importancia, más tarde utilizada por el Partido.

Semejante hecho, repetimos, alcanzó gran resonancia, tanto por la audacia de los realizadores como porque delataba tener éstos detrás una organización fuerte y poderosa.

El periódico Ahora, al día siguiente, fecha 15, publicó, como el resto de la Prensa, una nota que revela cuanto decimos. Hela aquí:

Después de la sesión, acudieron al despacho de ministros del Congreso, donde se entrevistaron con el señor Casares Quiroga, los diputados señores Hidalgo, Gomáriz, Menéndez (don Teodomiro) y Balbontin, y los señores Montilla y Roces, de la A. Amigos de la U. S. Según manifestó a la salida don Diego Hidalgo, habían hecho ver al ministro de la Gobernación que la actitud en que se han colocado las J. O. N. S. es una cuestión puramente) política, y que es necesario terminar con ese brote fascista.

La policía se puso a actuar con frenesí. Las altas autoridades gubernativas exigían la detención rápida de los autores. Durante una semana fueron detenidas más de cien personas como sospechosas de participación, teniendo luego que ser puestas en libertad al no ser reconocidas por los asaltados. Entre esas cien, apenas había dos jonsistas, lo que prueba el hecho de que antes hicimos mención, el de que los militantes de las J. O. N. S., por ser jóvenes y no figurar en libros de socios ni en ninguna parte, eran en casos tales de identificación casi imposible.

En vista de que no encontraban socios de las J. O. N. S., los agentes detenían a todos los que figuraban en la Dirección de Seguridad como activos y calificados derechistas. Palos auténticos de ciego.

EL GOBIERNO AZAÑO-MARXISTA. SE ORGANIZA UN COMPLOT

31 El entonces ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, a la vista de la agitación producida, encargó al Director de Seguridad, señor Andrés Casaux, que en el término de tres días le presentase un dossier acerca de la verdadera realidad y situación de las fuerzas fascistas. La Dirección de Seguridad elevó el "dossier" al ministro, y a consecuencia de él, como satisfación a las protestas y al miedo que en los sectores marxistas había ocasionado el asalto a Los Amigos de Rusia, una buena mañana se dijo a los periódicos que se acababa de descubrir un terrible complot fascista contra el régimen, en el que aparecían complicados la F. A. I., las J. O. N. S. y los fascistas. Nada menos.

Se hicieron en toda España más de 3.000 detenciones, desde el 19 al 22 de julio. No hay que decir que a los verdaderos autores del asalto, causantes directos de todo aquel barullo, no se les detuvo.

Véanse los titulares de Prensa de aquellos días:

El día 23: ¿Se teme de madrugada un complot contra el Gobierno?

El día 25. El complot, abortado.

El día 26: Según parece, se trata de destruir en sus comienzo» una organización de tipo fascista,..

Estos titulares están tomados del periódico Ahora, y desde luego, el último de ellos revela con toda claridad el carácter imaginario y represivo de tal complot.

EN EL PENAL DE OCAÑA

32 Con los detenidos en Madrid se hizo una se-lección, y por la noche, a las tres de la madrugada, en coches celulares, fueron llevados al penal de Ocaña unos noventa. De ellos, cuarenta y un anarquistas, el cristianosocial padre Gafo, y el resto, un conglomerado de monárquicos, fascistas de Primo de Rivera y el grupo de las J. O. N. S. Entre estos últimos Ramiro Ledesma, el secretario de Redacción de la revista "JONS", Juan Aparicio y el antiguo militante Enrique Compte.

El famoso complot era, pues, anarco-jonsista-fascista. Los propósitos del Gobierno no eran nada difíciles de descubrir. Pensó hacer del penal de Ocaña un verdadero campo de concentración para sus enemigos políticos. Lo prueba el que días antes de ser enviados, el director de Prisiones se enteró de si allí podían permanecer 2.000 detenidos.

El Gobierno, vacilante, no se atrevió a eso. No se olvide que esto ocurría cuatro o cinco semanas antes de caer la situación Azaña. Así, pues, a los ocho días llegaron al penal unos magistrados que pusieron en libertad a los anarquistas y al padre Gafo, procesando a todos los demás por un delito sumamente raro y no sé si conocido por los juristas, el "de confabulaciones punibles".

La vida en el penal de Ocaña no dejaba de tener perfiles divertidos. Los anarquistas son, por lo común, gente sociable, y no les disgusta dialogar y razonar hasta con sus mayores enemigos. Puede decirse que los cuarenta y uno que había allí eran los más destacados faístas madrileños: Melchor Rodríguez, los hermanos González Inestal, etc.

Espíritu de grupo, sólo se advertía en los anarquistas y en los de las J. O. N. S. En los demás, detenidos como derechistas, se advertía un guirigay pintoresco. Eran gente varia, sin ninguna o muy poco ligazón de partido. Derechistas indefinidos, monárquicos, antiguos sindicalistas libres, albiñanistas (de éstos, el secretario particular de Albiñana, Felipe Simón, un buen chico) y un conocido pistolero del Libre, León Simón. Este era el único con el que no hablaban los anarquistas.

—Muchos compañeros nuestros ha asesinado—, se decían unos a otros, refiriéndose a este último Simón.

APREMIOS DE LA INTERNACIONAL

33 Al salir de Ocaña, llegó a las J. O. N. S. la noticia de que la Internacional comunista, muy indignada por el asalto a Los Amigos de Rusia, exigía una represalia inmediata y severa, con la amenaza, en otro caso, de cortar las subvenciones. Con este motivo, un grupo de comunistas anduvo algún tiempo tras de los dirigentes jonsistas, buscando ocasión de descargar sus pistolas, sin encontrar la ocasión, aunque sí muchas veces a los dirigentes.

LA CAJA DEL PARTIDO, VACIA

34 El movimiento jonsista tenía entonces, y puede decirse que tuvo siempre, planteada una dificultad grave: su absoluta carencia de medios financieros. No se olvide su carácter de organización combativa, minoritaria, en la que, por tanto, sus ingresos de cuotas eran necesariamente muy reducidos. Además, se advertía la necesidad de extender la propaganda, de que viajasen los dirigentes, de "equipar" los grupos, de crear, en lo posible, Prensa.

En tal situación, apenas salió del penal de Ocaña, hizo Ledesma un viaje a Bilbao y San Sebastián, donde tenía algunas amistades, que lo conocían y estimaban desde la publicación de La Conquista del Estado. Allí pudo lograr de media docena de jóvenes de la alta burguesía que gestionaran algún auxilio económico para las J. O. N. S. Reunieron unas 10.000 pesetas, cifra no muy alta, pero que puso al Partido en franquía, le permitió tener un local amplio y aumentar enormemente el ritmo de la propaganda.

CRECIENTE ACTIVIDAD DE LAS J. O. N. S.

35 En vísperas de reanudarse, después del ve-rano, la acción política normal, los jonsis-tas se dispusieron a incrementar la extensión del Partido. En el mes de septiembre puede decirse que todos los focos de la organización estaban a punto para desarrollar mía actividad intensa. Fué entonces cuando ingresó en las J. O. N. S. un grupo compacto de sindicalistas, desilusionados de la C. N. T. y deseosos de una disciplina nacional, de una bandera nacional-sindicalista.

La revista mensual duplicó su tirada y aparecieron en diversas provincias semanarios jonsistas, que divulgaban la doctrina de aquélla y contribuían a ensanchar la base del Partido [4].

En octubre, se produjo en la política nacional un hecho de suma trascendencia: la disolución de las Cortes Constituyentes. Se convocaron nuevas Cortes, y entró España, por tanto, en un apasionante período electoral, en el que nada tenían que hacer las J. O. N. S., tanto por su carácter de organización incipiente y juvenil, como por su despego hacia la acción parlamentaria.

En las incidencias electorales, sin embargo, y en el interior de un salón donde se celebraba un mitin socialista, fué muerto un camarada, Ruiz de la Hermosa, jonsista de Daimiel. En esta ciudad manchega, y gracias a la actividad de los hermanos Galiana, dos jóvenes entusiastas, lectores antiguos de La Conquista del Estado, se había organizado un magnífico grupo de las J. O. N. S., luego, más tarde, desviado de un modo lamentable.

Las elecciones distrajeron la atención del país durante dos meses. En este tiempo, los jonsistas vigorizaron la cohesión de sus grupos, fortalecieron su disciplina y perfeccionaron su formación teórica.

TAREA Y RESULTADOS DE LA REVISTA "JONS"

36 La revista mensual JONS cumplía su misión Orientadora de un modo magnífico. Su colección—se publicaron 11 números y duró año y medio, siendo suspendida gubernativamente dos o tres veces—es hoy la única referencia teórica y la única fuente donde aparecen explicadas las consignas del jonsismo.

Puede decirse que el movimiento jonsista salió íntegro de la revista. En ella surgieron tanto el vocabulario como las ideas, los gritos y la bandera que han sobrevivido a todas las peripecias internas del Partido, y que hoy constituyen la única sustancia sugestiva, fresca y nueva, incorporada por los grupos fascistas.

A pesar de su carácter mensual y teórico, cumplió también una misión de agitación, utilizando un estilo polémico directo y combativo,

LOS FOCOS DE LA ORGANIZACIÓN JONSISTA

37 En la revista colaboraban asiduamente, sobre temas doctrinales y tácticos, los cantaradas más destacados. En ella aparecían también los manifiestos, circulares y noticiarios de la organización.

Ledvsma desarrollaba en sus artículos las consignas que luego servían para la propaganda y la actividad diaria del jonsismo. Así, por ejemplo, señaló y justificó como aspiración revolucionaria de éste la conquista de la Patria, el Pan y la Justicia. Y otra vez la de que "el jonsismo sitúa la lucha antimarxista, no en el plano de la reacción, sino en el de la rivalidad revolucionaria". Etc., etc.

Onésimo Redondo escribió unos trabajos luminosos sobre el problema histórico de España, la interpretación de Castilla y los posibles cimientos de una doctrina nacional.

Juan Aparicio hizo una amplia labor en la revista. Le corresponde por entero cuanto apareció en ella sobre la resucitación y la valoración del gran Imperio español del siglo xvi, la figura del César Carlos y los mitos fecundos de ese gran momento de España.

José María Areilza desarrolló bastante actividad, al lado de Ledesma, en los primeros florecimientos jonsistas. Escribió en "JONS" sobre nacionalsindicalismo y sobre la unidad nacional. Areilza no permaneció mucho tiempo en el hogar jonsista. Pues su condición social en Bilbao, su fidelidad monárquica y el gran prestigio que su juventud inteligente le proporcionó en Vizcaya, lo han convertido en orientador y organizador de las fuerzas unitarias y patriotas a que dan vida en esa región extensos sectores de la alta burguesía vasca.

Otro frecuente colaborador era Francisco Bravo. Bravo es un periodista de Salamanca, al que su buen temperamento y su patriotismo habían apartado de viejos coqueteos con el marxismo. Coincidía con las J. O. N. S. en una aspiración cardinal: la de arrebatar al seudorrevolucionarismo de las izquierdas la bandera catilinaria, subversiva y liberadora, poniéndola al servicio del pueblo y de la Patria; es decir, asentándola sobre los revolucionarios verdaderos. Bravo entendía con claridad esto, que, de otra parte, aparecía como aspiración estratégica jonsista desde los primeros manifiestos. Sus artículos, breves y esquemáticos, fustigaban la tendencia reaccionaria que él veía o creía agazapada en algún grupo del Partido.

[4] Libertad, en Valladolid; Revolución, en Zaragoza; Unidad, en Santiago de Galicia; Patria sindicalista, en Valencia.

El camarada Cordero tenía a su cargo una sección de política internacional. Cordero es un joven irónico e inquieto, particularmente apto para los problemas internacionales, muy informado, y desde luego, provisto de una fidelísima emoción jonsista.

Montero Díaz, de quien hablaremos luego, publicó un eficacísimo alegato en pro de la unidad nacional, lo que, unido a su labor organizadora en Galicia, lo convirtió en uno de los jonsistas más prestigiosos.

También colaboraron: Giménez Caballero, Emiliano Aguado, García Blázquez, Salaya, Bedoya, etc.

La revista, que al principio, por las dificultades de recaudación de las ventas, era un sacrificio económico para el Partido, tenía a los pocos meses una caja propia, que le permitía satisfacer todos sus gastos. A ello contribuyó, sin embargo, la labor de José Ignacio Ramos, jonsista del primen cupo, que hizo un viaje de negocios a la Argentina y trajo para la revista cerca de 1.500 pesetas en suscripciones protectoras, hechas por españoles residentes en Buenos Aires.

La revista "JONS" adquirió en el Partido un prestigio enorme. Siguió publicándose hasta después de la unificación con F. E., hasta agosto de 1934, y como no ha vuelto a salir revista alguna de su significación, es hoy la única fuente de doctrina y de explicación teórica con que cuentan las fuerzas llamadas fascistas en España.

* * *

A fines de 1933, ya fundada Falange Española, tenían las J. O. N. S. en sus manos los resortes del sector juvenil más vivaz, más revolucionario y más patriota. Habían creado la bandera nacional-sindicalista, y las flechas yugadas sobre los estandartes rojo y negro constituían el orgullo de esa juventud, que veía todo eso como algo propio y suyo.

Pasemos brevemente revista a la situación y actividad de los focos del Partido hacia el mes de diciembre del año 1933, el año jonsista:

MADRID

En Madrid, según ya dijimos, entró en las J. O. N. S. un grupo de antiguos militantes de la C. N. T. Entre ellos, algunos significados: Sotomayor, Salaya, Olaya, y otros de la base, combativos, como Pascual Llórente, que luego se distinguió por su jonsismo violento, siempre amigo y partidario de la trifulca armada. La sección madrileña había adquirido el aire y la solera propios de esta clase de movimientos. La formaban estudiantes inquetos y patriotas, sindicalistas deseosos de un orden nacional firme, pequeños burgueses y empleados, con una esperanza española en el corazón y profundos afanes sociales de justicia.

El Triunvirato Ejecutivo Central publicó un manifiesto dirigido a los trabajadores, con las orientaciones sindicales jonsistas, que circuló mucho y fué comentadísimo entre los obreros. Su difusión la hicieron directamente los jonsistas en las obras, los talleres y las fábricas.

VALLADOLID

En Valladolid, la sección jonsista logró un amplio desarrollo y merecido prestigio entre los demás centros del Partido. Onésimo Redondo, después de catorce meses de exilio en Portugal, regresó a España en octubre, publicando de nuevo el semanario "Libertad" e incrementando de modo considerable la acción jonsista. Los afiliados eran, en su mayor parte, estudiantes de la Universidad y pequeños grupos de obreros huidos del marxismo. Además, se extendían las J. O. N. S. por los pueblos de la provincia, en busca del pequeño labrador y de la emoción campesina de Castilla. Redondo tenía en Valladolid dos auxiliares magníficos: el estudiante Javier M. de Bedoya, buen periodista, político y orador, y Gutiérrez Palma, proletario, de gran capacidad para la agitación y la lucha. La sección de Valladolid y su periódico "Libertad", aun representando en el jonsismo una marcada tendencia hacia las formas del catolicismo político, prestaron grandes servicios al movimiento, logrando en Castilla adeptos fervorosos para la bandera nacional-sindicalista.

BARCELONA

En Barcelona inició la propaganda jonsista un grupo de cantaradas, modelo de disciplina, seriedad y preparación. Lo formaban Ildefonso Cebriano, José Maluquer, Berenguer, Poblador y Vegas, todos ellos antiguos lectores de La Conquista del Estado. En poco tiempo, y con la consigna acertada de combatir a los separatistas por burgueses, y a los partidos burgueses por separatistas, lograron dar al grupo, a más de importancia numérica, personalidad política y prestigio.

BILBAO

En Bilbao, entre la tenaza del nacionalismo vasco y del marxismo, se formó un interesante núcleo jonsista, que dio en ocasiones prueba de combatividad y entusiasmo. Ledesma puso a su frente a Felipe Sanz, jonsista muy exaltado, y aunque no de mucha inteligencia, patriota y activo.

ZARAGOZA

En esta ciudad publicaban los jonsistas el semanario "Revolución", y dirigidos por J. Casafranca, un muchacho de juventud increíble, hicieron con éxito las primeras propagandas.

VALENCIA

Las J. O. N. S. se extendieron con rapidez en Valencia, apenas llegaron los primeros manifiestos. Toda la ciudad mostraba en sus muros, a las pocas semanas, señales de entusiasmo y fervor propagandístico de los jonsistas. Publicaron un periódico, "Patria sindicalista", que alcanzó justo prestigio en el Partido. Los trabajos jonsistas en Valencia fueron dirigidos por Maximiliano Lloret.

EL JONSISMO EN GALICIA

MONTERO DÍAZ.

38 Montero Díaz comenzó a publicar en Galicia un periódico, "Unidad", al objeto de obstruir el Estatuto autonómico que preparaba la confabulación gallega separatista-caciquil. Esa campaña, proseguida en discursos y conferencias, puso a Montero en plena movilización política, convirtiéndose pronto en el adalid de la juventud gallega patriota y nacional-sindicalista. Entonces ingresó en las J. O. N. S., y el Triunvirato Ejecutivo Central puso en sus manos la organización entera de Galicia.

Montero Díaz había sido comunista, si bien de un comunismo lleno de resonancias y apetencias nada bolcheviques. Cuando se publicaba La Conquista del Estado, Montero era comunista, creo que incluso afiliado en el partido y directivo de sus juventudes. Escribió una larga carta polémica a Ledesma, que este publicó en el periódico, pues advirtió en seguida en ella la verdadera y profunda filiación de Montero Díaz, en quien la posición comunista obedecía a una sugestión falsa. La carta, bien escrita y combativa, denunciaba ya lo que en realidad era Montero y lo que le llevó más tarde a las J. O. N. S.; un patriota revolucionario, un subversivo contra el desorden nacional y la poquedad española, es decir, un nacional-sindicalista. Se hizo cargo de la labor jonsista en Galicia, y muy pronto los grupos, que hasta entonces vivían desconectados y con poco aliento, se convirtieron en los más activos, disciplinados y entusiastas de España. Montero rigió las J. O. N. S. gallegas, hasta el momento mismo de la fusión con F. E. [5].

LAS J. O. N. S. AL FINAL DEL AÑO 1933

39 Las J. O. N. S., al terminar el año 1933, habían desarrollado en toda España una labor de presencia entre las juventudes, que colocaba a la organización en el plano de los mejores augurios para el porvenir.

[5] Nota de A. M.—Puesto que, por discrepar de la fusión, Montero se apartó de la nueva organización, quedando a las órdenes de Ramiro Ledesma, para caso de una reconstrucción de las J. O. N. S. primitivas.

V.-DEL “DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE ESPAÑA”

CARÁCTER Y PROPÓSITO DEL DISCURSO

40 He trabajado en este libro durante unas semanas en que me he visto forzado a hacer una especie de alto, de vacaciones, en las tareas políticas activas, concretas y diarias, que hasta aquí, desde 1931, constituyen mi labor. En estos años tuve la fortuna de realizar un hallazgo, de cuya importancia y fertilidad está ya dándose perfecta cuenta un ancho sector de jóvenes españoles.

Ese hallazgo no fué otro que el de descubrir para España una perspectiva histórica y política, que se nutriese a la vez de las dos únicas palancas hoy de veras eficaces para hacer de España lo que esta generación debe conseguir que sea: una Patria justa, grande y liberadora.

He aquí esas dos palancas: una, la idea nacional, la Patria como empresa histórica y como garantía de existencia histórica de todos los españoles; otra, la idea social, la economía socialista, como garantía del pan y del bienestar económico de todo el pueblo. Me cupo, al parecer, le tarea de unificar esas dos banderas, dotarlas de los símbolos emocionales necesarios, y señalar y poner las piedras primeras de una organización que las interpretase. Todo eso ya está ahí, anda por España, y creo que de un modo insoslayable y visible. Son las J. O. N. S.

Pues este libro ha sido escrito durante las justas semanas que he permanecido al margen del movimiento, por diferencias irresolubles con quienes en él preponderan hoy, y es hijo, por tanto, de un período en cierto modo alejado de la política activa. De ahí su carácter peculiar, su carácter de Discurso, no a estas o aquellas gentes concretas que tuviese delante, sino a las juventudes de España, categoría genérica, difícilmente puesta por nadie en fila. Es un discurso, por tanto, que tenía que encontrar y buscar expresión, no en un estilo directo— según corresponde a los discursos políticos—, sino en una línea realmente discursiva, general. Eso le veda, pues, una proyección cercana sobre los acontecimientos diarios y le imprime por fuerza un aire de amplitud más ambiciosa.

Este Discurso, ante la creencia de que se avecinan también en España las manifestaciones decisivas de la subversión moderna, quiere plantear a nuestras juventudes la necesidad de que conviertan asimismo la revolución en revolución nacional, liberadora del pueblo y de la Patria, haciendo de la coyuntura trasmutadora la gran ocasión histórica para que España realice sus grandes destinos. Que ello sea así depende sólo de que las juventudes encuentren su camino, estén a la altura de él y lo recorran militarmente.

El momento mismo en que he dado fin al libro coincide con el de mi reintegración a la política militante, función que reconozco y veo como fatalmente ligada a mi destino. No quiero ser de los que hurten lo más ligero de su rostro a la etapa histórica en que ahora mismo penetra nuestra Patria española. Entro de nuevo, pues, en batalla, tras de la justicia que apetecen y necesitan las masas populares, y tras de la unidad, la grandeza y la libertad de España.

(Mayo de 1935.)

INFECUNDIDAD DE LA CRITICA

41 Lo único que no puede serle exigido a las juventudes actuales de España es que desarrollen una labor de índole crítica. La fecundidad de la crítica es siempre muy limitada. Se reduce a darle vueltas a las cosas, a descubrir su revés, sus pliegues, la posible verdad oculta que lleven dentro. Pero jamás la crítica servirá para desentenderse por entero de lo que tiene delante, y nunca asimismo podrá vencerlo y substituirlo por una cosa nueva y diferente.

Si las juventudes están disconformes con lo que encuentran, no tienen necesidad de justificar con muchas razones su actitud. No tienen que explicar la disconformidad, tarea que absorbería su juventud entera y las incapacitaría para la misión activa y creadora que les es propia. Pues la crítica se hace con arreglo a unas normas, a unos patrones de perfección, y todo esto tiene en realidad que ser aprendido, le tiene que ser enseñado a las juventudes; no es de ellas ni forma parte de ellas.

Pero un mínimun de crítica, en el sentido de apreciación o valorización de lo que hay delante, es quizá indispensable. Para realizar esa mínima función orientadora, en el número de páginas más breve posible, dirigiremos la vista fugazmente ante el pasado de la Patria, y luego, con un poco más de fijeza, examinaremos el período que nos ha precedido de modo más inmediato, la Restauración, para detenernos asimismo a escrutar el terreno que hoy pisamos, la República.

LA ACCIÓN POLÍTICA

42 Las juventudes españolas, como sujetos históricos de la revolución nacional, tienen sobre todo que elegir, sin posibilidad de opción, como campo y teatro de su presencia, éste: la acción política. Y ello, nunca para incrustarse en sus banderas actuales ni para servir lo más mínimo los problemas que en ella se planteen, sino con esta doble finalidad: primera, apoderarse de las zonas rectoras, donde en realidad se atrincheran los poderes más directamente responsables de la inercia hispana; segunda, acampar en el seno mismo de las eficacias populares, en el torbellino real de las masas.

No es, pues, en la ciencia, en la religión, en la sabiduría profesional, en el culto doméstico, en el deporte, donde la acción y la presencia de las juventudes debe manifestarse en esta coyuntura anómala de la Patria: ES EN LA ACCIÓN POLÍTICA. Aquí tienen que confluir los bríos, considerando aquellas otras cosas como valores que en este momento deben subordinarse a los propósitos de la revolución nacional, objetivo en el fondo de índole política, y reconociendo que aquéllos son inoperantes, parciales e inadecuados por sí solos para las tareas históricas que hoy nos corresponden.

España no recobrará su gran destino ni los españoles recobrarán su vida digna, CON RAPIDEZ Y URGENCIA, por el camino de la sabiduría, ni por el de la misión religiosa, ni por el de la preparación profesional, ni por el hecho de que todos seamos buenos deportistas. Todo eso, AUN LOGRADO, podría muy bien convivir con la desgracia histórica de España, con su servidumbre, con su disgregación y con su esclavitud internacional.

El timón de la rapidez, de la urgencia, es el que permita desarticular y vencer el poder político dominante, substituirlo y emprender con las masas españolas la edificación y conquista histórica de la Patria. Eso requiere ir a la acción política, aun con el propósito evidentemente de reducir a cenizas la política partidista, mendaz y urdidora de desastres.

Presentar a las juventudes el camino de la acción política, es mostrarle el lugar concreto donde reside el timón histórico que ellas precisamente necesitan, donde está—y en manos ineptas, insensibles o traidoras—, el trasmutador eléctrico, mediante el que se dan los dramáticos apagones o se encienden y abrillantan las rutas históricas.

No hay escepticismo peor ni doctrina más perniciosa e impotente para las juventudes que el caer en el apartamiento, la desilusión y el desprecio inactivo por las movilizaciones y eficacias del linaje político. Quienes las adopten se condenan sin remisión a un limbo permanente, a una eterna infancia de imbéciles y de castrados.

La primera preocupación estratégica es, pues, la creación de un órgano de acción política, bien acorazado para resistir las sirenas, para despreciar los contubernios y para dar el golpe definitivo al artilugio político de los partidos en que se basa y apoya el Estado vigente. A la política, pues, no en papel de rivales de estos o aquellos partidos, sino en rivalidad permanente y absoluta con el sistema entero. Política contra las políticas. Partido contra los partidos.

(Mayo de 1935.)

ACCIÓN DIRECTA

43 Que las juventudes tienen que adoptar una táctica de acción directa, es decir, una moral de desconfianza hacia todo lo que no proceda de ellas y una decisión de imponer por sí mismas las nuevas normas, es algo en realidad incuestionable.

Eso va implícito en la actitud que antes hemos dicho corresponde a nuestros jóvenes: la actitud del soldado. El soldado practica siempre la acción directa, y es, por su propia calidad, el único que la representa en toda su gran fecundidad y relieve moral.

Las juventudes son, asimismo, como sector social, las únicas que imprimen a la acción directa, no un sentido particularista, de exacerbación y desorbitación de una clase, sino el carácter íntegramente nacional y humano, la justificación profunda de su violencia para con los valores parásitos y para con los intermediarios provistos de degradación.

La acción directa garantizará a nuestras juventudes su liberación de todo mito parlamentarista, de todo respeto a lo que no merece respeto, de toda prosternación ante ídolos vacíos y falsos. Pues se verá siempre en peligro, al aire, en plena vida ascética y de gran dimensión emocional, de gran potenciación histórica.

En la práctica de la acción directa se efectúa, además, algo que en nuestra Patria es urgentísimo: la posible aparición y selección de las nuevas minorías rectoras, procedentes de las masas, surgidas de ellas, y

substituidoras, por propio y auténtico derecho de conquista, de las minorías tradicionales o procedentes de los partidos y sectas políticas dominantes.

La acción directa no es siempre ni equivale a la violencia armada. Es, en primer lugar, la sustentación de una actitud de ruptura, de una moral de justicia rígida contra la decrepitud o la traición, de una confianza plena, totalitaria, en lo que se incorpora y trae.

La violencia, la ruptura, tendrá en nuestras juventudes, como realizadoras e impulsadoras de la revolución nacional, un eco profundo de realización moral, de heroísmo, de firmeza y de entereza.

Precisamente por ello cabe adscribir tres justificaciones, tres dimensiones, a la violencia de las juventudes, de las cuales una sola, cualquiera de ellas, bastaría y se autojustificaría de modo suficiente:

a) Como valor moral de ruptura, como desprendimiento y rebelión contra valores decrépitos, traidores e injustos.

b) Como necesidad, es decir, como principio obligado de defensa, como táctica ineludible en presencia de los campamentos enemigos (España está hoy poblada de verdaderos campamentos, en pie de guerra).

c) Como prueba, como demostración de entereza, de capacidad y de la licitud histórica que mueve a los soldados de la revolución nacional.

Estas justificaciones vedan a la acción directa de las juventudes, toda caída en el crimen, en el bandidaje y en la violencia política vituperable, que es la que va siempre ligada a un signo individual, anárquico y de pequeños grupos visionarios.

(Mayo de 1935.)

LA UNIDAD NACIONAL

La afirmación de la unidad está a la cabeza de las reivindicaciones re« volucionarias de la juventud nacional.

I.-BREVES COMENTARIOS AL PASADO

FRENTE A LAS INTERPRETACIONES DE LA DECADENCIA ESPAÑOLA

44 Que en España no van bien las cosas, al parecer desde tiempos remotos, lo saben ya los españoles desde que nacen. Hay y existen mil interpretaciones, mil explicaciones, acerca de los motivos por los que España camina por la Historia con cierta dificultad, con pena y sin gloria. Es hora de renunciar a todas ellas. Son falsas, peligrosas, y no sirven en absoluto de nada. Bástenos saber que sobre España no pesa maldición alguna, y que los españoles no somos un pueblo incapacitado y mediocre. No hay en nosotros limitación, ni tope, ni cadenas de ningún género que nos impidan incrustar de nuevo a España en la Historia universal. Para ello es suficiente el esfuerzo de una generación. Bastan, pues, quince o veinte años.

LA LEJANÍA HISTÓRICA

45 Mucho hay que andar hacia atrás en el camino de la Historia para encontrar victorias plenas y pulsos firmes. Renunciamos a andar con exceso tal camino. Porque si para la actitud de despego hacia esa larga e inacabable zona histórica de la liquidación nos es suficiente barruntar o sospechar que ha existido, también para la actitud admirativa y de orgullo por horas magníficas de nuestra propia raza nos basta sospechar asimismo que han tenido, en efecto, realidad formidable algún día. Aparte de que no es en la Historia, en el pasado histórico, donde hemos de dar nosotros la batalla. Necesitamos, si ésta ha de ser eficaz, enemigos cercanos y concretos. Por eso, en vez de remontarse España atrás, en busca del hecho fatídico, el hombre culpable o las ideas virulentas a quienes imputar las responsabilidades por la Patria deficiente que hoy tenemos, nos corresponde percibir y descubrir los hechos, los hombres y las ideas de esta misma hora. En otro caso, correremos el peligro de luchar contra fantasmas y contra enemigos ilusorios, lo que nos convertiría a nosotros también en fantasmas y en repugnantes desertores.

LA DIMENSIÓN HISTÓRICA

46 La dimensión histórica es, por fortuna, in-esquivable. Saberse nacido en el seno de un gran pueblo, en el que gentes de la misma sangre que uno, poco más o menos igualmente dotados que uno, realizaron empresas de relieve histórico formidable, es, sin ninguna duda, un ingrediente de gran fertilidad. Se tiene así la certeza de moverse en el círculo de las ambiciones legítimas, y de que sólo es cuestión de ingenio, de heroísmo y de voluntad el atrapar de nuevo las riendas del triunfo.

LA HORA DEL IMPERIO Y LA DE LA DERROTA

47 España culmina a mediados del siglo xvi. Recogía entonces las ventajas de haber hecho su unidad nacional. Había descubierto América y realizado en gran parte su conquista. Tenía las instituciones más eficaces de la época. Disponía de una tarea gigantesca, formulada a base de conjugar los dos más poderosos resortes de la Historia: la fe religiosa y el Imperio. España descubría y conquistaba territorios con la cruz en la mano y los ganaba para la fe católica, contribuyendo ésta luego a hacer sólidas las conquistas y a nacionalizar a los nuevos súbditos con el sello profundo de la fe.

El espectáculo que ofrece España desde 1492 a 1588 es de una grandeza difícilmente lograda por pueblo alguno en ninguna época. Se produjo en nuestro suelo una revolución auténtica. La que hizo posible el paso de un pueblo particularista, recién salido de un largo pleito local como en realidad fué la Reconquista, a un pueblo de preocupación universal, navegante, colonizador, ambicioso. El Imperio de Carlos I hizo posible, no sin grandísimo esfuerzo, toda esa enorme trasmutación. Tuvo que producirse en España el hecho de venir de fuera de ella un joven Rey, enraizado de una parte con la tradicional dinastía de Castilla, pero revestido a la vez de características profundamente extrañas, para que el pueblo español adoptase el perfil imperial y poderoso que requerían los tiempos.

La España comunera—con muchas pequeñas razones de su parte—fué la manifestación reaccionaria que se produjo contra el hecho verdaderamente revolucionario y magnífico del Imperio. Triunfó, no sin superar humillaciones y dolores: el episodio de la rapacería de los primeros acompañantes del César, la añoranza de las viejas libertades, etc., etc.

Pero eso es la entereza y el precio que pide y exige la Historia a aquellos a quienes encarga que actúen de impulsores, de conductores y creadores mundiales. Si triunfan los comuneros en Villalar e imponen a Carlos

I un reinado "nacional" y estrecho, todo el gran siglo XVI español se hubiera quizá frustrado. No habría podido llevarse a cabo la obra de los conquistadores, y menos aún, claro, hubiera existido proyección victoriosa de España sobre Europa. La pugna entre los comuneros y el concepto imperial de Carlos V, es quizá el primer hecho que se produce en nuestra Patria representativo de una profunda dispersión, de una ruptura nada fácilmente soldable, entre dos porciones de España por una distinta manera de entender el destino histórico de los españoles.

Todo lo grande, rápida y triunfal que fué la elevación de España, fué luego también de vertical su descenso. Porque no se crea que éste se efectuó a lo largo de una decadencia de vasta duración. No. La decadencia se produjo en las instituciones dirigentes—Monarquía e Iglesia—a comienzos del siglo xvn y alcanzó al espíritu y al ánimo del pueblo muy poco más tarde. Desde entonces hasta hoy, en España no ha habido decadencia propiamente dicha, sino más bien ausencia, apartamiento real de la Historia.

Y hasta deberá quizá decirse, camaradas, que no es tampoco el de decadencia el término que corresponde a la hora descensional de España. Al hablar de un pueblo que decae parece indicarse que eso le acontece y ocurre en virtud de causas internas, procedentes de él, y como un fenómeno en cierto modo natural de vejez. Conviene reaccionar contra este juicio aplicado a eso que se ha llamado la decadencia de España. Nuestra Patria, y esto, lejos de convenir que sea ocultado, creo por el contrario que conviene repetirlo mucho, FUE VENCIDA. En la historia de España desde el siglo XVII acá no hay nada raro ni difícil de entender: ESPAÑA FUE DERROTADA, VENCIDA, POR IMPERIOS RIVALES. Esos imperios tenían un doble signo: económico, comercial, material. Uno, el de Inglaterra. Moral, espiritual, cultural, otro: el de la Reforma. ¿Pero se le ocurriría a alguien la actitud criminal de dar la razón a los vencedores?

España, por las causas que fueren, no consiguió atrapar el imperio complementario a aquel que era su fuerza y su gloria durante el siglo XVI. Ese imperio complementario, y que si ella no lo conseguía tenía necesariamente que caer en manos de otros, era el de ser el pueblo impulsor de la revolución económica que ya entonces se preveía. Perdió España la oportunidad de ser el pueblo piormier de la nueva economía comercial, burguesa y capitalista, y ello la desplazó asimismo del predominio, dejándola sin base nutricia, sin futuro.

Pues no se manejan impunemente ciertos instrumentos, y lo que conduce de la mano a España a la derrota es su casi exclusiva vinculación a valores de índole extramaterial e incluso extrahistórica. Desde la gran reforma de la Iglesia hecha por los Reyes Católicos, España, el poder español, utiliza la fe religiosa como uno de sus instrumentos más fértiles. España pagó en buena moneda los servicios que el catolicismo prestó a su Imperio. Pues gracias a España, al genio español, visible y eficaz tanto en el Concilio de Trento, con sus teólogos, como en los campos de batalla, bajo el pendón de la cruz católica, el catolicismo ha sobrevivido en Occidente, esperando en Roma una nueva coyuntura de aspiración a la unidad espiritual del mundo. Sin España, sin su siglo XVI, el catolicismo se habría quizá anegado, y la vida religiosa de Europa estaría representada en su totalidad por un conjunto de taifas nacionales más o menos cristianas.

España, repito, fué vencida. Sólo se alcanza la categoría de vencido después de haber luchado, y eso distingue al vencido del desertor y del cobarde. Después de su derrota histórica, España no ha tenido que hacer en el mundo otra cosa que esperar sentada. Se ha vivido en liquidación, pues la hora culminante fué también próvida en riquezas espirituales y territoriales, que sirvieron luego a maravilla para una larga trayectoria de generaciones herederas y dilapidadoras. Poco a poco el imperio territorial fué naturalmente desintegrado, restituido el pueblo a su pobre vida casera, apartado de las grandes contiendas que en el mundo seguían desarrollándose. El pueblo ha seguido en su sitio, fiel a su nacionalidad, que defendió en la Guerra de la Independencia contra los ejércitos más poderosos de Europa, y extraño a otra ilusión que la de que se administrasen bien sus últimos y misérrimos caudales. No perturbó lo más mínimo el proceso liquidador con revolución alguna. Siguieron las instituciones. Bastante hicieron quizá éstas, en medio de las dos centurias de depresión, con conservar intacto el solar de la Península. No sin peligros. A mediados del siglo xvn, ya corría por Europa un plan de desgajamiento y balcanización del territorio peninsular. Europa tiraba de Cataluña. Llegó a haber allí virreyes franceses. Se logró no obstante vencer ese proceso canceroso y se conservó la unidad de España. Ha sido la única victoria desde la culminación del Imperio. Aunque empalidecida en el Oeste con la no asimilación de Portugal y avergonzada en el Sur con Gibraltar en manos de Inglaterra.

LA PUGNA ESTÉRIL DEL SIGLO XIX

48 En todo el siglo xix se representa el doble drama de unas fuerzas que trataban de resucitar y defender la tradición de España, desconociendo de hecho su antecedente, el Imperio, y de otras que pretendían liberarse de esa tradición, inaugurando un futuro revolucionario. Ni las primeras podían restaurar en serio la antigua grandeza española ni las segundas hicieron revolución de ninguna clase.

Los españoles se polarizaron a lo largo del 6Í-glo Xix en torno a esas dos irreductibles fórmulas, defendidas con tal tesón y tal tenacidad que ambas han sobrevivido a través de cien años de luchas mutuas, sin que ninguna de ellas haya rendido las armas y sin que ninguna haya asimismo triunfado en sus afanes.

Lo primero que debe observarse en las luchas políticas del siglo xix es que no son propiamente políticas, sino más bien luchas religiosas. Contemplándolas a distancia, las advertimos de esterilidad irremediable. Los defensores de la tradición no podían representar para España otra perspectiva que la de seguir guardando intacta la reserva española, si así puede decirse, y los otros, los seudorrevolucionarios, sólo hubieran representado de veras un papel histórico positivo si su triunfo se hubiese dirigido a hacer entrar al pueblo español en el orden de las nuevas posibilidades que ofrecían al mundo la cultura técnica, la mecanización industrial y el nacionalismo vigoroso correspondiente a una burguesía numerosa y rica.

Fueron, repetimos, luchas religiosas, si bien efectuadas en el plano político, es decir, no entre dos religiones positivas diferentes, como sería lo natural, sino entre quienes eran católicos—al modo, claro, que habían sido siempre católicos los españoles, desde el Estado y a través del Estado—y quienes no lo eran o lo eran con mucha tibieza. Por eso, la pugna se desarrolló en torno al clero más que en torno a los dogmas. De un lado, clericales. De otro, anticlericales.

Las dos facciones que lucharon a todo lo largo de la centuria eran incapaces de obtener de su victoria eficacias plenas. La España tradicional, católica, apiñada junto a las iglesias, no podía aspirar sino a una actitud estática, de conservación, de defensa. Los otros, los desprendidos, como actuaban en un país de formas económicas muy retrasadas, se enredaron en una serie de doctrinarismos abstrusos que bordeaban hasta la traición nacional, y no consiguieron la colaboración de las masas populares. Como consecuencia de la incapacidad de unos y otros, la única línea permanente vino a ser la serie inacabable de pronunciamientos militares, resultando así el ejército, más que un organismo para hacer la guerra, un vivero de políticos y estadistas: Espartero, O'Donnell, Narváez, Serrano, Prim, etc., etc.

España necesitaba con urgencia de un período en que las dos banderas decimonónicas entrasen como el Guadiana en una vía subterránea. Después del fracaso de ambas, esto es, después de que la España tradicional y católica no clavó de un modo triunfal su fanatismo en el palacio de Oriente, en forma de un ideal guerrero y misionero, de expansión y de fuerza, y después de que la España disconforme se declaró incapaz de enarbolar un ideal nacional, de tipo violento y jacobino, sobre el que asentar una sociedad nueva y unas instituciones nuevas, ambas tendencias merecían por igual que se las desarticulase y expulsase del reino de las posibilidades políticas. Aquellos propósitos no fueron ni apenas ensayados. Las dos carecían además de sentimientos nacionales firmes. Para los unos, la tradición y el patriotismo consistían en defender fueros, reivindicaciones religiosas, formas de vida local y familiar, es decir, siempre porciones, parcialidades. Para los otros, lo revolucionario estaba vinculado a la libertad de imitar, a la gravitación rapaz de las ciudades contra los campos, etc. (Señalemos en el liberalismo español del siglo XIX un valor fecundo: su sentido de la unidad de España.)

LA RESTAURACIÓN

49 Todo eso dio de bruces en la Restauración. Este régimen fué una pura consecuencia del doble fracaso que supuso para España todo el largo y turbulento fracaso a que nos hemos referido. La Restauración tenía ante sí una misión histórica bien clara: anegar las dos estériles corrientes cuyo fracaso terminaba de ser experimentado, y poner a España en condiciones de producir un ideal nacional nuevo, extraído naturalmente de su propio genio, y apoyado en formas sociales distintas a aquellas que habían servido de soporte a las viejas luchas. Para ello tendría que vivir como al margen de la vida nacional, sin apoyarse desde luego en ella ni contrariándola.

La Restauración nacía, pues, bajo el signo de la paradoja. Así resulta que la Monarquía constitucional, la vigencia de la Constitución llamada del 76, iba a ser un período eficaz y fecundo en el grado mismo en que lograse sostenerse sin apelar a la realidad nacional. Se tenía entonces por evidente que esta realidad era desastrosa. Fué el momento de Cánovas. Este político, edificador y orientador máximo de la Restauración, se puso a la tarea provisto de los dos ingredientes más oportunos para la labor que tenía delante: un escepticismo radical y un cierto sentido del Estado.

Los políticos de la Restauración no tenían fe alguna en España ni en los españoles. Decían que España carecía de pulso. Decían que español era quien no podía ser otra cosa, y así sucesivamente. Es verdad que nada ocurría en España que desmintiese tales imputaciones. En esa situación, ¿qué podía suceder? La contestación es bien sencilla: o España extraía de su seno energías verdaderas con las cuales vigorizar aquel recipiente vacío que era el Estado constitucional canovista o se descompondría de un modo irremediable. Esas energías nuevas podían seguir dos derroteros: uno, el que las condujese hacia arriba, hacia el Estado, vigorizándolo y nutriéndolo; otro, el que las situase revolucionariamente contra él.

La Restauración tuvo desde luego éxito en uno de sus propósitos, el de permanecer. Duró cincuenta años. Medio siglo es un período de tiempo suficiente para que un pueblo o un régimen descubran, bien la culminación de su triunfo, bien el estrépito de su fracaso.

BAJO EL REINADO DE ALFONSO XIII

50 El reinado de Alfonso XIII—por notoria y personal voluntad del Rey—fué un forcejeo continuo por dotar a la Monarquía constitucional de bases de sustentación. Ese forcejeo aparece en su política militar (vigorización del Cuerpo de oficiales con una cierta conciencia y entusiasmo por la unidad de España y su grandeza); aparece también en la expansión marroquí, como posible suelo donde pudiese crecer con alguna lozanía el optimismo nacional; en la tentativa de Maura por sustituir la base anómala, caciquil, del Estado por un apoyo sincero de lo que él denominaba la ciudadanía: en el propósito de elevar el ritmo de la industrialización del país, superando así el único sostén agrario y terrateniente del régimen.

Fuera del Estado y contra el Estado, las ideas y los grupos que operaban bajo un signo revolucionario construyeron sus tiendas de modo bien sencillo: recogieron los residuos ideológicos de sus antecesores del siglo xix, orientaron en sentido crítico toda la vida intelectual de España, socavaron el espíritu militar naciente, alimentaron las tendencias disgregadoras y autonomistas, hicieron derrotismo integral en torno a Marruecos y mantuvieron una cierta tibieza e ignorancia hacia toda idea nacional o sentimiento de la Patria.

Además, surgieron las organizaciones obreras, desarrollándose al ritmo mismo de la industrialización, naturalmente con un sentido de clase y una doctrina concordante en todos los aspectos prácticos con los anteriores enunciados.

En 1923, fecha final de la vigencia constitucional de la Restauración, España tenía ante sí dos fracasos: el del Estado, el del régimen, que seguía sin haber ampliado lo más mínimo sus bases de sustentación, y el de los núcleos enemigos y contrarios al Estado, que no habían producido tampoco lo único que entonces hacía falta: un frente de sentido nacional, con angustia verdadera por los destinos históricos de la Patria española y por los intereses inmediatos y diarios de todo el pueblo. La salvación hubiera estado ahí, sobre todo si disponía de la intrepidez suficiente para acampar con toda audacia en el seno mismo del régimen, aun con este dubitativo propósito: el de hacerlo explotar si le alcanzaba la podredumbre misma del sistema o el de utilizarlo y conservarlo patrióticamente si su permanencia era valiosa.

LA DICTADURA

51 Como desde fuera no llegó ese remedio, el Rey lo extrajo del seno mismo del Estado: apeló al Ejército. Comienza así la dictadura militar de Primo de Rivera, cuyo defecto originario era ése, el de no venir ni proceder de una realidad nacional, de una acción directa nacional recogida o aceptada por el Rey. Venía y procedía del Estado mismo, y en cierto modo a continuar el sentido de la Restauración, a proporcionar a España un nuevo margen histórico, a ver si ocurría que cobrase o recobrase su conciencia de pueblo unido, ambicioso y de gran futuro.

Pero con la dictadura el Estado ponía proa hacia el camino de los desenlaces. Hacia las horas decisivas. Pues si no lograba de veras robustecer y hacer más consistentes los derroteros oficiales del régimen, éste se hundiría, aunque en frente y en contra suya no se alzase nada respetable ni profundo.

La dictadura militar aceleró el ritmo material, industrial de España. Logró la adhesión casi unánime del país, sobre todo en lo que éste tenía de opinión madura, sensata y conservadora. Alcanzó asimismo un éxito notorio en Marruecos. Duró casi siete años. Y a la postre murió agotada, deshecha, de muerte natural, de vejez. La dictadura murió de vieja a los siete años. Como el período constitucional que la precedió murió asimismo de viejo a los cincuenta años de nacer.

Primo de Rivera proporcionó a España siete años de paz—¡siempre la paz!—, durante los cuales tuvo lugar un auge económico verdadero, pero no hizo reforma agraria alguna—Seguía en el fondo la propiedad agraria constituyendo la base principal del régimen—y no consiguió nunca la colaboración de las juventudes, a pesar de coincidir con la época de ía dictadura el momento en que aparece por primera vez en España una conciencia juvenil operante, y a la que había precisamente que substraer al morbo disociador, antinacional y negativo.

EL GOBIERNO DEL GENERAL BERENGUER

52 La dictadura militar fué substituida por el Gobierno del general Berenguer, lo que venía a significar un intento de restaurar de nuevo la Restauración, en su signo antiguo, constitucional y ortodoxo. El fracaso fué fulminante, irremediable. Sirvió para que a toda prisa, en una atmósfera liberal, propicia y suave, se organizara la caída del régimen monárquico y su substitución por la República.

LA REPÚBLICA. EL 14 DE ABRIL

53 El fenómeno del 14 de abril de 1931, la proclamación de la República, inaugura la situación en que nos encontramos hoy, la realidad misma sobre la que ahora tienen que operar las juventudes, y por eso es de suma importancia que percibamos debidamente su sentido.

Las grandes masas, las grandes mayorías electorales que votaron la República, llevaron al poder, no a unos hombres, a unas ideas y a una realidad política surgidas y emanadas de ellas, como un producto suyo, coherente, disciplinado y eficaz, sino que lo facilitaron a unos grupos, unas ideas y unos hombres que en aquel momento representaban, entre otras cosas, la oposición al viejo sistema monárquico de la Restauración y de la dictadura.

Realmente, el 14 de abril de 1931 dio el poder a todo ese cortejo lacrimoso, crítico y disconforme que desde tiempos muy añejos y remotos venía siguiendo de cerca los pasos desafortunados y vacilantes de la España oficial y tradicional. Reconocer esto es de gran importancia porque significa que el movimiento republicano que dio vida a la Constitución de 1931 no era una superación de las pugnas antiguas, no representaba una aurora de algo nacional y nuevo, sino que se nutría casi por entero de una actitud ya ensayada, bien conocida, de signo decimonónico y perteneciente al mismo proceso político de la Restauración.

La similitud de las dos fechas, 13 de septiembre de 1923 y 14 de abril de 1931, salta a la vista de un modo notorio. En ambas el pueblo español desertó de su deber de henchirlas con su signo propio, y quedó pasivamente al margen. El 13 de septiembre el pueblo español demostró parecerle una cosa excelente que un general o quien fuese, hiciera por él algo que de verdad creía necesario: barrer las pandillas caciquiles de la Restauración. En 1931, en vez de dar paso triunfal a un movimiento propio, encarnación de una hora histórica tan solemne como la del derrumbe de la Monarquía, actuó también desde fuera, como comparsa, y concedió un ancho crédito a las personas, los grupos y las ideas que hacía más de sesenta años venían ofreciéndose sin éxito a la consideración política de los españoles.

La única fecundidad del 14 de abril consistió tan sólo quizá en permitir que esas personas, esos grupos y esas ideas saliesen de su tradicional y roedora actitud crítica para descubrir y exhibir desde el Poder sus portentos. Yo les asigno esa misión, que equivale realmente a la posibilidad de conocer, al fin, el segundo hemisferio de la luna. Su victoria, pues, está dentro del viejo y tradicional sistema. Fué lograda en virtud del mismo estilo polémico que puede reconocerse literalmente en las pugnas y polémicas del siglo xix. Victoria, en el fondo, de signo y carácter turnante.

El 14 de abril de 1931 es, pues, el final de un proceso Histórico, no la inauguración de uno nuevo. Eso es su esencial característica, lo que explica su fracaso vertiginoso y lo que incapacita esa fecha para servir de punto de arranque de la Revolución nacional que España hará forzosamente algún día.

En efecto, los grupos triunfadores en abril aportaban unos ingredientes de tal naturaleza que podía esperarse de ellos todo menos esto: una victoria nacional de España. ¡Ah! Si el 14 de abril se produce al grito de ¡Viva España!, el hecho revolucionario hubiera sido cosa distinta, y representaría evidentemente la fecha inauguradora de la Revolución nacional. Pero claro que no se hizo así, y si pasamos revista a los propósitos de las diversas fuerzas que dieron vida y realidad a esa fecha, nos encontramos además con que no podía hacerse así. Ni uno solo de los varios grupos del 14 de abril actuaba con el propósito de convertir la revolución en Revolución nacional. Ese fué el fraude y ese fué a la postre también el germen disociador de la República naciente.

* * *

Una Revolución nacional, el 14 de abril, tenía que haber representado para España la garantía de que precisamente todo lo que la vieja Monarquía ya no garantizaba iba a ser mediante ella posible: tenía que representar, frente a los tirones separatistas de Cataluña y Vasconia, la unificación efectiva de todo el pueblo. Frente a las dificultades en que se debatía la Monarquía para que tuviese España un Ejército popular y fuerte, su creación fulminante. Frente a la dispersión moral de los españoles, su unificación en el culto a la Patria común. Frente a un régimen agrario de injusticia inveterada (no se olvide que los terratenientes, como hemos dicho y repetido, habían sido desde muy antiguo el sostén único de las viejas oligarquías), la liberación de los campesinos y la ayuda inmediata a todos los pequeños agricultores. Frente a una industrialización de signo

modesto, un plan gigantesco y audaz para la explotación de las industrias eléctricas y siderúrgicas. Frente a la despoblación del país, una política demográfica con tendencia a duplicar la actual población de España. Frente al paro y la crisis, la nacionalización de los transportes, la ayuda a las pequeñas industrias de distribución y el incremento rápido del poder adquisitivo del pueblo. Frente a una España satélite de Francia e Inglaterra, una política internacional vigorosa y firme, de independencia arisca.

Eso hubiera sido una Revolución nacional, y todo lo contrario que eso fué, sin embargo, el 14 de abril de 1931.

Las perspectivas nacionales de esa fecha eran y tenían que ser por fuerza una cosa ilusoria, pues

los intelectuales que le daban expresión representaban una tradicional discrepancia con el sentido histórico de las instituciones a quienes la unidad se debía en su origen, llegando así al absurdo de creer una equivocación nuestra historia entera. Los grupos disgregadores que influían y sostenían el régimen naciente desde la periferia española carecían naturalmente de una preocupación integral y total de España. Los marxistas eran ajenos por naturaleza al problema. Los viejos partidos demoliberales, como el radical, representaban la debilidad, la transigencia, el pacto. ¿Quién, pues, iba a dar a la revolución de abril un contenido nacional y quién iba a trabajar en su seno por extraer de ella consecuencias nacionales históricas?

El 14 de abril nacía, pues, incapacitado, tarado, para obtener de él una vigorización nacional de España.

* * *

Ahora bien, reconocido eso, aceptada esa limitación, ¿encerraba, en cambio, el 14 de abril perspectivas fecundas de convivencia social entre los españoles? O lo que es lo mismo, cercenada toda salida nacional, toda tendencia de la revolución a hacer de España ante todo una nación fuerte y vigorosa, ¿se logró, por lo menos, una ordenación social más grata para todos los españoles y una aceptación entusiasta por parte de los trabajadores, de los obreros, a la misma? La contestación no admite dudas: en absoluto.

Pues hubo tres insurrecciones populares. Y hubo, sobre todo, una terrible fecha, el 6 de octubre, en la que tomaron las armas, no ya los obreros anarcosindicalistas, cuya disconformidad con el régimen databa desde sus orígenes, sino los obreros socialistas, edificadores y forjadores directos de la Constitución y de las instituciones todas de la República.

El 14 de abril no supuso, pues, nada. Ni en el orden nacional ni en el orden social. Sus mismos creadores proclamaron su monstruosa equivocación ese 6 de octubre de 1934, fecha en que tuvo lugar la insurrección de la Generalidad y la subversión marxista de Asturias. El 6 de octubre tiene un sentido, y sólo uno: el torpedeamiento y hundimiento de la seudorrevolución de abril por los mismos que la efectuaron y alumbraron.

Esa es, camaradas, la realidad, y ante ella no nos corresponden muchas lamentaciones. Pues también, entre esas posibilidades revolucionarias fallidas, está la traición a un cierto espíritu juvenil que se manifestó y surgió en España meses antes de la República. No encontró ese movimiento juvenil satisfacción alguna. No fueron los jóvenes comprendidos, y los gobiernos abrileños no le prestaron otro servicio que el de corromper a los que aparecían como dirigentes, incluyéndolos en las nóminas burocráticas de sus secretarías.

Aquí nos encontramos, camaradas, y la realidad del régimen, la última, la que hoy tenemos ante nosotros, la surgida como contestación a las subversiones de octubre, es un digno remate a la esterilidad radical del sistema: España y la República, en manos de los grupos oligárquicos más viejos, desteñidos e inoperantes que fuera posible imaginar. Los gobiernos radical-cedistas sacan a la superficie lo que de veras llevaba dentro el 14 de abril junto con sus ingenuas erupciones seudorrevolucionarias: el girar en torno a las antigüedades conocidas y fracasadas de la España decimonónica, el estar ligado a ellas y el de ser realmente el final de una era, la culminación de una decadencia política. Y no una aurora, ni un comienzo, ni una inauguración fértil de nada.

* * *

Resumimos así el panorama de los últimos cien años: Fracaso de la España tradicional, fracaso de la España subversiva (ambas en sus luchas del ei-glo xix), fracaso de la Restauración (Monárquica constitucional), fracaso de la dictadura militar de Primo de Rivera, fracaso de la República. Vamos a ver cómo sobre esa gran pirámide egipcia de fracasos se puede edificar un formidable éxito histórico, duradero y rotundo. La consigna es: ¡REVOLUCIÓN NACIONAL!

II. — EN LUCHA POR LA UNIDAD NACIONAL

¡HISPANOS, DE FRENTE A CATALUÑA! EL CICLO HISTÓRICO

54 Aquí, en España, hemos hecho? terminamos de hacer, una revolución liberal, muy justificada, pues es evidente que urgía liquidar de modo rotundo los más leves resquicios de las tiranías feudales. Pero es también urgente salir de esta etapa inactual y mediocre. Y lanzarse a la realización sistemática del supremo destino hispánico, que consiste en el triunfo de nuestros valores y en el hallazgo de una articulación económica justa.

Pues bien, en esta hora de unificación nacional surgen voces de disidencia. Hay partes de España que se resisten a aceptar la nueva época y a mirar de frente las nuevas responsabilidades. Responden así a los últimos vestigios de las ansias caducadas. Aplican y traspasan los principios liberales de los individuos a las regiones. Es el liberalismo en su última consecuencia. Si la libertad, decía Lenin, destruye el Estado, nosotros añadimos que los romanticismos regionales destruyen los pueblos.

Pero nosotros nos opondremos a que se lleve a efecto sin lucha la destrucción de España.

Para ello hay que advertir el ciclo histórico completo que finalizó con la Gran Guerra. En el siglo XVI aparecieron robustos y equipados, capaces para la gran empresa que imponía, la época renacida, tres o cuatro grandes pueblos: España, Francia, Inglaterra, Alemania. Todos ellos acomodaron la variedad interior al único imperativo de servir la grandeza nacional. Ello se consiguió adoptando cada pueblo sus futuros y entregándoles la vida sin reparo. Cuando periclitó la vigencia de las clases feudales y se hizo dueño de los mandos económicos el burgués, tuvo lugar en el orbe político una revolución, la instauradora de la libertad y del derecho del hombre a la disidencia. Sin duda, en el siglo xix fueron fecundas tales afirmaciones. Hoy, cumplido el ciclo, los pueblos advierten, en cambio, la necesidad de algo que posea una firmeza absoluta.

(Mayo de 1931.)

LA DESLEALTAD DE CATALUÑA

53 Estos minutos optimistas que España vive no logran, sin embargo, interesar a las figuras directoras de una región hispánica, Cataluña. En su anacrónica ceguera, se empeñan en condenar a ineficacia a nuestro pueblo. Quieren su vida aparte, royendo nuestro prestigio histórico e impidiendo el futuro de España. Se basan en románticos anhelos y representan la época caducada. Son la reacción, la voz vieja. España debe obligarles a ir hacia adelante, a abandonar sus plañidos infecundos. Todo ha de sacrificarse en esta hora al logro de una marcha nacional que garantice la pujanza hispánica. ¿Cataluña libre? ¿Liberada de qué? ¿Del compromiso de colaborar en la grandeza de España? Eso tiene un nombre gravísimo, que hemos de pronunciar con emoción serena: ALTA TRAICIÓN. Y debe castigarse. Estamos seguros de que el pueblo catalán no sigue a su minoría directora hasta el límite extremo de su actitud. Desde luego, los obreros sindicalistas, en magníficas declaraciones, han procurado quedar limpios de toda responsabilidad desmembradora. Es una prueba más de lo que antes dijimos acerca del actualísimo sentido político del proletariado. Quedan, pues, reducidas las apetencias hispanófobas a los núcleos retardatarios de pequeños burgueses y de intelectuales de mirada corta.

(Mayo de 1931.)

LA FRASE ROTUNDA

ESPAÑA, UNA E INDIVISIBLE

56 He aquí nuestro grito: España, una e indivisible. Muchos republicanos españoles, tan amantes de la ejemplaridad de la Revolución Francesa, olvidan que un grito así salvó a Francia y salvó a la Revolución. Hay que seccionar esa ola mediocre de localismos que hoy satura la atmósfera hispana, e instalar revolucionariamente el deber de todos. La vejez cobarde, que hoy es dueña de los ministerios, asiste con apatía criminal a esa forja de decadencias que suponen las propagandas separatistas.

El abandono de las funciones de unidad señala una resolución irreparable. No se concibe cómo un pueblo, en el resurgir victorioso de una Revolución que triunfa, tolera fríamente los zarpazos desmembradores. ¿No habrá un hombre de temple que intuya con genialidad la palpitación del pueblo, hoy encadenado a la falacia de los traidores, y dé la orden de marcha contra los enemigos de la Patria?

(13-VI-1931.)

PROGRAMA DE LOS SEPARATISTAS CATALANES CONTRA LA GRANDEZA HISPÁNICA

57 Hay que impedir que la disolución de España se lleve a efecto con música de aplausos, obligando a los disidentes a una actuación armada. A nosotros no nos importa la concesión de autonomías administrativas, pues esto favorecería quizá la eficacia del Estado. Pero sí denunciamos que no es eso, ni nada que se relacione con eso, lo que solicitan y quieren los separatistas. Existe todo un programa de asalto a la grandeza hispánica, al que colaboran los inconscientes de más acá del Ebro en nombre de la turbiedad democrático-burguesa, que concede libertades y disuelve pueblos. La política separatista se propone realizar sus fines en tres etapas. Una, la actual, encaramándose a los puestos de influencia de Cataluña, y desde ellos educar al pueblo en los ideales traidores. Otra, intervenir en la gobernación de España, en el Poder central, con el propósito firme y exclusivo de debilitar, desmoralizar y hundir la unidad de nuestro pueblo. Por eso decíamos, hace quince días, que no hay que prestar sólo atención a lo que los catalanes pretendan y quieran para Cataluña, sino más aún a lo que pretendan y quieran para España. Su segunda etapa consistirá, pues, en debilitar nuestro ejército, esclavizar nuestra economía, enlazar a sus intereses las rutas internacionales, propulsar los nacionalismos de las regiones, haciéndoles desear más de lo que hoy desean; lograr, en fin, que un día su voluntad separatista no encuentre en el pueblo hispano, hundido e inerme, la más leve protesta.

La tercera etapa, cumplida en el momento oportuno, consistirá en la separación radical.

Este plan lo hemos oído de labios de uno de los actuales mangoneadores de la Generalidad. Es digno y cobarde. Denota una impotencia ruin, pues si un pueblo desea y quiere la independencia, la conquista por las armas. Pero es que no se trata del pueblo, del magnífico pueblo catalán, sino de una minoría bulliciosa que sabe muy bien que no le obedecería el pueblo en su llamada guerrera. De ahí el plan, las tres etapas criminales que antes apuntamos.

(13-VI-1931.)

LAS TRAICIONES, LAS INCONSCIENCIAS Y LAS COBARDÍAS DE AQUÍ

58 Desde luego, una vez conocida la impotencia de los núcleos separatistas, se comprende que necesiten y busquen la complicidad inconsciente de toda España. Hasta qué punto estará relajada en algunos la idea nacional, hay ejemplos a diario. Así, el discurso reciente de Ossorio y Gallardo—leguleyo nefasto a quien hay que impedir influya para nada en la República—en el Centro de Dependientes de Barcelona. Por las enormidades que dijo, calculamos los aplausos que se llevaría ese voraz picapleitos, una de las figuras más inmorales de la política española, por las razones que algún día diremos.

Es comprensible, aunque errónea, la actitud de los separatistas. Pero la de esa opinión difusa que en el resto de España acoge con simpatía las aspiraciones desmembradoras, constituye una traición imperdonable. Es quizá uno de los más fuertes síntomas de que amenaza a nuestro pueblo un tremendo peligro de decadencia. Las juventudes y los españoles sanos debemos iniciar con toda rapidez la tarea de levantar y exigir a todos la fidelidad más pulcra a la España una e indivisible.

Cataluña agradece esas traiciones y recoge de ellas el argumento máximo. Las contesta con falsa cordialidad, ocultando sus afanes íntimos, y de este modo introduce en España la atmósfera propicia que le "deje hacer" su plan. Véase cómo el cerebro elemental de ese poeta Gassol denunció en un minuto sincero los propósitos finales. Dijo textualmente, en Manresa, que él "ni era español ni quería serlo".

Lo que interesa, sobre todo, destacar, es que los intereses separatistas de Cataluña se oponen a los intereses hispánicos, y que bajo ningún concepto puede España tolerar la fuga.

(13-VI-931.)

ESPAÑA SE LEVANTARA CONTRA EL CRIMEN HISTÓRICO

59 El máximo temor, insistimos, reside en que España se degrade hasta el extremo de apoyar y ver con simpatía la conspiración minoritaria de los separatistas. Si esto ocurre, es que España ce hunde sin remedio. Pero nosotros no creemos ni podemos creer nunca tal cosa. España se levantará como un solo hombre contra el crimen histórico. Y garantizamos que habrá sangre de sacrificio, la nuestra, y que los separatistas se verán obligados a luchar. Porque interceptaremos su camino con fusiles.

¡Viva la España una e indivisible!

(13-VI-1931.)

ERROR DEL "¡QUE SE VAYAN DE UNA VEZ!"

60 Hemos de salir al paso de una tendencia peligrosísima que con toda ingenuidad acepta un buen número de españoles. Indignados por la perpetua perturbación catalanista, exclaman un: "¡Que se vayan de una vez!" Esa pobre solución haría el juego rotundo a los traidores. Constituiría el éxito radical de los quinientos separatistas que hoy imponen sus gritos a Cataluña por la cobardía y la debilidad del Gobierno de Madrid. Nada de permitirse las fugas. Un pueblo que permite la desmembración de su territorio y que otorga sin lucha patentes de nacionalidad a los núcleos insumisos, es un pueblo degradado, hundido en la vileza histórica, sin voluntad alguna de conservación. Eso de "¡Que se vayan de una vez!" es una blasfemia, en la que incurre de buena fe un gran número de ingenuos.

El deber inflexible es otro. Cataluña no pertenece a un grupo de catalanes. Ni a la totalidad de catalanes siquiera. Pertenece, sí, a España, es España, y los catalanes tienen derechos en Cataluña sólo en tanto son españoles. Conspirar contra España es conspirar contra sus derechos en Cataluña, es despojarse de su cualidad de catalanes.

Ni por sorpresa, ni por derecho, ni por las armas, consentiremos jamás la separación de Cataluña. ¿Conduce a eso una Revolución nacional, que debe tener como meta única la grandeza y la prosperidad de la Patria? ¿Se hace una Revolución para destruir la eficacia del pueblo, que es siempre eficacia de unidad? ¿Tolerará el coraje hispánico el suicidio de la Patria?

Es urgente iniciar la formación de núcleos combativos que se decanten a la primera voz de alarma. Suplantar la debilidad del Gobierno con acción directa del pueblo, que tome a su cargo, como otras veces en la Historia, la defensa última de su propio honor. Que se enlace con el pueblo catalán sano, al que suponemos ajeno a la conjuración perturbadora de los perturbados.

(20-VI-1931.)

SENTIDO NACIONAL

61 Nuestra revolución requiere tres circunstancias, necesita esgrimir tres consignas con audacia y profundidad.

Estas:

Sentido Nacional. Sentido del Estado.—Incorporamos a la política de España un propósito firme de vincular a la existencia del Estado los valores de Unidad de Imperio de la Patria. No puede olvidar español alguno que aquí, en la Península, nació la concepción moderna del Estado. Fuimos, con Isabel y Fernando, la primera nación del mundo que ligó e identificó el Estado con el ser mismo nacional, uniendo sus destinos de un modo indisoluble y permanente. Todo estaba ya allí en el Estado, en el Estado Nacional, y los primeros los intereses feudales de los nobles, potencias rebeldes que equivalen a las resistencias liberal-burguesas con que hoy tropieza nuestra política.

Hay en nosotros una voluntad irreprimible, la de ser españoles, y las garantías de unidad, de permanencia y defensa misma de la Patria las encontramos precisamente en la realidad categórica del Estado. La Patria es unidad, "seguridad de que no hay enemigos, disconformes en ss recintos". Y si el Estado no es intérprete de esa unidad, ni la garantiza ni la logra, según ocurre en períodos transitorios y vidriosos de los pueblos, es entonces un Estado antinacional, impotente y frivolo.

Disponemos, pues, de un asidero absoluto. Quien se sitúe fuera de la órbita nacional, de su servicio, indiferente a la unidad de sus fines, es un enemigo, un insurrecto, y si no se expatría, un traidor. He aquí el único pilar firme, la única realidad de veras profunda que está hoy vigente en el mundo. Se había perdido la noción de unidad coactiva que es una Patria, un Estado nacional, y al recuperarla descubrimos que es sólo en su esfera donde radican poderes suficientemente vigorosos y legítimos para destruir sin vacilación todo conato de disidencia.

Rechazamos este absurdo tópico de que el pueblo español es ingobernable y anárquico. Estamos, por el contrario, seguros de que abrazará con fervor la primera bandera unánime, disciplinada y profunda que se le ofrezca con lealtad y brío.

(Junio de 1933.)

UNIDAD

62 Creed, camaradas, que hay objetivos formidables que esperan nuestra acción. Así, la primera conquista revolucionaria que hoy se nos ofrece es sostener, afirmar y recobrar la unidad de España.

Sabéis todos muy bien dónde apoyan, fortifican y atrincheran sus razones los disgregadores. Su cobijo es la Constitución oficial del Estado, y a su amparo, traspasándole cobardemente la responsabilidad, se pretende dar ahora la segunda rebanada a la integridad de nuestra nación, concediendo el Estatuto vasco, y esto, repito, sin la audacia y la inconsciencia con que semejante faena era realizada por las Constituyentes, sino con el gesto frío, sarcástico y cobarde de manifestar que se limitan a cumplir con la ley.

Pero nosotros sabemos que España es la primera nación moderna que se constituyó en la Historia, y que sus cuatro siglos de unidad, durante los cuales realizó los hechos más decisivos que presenta la Historia del Mundo, son la más formidable e imperiosa ejecutoria de unidad que se puede presentar como bandera contra los separatismos criminales.

Pero si se nos dice que esas justificaciones históricas no son suficientemente válidas, que contra esos argumentos hay otros más firmes, entonces, cantaradas, nosotros debemos en efecto abandonar ese campo de la Historia y proclamar que en el último y primer término España será indivisible y única, porque nosotros lo queremos, porque nos posee y nos domina la firme y tenacísima voluntad de mantenerla única e indivisible.

(Del discurso pronunciado en Valladolid en marzo de 1934.)

ESPAÑA, REALIDAD INTANGIBLE

63 Si España no es para los españoles una realidad sobre la que resulte imposible abrir discusión, es que España no existe como una Patria. No hay Patria si dentro de ella, dentro de sus contornos, aparecen encajadas de un modo normal y público ideas y gentes contrarias a su existencia misma. Pues estas últimas son por definición las características de lo que hay fuera, de lo extranjero, de lo presunto enemigo.

LA UNIDAD, PRIMER OBJETIVO REVOLUCIONARIO

64 Evidentemente, la afirmación de la unidad está a la cabeza de las reivindicaciones revolucionarias de la juventud nacional. Mientras tenga vigencia la Constitución de 1931, mientras siga creyendo una gran porción de españoles que el proceso disgregador de la periferia es una simple disputa por la forma que deba adoptar el Estado, la unidad nacional estará en permanente peligro de ser vencida. (Y estar en peligro es ya en muchos aspectos no existir como tal.) Pues las erupciones autonomistas de Cataluña y Vasconia se encuentran en la misma línea de liquidación y descomposición de España, que ha seguido el derrumbamiento del Imperio desde Rocroy a 1898. No es una casualidad que hayan surgido como fenómenos inquietantes después de esta última fecha, es decir, una vez cerrada y conclusa la disgregación ultramarina, como si el cáncer histórico se dispusiera a hincar el diente en la unidad de los territorios peninsulares.

España tiene en regla todas las ejecutorias históricas precisas para mantener su unidad. Esta fué hecha en el siglo XV por los únicos poderes que entonces representaban la voluntad histórica de todos los españoles, dando así satisfacción, no sólo a afanes de su propio tiempo, sino al hermoso sueño de unidad que tenían todos los hispanos desde la época romana.

Ahora bien; lo que hoy interesa no son precisamente las ejecutorias de orden histórico. La lucha actual por la unidad no se libra entre dos grupos de historiadores ni de juristas. Y puesto que, por las razones que sean, los núcleos afectos a la tesis disgregadora constituyen fuerzas actuantes, mueven resortes políticos poderosos y han logrado un amplio y peligrosísimo cortejo de moderados que transigen y hacen concesiones, el problema está íntegro en manos de esa palanca voluntariosamente decisiva a que, en último extremo, apelan los pueblos para justificar su existencia histórica.

SOLUCIÓN VOLUNTARIOSA

65 El problema actual de la unidad requiere una solución voluntariosa, es decir, de imposición de una voluntad firme, expresada y cumplida por quienes conquisten el derecho a conseguir la permanencia histórica de España. Por eso, y sólo por eso, es una consigna revolucionaria, y no una oren del día electoral. No creemos, naturalmente, como Renán, que las naciones sean un continuo y permanente plebiscito, sino al contrario, que tienen sus raíces más allá y más acá de los seres de cada día. Pero España, por causas ajenas

a nosotros, quiero decir a las generaciones recién llegadas, tiene realmente en cuestión su unidad, su propia existencia para nosotros. Y, por tanto, se nos plantea el problema de resolverla y conquistarla.

Y he aquí cómo la misma agudización y agravación de nuestro problema nacional, ese de estar y permanecer como marchitos y ausentes desde hace más de doscientos años, va a proporcionarnos una coyuntura segura de resurgimiento. Porque la trayectoria que siguen las fuerzas disgregadoras es algo que no puede ser vencido ni detenido sino a través de una guerra, es decir, a través de una revolución. (Ya su primer quebranto fué debido, el 6 de octubre, a la intervención de los cañones.)

La unidad no puede consistir en una simple destrucción de los afanes separatistas que hoy alientan en Cataluña y Vasconia, aunque tenga, desde luego, que comenzar por triunfar violentamente sobre ellos. Pues España tiene que representar y ser para todos los españoles una realidad viva, actuante y presente. Tiene que ser una fuerza moral profunda, un poder histórico que arrastre tras de sí el aliento optimista de la nación entera.

La unidad de España se nos presenta hoy como el primer y más valioso objetivo de las juventudes. La unidad en peligro, deficiente y a medias, no puede ser aceptada un solo minuto con resignación, no puede ser conllevada. Sin la unidad careceremos siempre los españoles de un andamiaje seguro sobre el que podamos disponernos a edificar en serio nada. Así, hasta que no se logre la unificación verdadera, hasta que no queden desprovistas de raíces las fuerzas que hoy postulan el relajamiento de los vínculos nacionales, seguirá viviendo el pueblo español su triste destino de pueblo vencido, sin dignidad histórica ni libertad auténtica.

FALSAS RAZONES HISTÓRICAS EN QUE SE APOYAN LOS SEPARATISTAS

66 La defensa de una política de concesiones a los núcleos regionales que piden y reclaman autonomías equivale a defender el proceso histórico de la descomposición española. Equivale a mostrarse conformes con lo peor de nuestro pasado, como deseosos de que sea permanente nuestra derrota. Equivale a una actitud de rubor y de vergüenza por haber sido España algún día un Imperio. Equivale de hecho a creer que España es una monstruosa equivocación de la Historia, siendo, por tanto, magnífico ir desmantelándola piedra a piedra hasta su aniquilamiento absoluto. A veces se encuentra uno con que los disgregadores invocan hechos y razones históricas en apoyo de sus tesis. No es fácil saber si esos hechos y esas invocaciones tienen algo de respetable desde el punto de vista de la veracidad de la Historia. Habrá que inclinarse, naturalmente, a negarlo, porque la Historia la hacen los poderes victoriosos, sobre todo si esas victorias encierran y comprenden además el espíritu mismo fecundo de la Historia. Es el caso de España y de su unidad, hecha genialmente, de una manera limpia, fecunda y efectiva. Y ahora nos encontramos también con que esa unidad es, además de un hecho histórico formidable, gracias al que se han realizado cosas sorprendentes, un valor actualísimo para nosotros, para los españoles de esta época, tan necesario como el aire.

NECESIDAD PERENTORIA DE LA UNIDAD

67 La defensa de la unidad de España no puede obedecer sólo—aunque en muchos sea suficiente este afán—al deseo de impedir que un pueblo se fraccione y desaparezca, es decir, muera, lo que desde luego es un espectáculo angustioso para cualquier patriota, sino que obedece a una necesidad de los españoles que hoy vivimos, algo que si no tenemos y poseemos nos reduce a una categoría humana despreciable, inferior y vergonzosa. De ahí que la unidad no sea una consigna conservadora, a la defensiva, sino una consigna revolucionaria, necesidad de hoy y de mañana.

España no es un cualquier amorfo territorio, carente de historia y de futuro. Si lo fuese, importaría poco su resquebrajamiento y su disgregación. España es hoy, por el contrario, uno de los pueblos que están más cerca de alcanzar una situación mundial, económica y política, de signo envidiable. Uno de los pueblos que tienen más próximo y al alcance de su mano la posibilidad de una etapa espléndida. Y ello, tras larga espera, después de cruzar y atravesar períodos misérrimos, ásperas a inacabables zonas de decrepitud y de debilidad.

III.—FRENTE AL MARXISMO

Situamos la lucha antimarxista en el plano de la rivalidad revolucionaria.

Punto 7 del movimiento J. O. N. S.: "Exterminio y disolución de los partidos marxistas, considerándolos antinacionales y traidores".

NUESTRA BATALLA - NUESTRO ENEMIGO FUNDAMENTAL ES EL COMUNISMO

68 Odiamos el espíritu liberal burgués, trasnochado y mediocre; pero nuestro enemigo fundamental, aquel cuyo mero estar ahí significa siluetarse el combate con nosotros, es el comunismo. Frente al comunismo, con su carga de razones y de eficacias, colocamos una idea nacional, que él no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto.

El comunista es un ser simple, casi elemental, que acepta sin control unas verdades económicas no elaboradas por él y da a ellas su vida íntegra. El fraude que realiza de ese modo trasciende de su orbe individual para convertirse, si triunfa ese sistema, en el fraude total de un pueblo que deserta de sus destinos y juega al peligro del caos.

(28-III-1931.)

UN PUEBLO ES ALGO MAS QUE UN CONGLOMERADO DE PREOCUPACIONES ECONÓMICAS

69 Un pueblo es algo más que un conglomera-^ do de preocupaciones de tipo económico, y si de un modo absoluto se hacen depender de los sistemas económicos vigentes los destinos todos de ese pueblo, se recae en mediocre usurpación.

Tienen lugar hoy en la Historia hechos radicales que tienden precisamente a la defensa y exaltación de esos valores supremos que el comunismo aparta de su ruta. Nosotros andamos en la tarea de resucitar en España un tipo así de actuación pública.

Porque los momentos españoles de ahora son tremendos y decisivos. Se quiere conmocionar al país para una Revolución de juguete, y se dejan a un lado los motivos revolucionarios de carácter social e histórico, que son la medula de las revoluciones. ¿Qué se pretende con eso? España debe ir, sí, a una revolución. Pero auténtica y de una pieza, a realizar cosas de alto porte y a expresar su voz en el hacer universal.

(28-111-1931.)

DOS EFICACIAS FRENTE AL COMUNISMO

70 Hay que esgrimir contra el comunismo dos eficacias. Y aunque el comunismo no estuviese ahí, habría que descubrirlas también, porque los grandes pueblos no renuncian fácilmente a los deberes supremos. Esas dos eficacias, para nosotros, son: los valores hispánicos y la victoria económica.

Ya hemos dicho que si arribamos a la vida española con alguna intrepidez, ésta se alimenta de anhelosidades hispánicas. Queremos a España grande, poderosa y victoriosa. Cumpliendo con su deber universal de dar al mundo valores fecundos. Hace dos siglos que España deserta de sí misma y se refugia en las cabañas extranjeras. ¡Orden de expulsión a los traidores! El Estado hispánico, que hoy no existe, ha de abrir paso al hervor nacionalista y servir sus exigencias. En otro lugar de este número ofrecemos la clave de constitución de ese Estado, por el que estamos dispuestos a sacrificar vidas españolas.

Y llega la posible victoria económica. Nosotros oponemos a la economía comunista acusación de ineficacia. En cuanto trata de elevar los niveles de producción, se refugia en un capitalismo de Estado —véase la actual Rusia—y deriva a las normas industriales corrientes. No vemos la necesidad de romper todas las amarras para volver luego la cabeza e ingresar en la sistemática capitalista. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico, que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño absoluto de los mandos y del control

de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo, inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva y, a la vez, palpitación de justicia social, prosperidad económica.

Frente al comunismo, el Occidente no puede mostrar sino esto: Grandeza nacional. Estado eficaz y robusto con una estructura económica sindical y nacionalizada.

(11-IV-1931.)

FANATISMO DEL COMUNISTA

71 La doctrina comunista es de tan particular" carácter, que resulta imposible desalojar de los cerebros atacados, al menos por vía suasoria. Carlos Marx era un filósofo magnífico, y encerró su sistema económico en unas categorías mentales tan prietas, que los cerebros sencillos las admiten como dogmas. Es, desde luego, de una comodidad angelical levantarse una buena mañana, leer un par de libros luminosos y encontrarse sin más en posesión de la verdad social y política del Universo. Por esto que decimos, el comunismo se nutre de fanáticos, especie peligrosa a que hay que hacer frente con el vigor más enérgico.

Pero en modo alguno debe detenerse la Revolución por miedo al comunismo. Hay tan sólo que preocuparse de que la Revolución consiga recoger las ansias nacionales más hondas, hace siglos despreciadas por las oligarquías mediocres que han desarticulado y desvirtuado la ruta histórica de nuestro pueblo.

Algunos jóvenes cansinos, vagos y medrosos, son quizá comunistas, bien por diletantismo político, bien porque el ser comunista es lo más fácil del mundo; todo se lo dan hecho: sistema económico, ideas sobre esto, aquello y lo de más allá, con formulitas de validez universal para todos, los tiempos y pueblos.

Nosotros impediremos con las armas que la Revolución española se hunda en el pozo negro comunista, que hundiría la firmeza revolucionaria, antieuropea, de nuestro pueblo.

(16-V-1931.)

LA LUCHA DE CLASES

72 El Estado liberal proporciona al burgués unos privilegios de tal índole que convierten al Estado en el auxiliar poderoso de una clase. Consecuencia de ello es la protesta proletaria, replegada asimismo en un orbe de clase, que mantiene con los burgueses una batalla perpetua. Ello redunda en anomalías económicas y en trastornos sociales que privan a nuestro tiempo de emprender conquistas más altas.

La lucha de clases sólo puede desaparecer cuando un poder superior someta a ambas a una articulación nueva, presentando unos fines distintos a los fines de clase como los propios y característicos de la colectividad popular. Es decir, se hace necesaria la desaparición de las clases como núcleos que disfrutan unos privilegios determinados, y su sustitución por organismos que garanticen una justicia distributiva de la producción.

Ello trae consigo un radical abandono del concepto clásico de "propiedad privada". Mientras se adscriba al individuo como un aditamento sagrado un dominio absoluto de las riquezas, nada será posible hacer. De ahí que surja la necesidad de que los fines de la producción superen las conveniencias individuales y se conviertan en objetivos del pueblo. Las economías privadas dejan, pues, paso a las economías nacionales, y éstas alcanzan una prosperidad segura sometiéndolas a disciplina de esfuerzo y de sistema.

Pero hay más. Nuestra época posee desarrollado en alta escala el sentido republicano de colectividad, de pueblo. República, en rigor, quiere decir fondo popular, nacional, de toda empresa pública. Está ya, pues, ganada la primera fase del Nuevo Estado postliberal que se precisa. A su vera hay que plantar la eficacia sindical, corporativa, presentándola como garantía de cumplimiento social.

Las clases que hoy existen no reconocen nada fuera de ellas mismas. En su interior residen sus propios fines, y de ahí que todos los poderes que adviertan los ambicionen y acaparen. En ese aspecto, todas las clases encierran un vicio radical de exclusividad que hace de ellas poderes monstruos y nocivos para los intereses del pueblo. A Ja postre, una clase u otra impera a la defensiva en un momento dado y acciona las ambiciones del pueblo, obligándole a limitar su esfuerzo en la consecución, gota a gota, de sucesivos avances.

Nada ha podido ser en un tiempo inseguro, en que hacían crisis las instituciones y no se movían muy claras las perspectivas políticas que proporcionaba la nueva realidad popular. Hoy ya es distinto. Tan sólo no ve aquel que se esfuerza en taparse los ojos. O se abre paso a la nueva política de tendencia colectivista y

férreamente disciplinada, o al predominio de una clase sucederá el predominio de la otra, con las mismas incertidumbres, las mismas deslealtades al espíritu y, por último, las mismas ineficacias.

Urge, pues, plantear las bases ofensivas de la nueva política que interprete el afán popular y encadene de modo unitario las aspiraciones culturales y económicas de nuestro tiempo.

Las corporaciones, los sindicatos, son fuentes de autoridad y crean autoridad, aunque no la ejerzan por sí, tarea que corresponde a los poderes ejecutivos robustos. Pues sobre los sindicatos o entidades colectivas, tanto correspondientes a las industrias como a las explotaciones agrarias, se encuentra la articulación suprema de la economía, en relación directa con todos los demás altos intereses del pueblo.

(6-VI-1931.)

LA BATALLA DEL COMUNISMO

73 Contra la avalancha comunista no caben razones. Son cerebros estrechos y fanáticos que obedecen sus consignas sin discusión. El Estado vigente es incapaz de presentar batalla a un enemigo así que juega con la táctica de llevar a sus últimas consecuencias las timideces de aquél. De aquí que la tarea de abatir las líneas comunistas corresponda a grupos adversarios, al margen de toda acción oficial, que posean firmeza y coraje suficiente para responder en todos los terrenos a las provocaciones antinacionales de los rojos.

Nuestras Juntas de Ofensiva tomarán inmediatamente a su cargo en toda España la acción eficaz contra los comunistas. Los contenidos revolucionarios de las Juntas necesitan que su victoria vaya precedida por la derrota del enemigo rojo. El hecho de que fracase de un modo rotundo la situación democrática que advino al Poder con la República no puede autorizar a los comunistas a destacarse ahí como reserva. Ante el descalabro demoliberal no cabe sino que los grupos nacionales se apoderen de las riendas revolucionarias y cumplan con toda energía el deber de ir rectos a la imposición coactiva de un plan de reconstrucción nacional.

Si esto no se efectúa, si no surgen robustamente grupos heroicos que suplanten la inercia del Estado, la incapacidad del Estado. España estará a merced de cualquier tentativa traidora que organicen los comunistas.

Nosotros señalamos estos peligros, y a la vez que nos disponemos a bloquearlos, robusteciendo el área de acción de las Juntas, pedimos a aquellos españoles que deseen oponerse a la ola roja se inscriban en nuestros organismos de combate. ¡Hay que defender a la Patria amenazada!

(17-X-1931.)

EL DESPLAZAMIENTO MARXISTA

74 Los hombres tienen siempre necesidad de algo que esté sobre ellos, y cuya colaboración invocan, de un modo consciente o no. Por ejemplo, ese saberse en la línea lógica de la historia, con una gran ruta sin pérdida, en cuyo final está irremisiblemente el triunfo de cuanto ellos estiman justo y verdadero. Quizá el movimiento social contemporáneo que ha adoptado más intensamente esa posición de seguridad de que, pasase lo que pasase, a pesar de todas las dificultades y obstáculos que suponía la realidad hostil, la victoria última estaba fatalmente escrita, ha sido el movimiento socialista.

El marxismo construyó, en efecto, unas categorías económicas e históricas que conducían de un modo sistemático y seguro a la edificación de la sociedad socialista. Fracaso de esto, contradicción entre esto y aquello, aparición fatal de este o de aquel fenómeno, concentración de estas o aquellas energías, decrepitud de estos o aquellos factores sociales, etc., etc. Y, por fin, naturalmente, indetenible triunfo revolucionario de los trabajadores rojos. Así de sencillos, simples y artificiosos son los pilares de la concepción marxista. Pero la eficacia para la agitación y la movilidad formidable de las masas ha sido enorme. Cincuenta años febriles en que lia bastado proyectar entre las masas obreras la rotunda película marxista para ganarlas, sin más, al nuevo dogma, convencidas y seguras de que la historia, el tiempo y otras divinidades estaban a su lado.

Los agitadores rojos han alimentado, pues, sin dificultad, la esperanza y el entusiasmo de las masas, utilizando idéntica temperatura psicológica a la que significaba para los antiguos el saberse protegidos y amparados por los dioses en alguna de sus empresas. La escisión de las fuerzas marxistas en dos frentes, uno comunista revolucionario y otro reformista, ha sido quizá la única consecuencia contradictoria para sus fines que encerraba en su seno el marxismo. Los partidos socialistas o social-demócratas, acogidos con rigor a la firmeza de que el tiempo llegaría fatalmente, casi por sí solo, han seguido la táctica de esperarlo de una manera paciente. La rama comunista sostiene, sí, idéntico dogma, pero estima que es posible, y desde luego más digno y más marxista, atrapar la victoria sin búdicas esperas, por vías revolucionarias y violentas.

Ese fatalismo marxista, que aparece expresado con la denominación pedante de "socialismo científico", es decir, seguro y riguroso, se resquebraja hoy por grietas múltiples. La demostración de la falsedad de sus asertos, de la falacia de sus esquemas, no está siendo una demostración conceptual y silogística, no la han conseguido los teóricos, ni los profesores, sino que es un producto formidable de los hechos históricos.

Se avecina, pues, y llega con premura la disolución del marxismo, porque concluye su capacidad para ilusionar y alumbrar el próximo futuro de las gentes. El proceso de la economía y de la sociedad burguesas, la culminación del capitalismo como sistema de producción, son hechos a la vista; sus contradicciones, dificultades y crisis, también lo son. Lo que no aparece como ineludible es que esas contradicciones, esas dificultades y esas crisis se resuelvan y terminen en una edificación socialista.

Algo está ahí que le ha usurpado, que le ha desplazado del campo de las victorias. Los pueblos descubren su realidad nacional, recurren a sus propios valores económicos y morales y afianzan en ellos sus energías revolucionarias.

La revolución mundial roja ha sido desplazada por una serie de revoluciones nacionales en las que han tenido y les corresponderá tener una intervención heroica gentes que procedían de aquellos sectores sociales a los que precisamente juzgaba el marxismo por completo invaliosos. Mal planteadas estaban, pues, las tesis marxistas. Había más salidas revolucionarias que las suyas. Con más capacidad de heroísmo y más empuje violento que el que desarrollaban las filas rojas. Nutriéndose, por tanto, de calidades humanas superiores a aquellas sobre que tenía sus bases la revolución socialista. Esas revoluciones nacionales, antimarxistas, hechas con aportaciones de pequeños burgueses, intelectuales patriotas y antiguos militantes desilusionados del revolucionarismo internacionalista, son las que han ganado hoy la atención del mundo. Son las revoluciones fascistas, rótulo éste al que no cabe otro sentido que el de haber sido la revolución fascista italiana la primera de ellas en el orden cronológico que tuvo efectividad y éxito. Pero que sería absurdo señalar como inspiradora, rectora y originaria de las otras revoluciones nacionales de estos tiempos. En primer lugar, porque la revolución nacional, es decir, la que de un modo sincero, hondo y entrañable hace un pueblo—y éstas son las únicas que triunfan—no puede nunca ser un plagio, una copia de la que haya hecho otro pueblo. Con estas mismas intuiciones reaccionó Italia contra el bolchevismo, cuya revolución obsesionó en 1920-21 a las masas con un intenso afán imitativo. Lo destaca y señala magníficamente Marinetti en el ensayo de 1919, que ha resucitado nuestra revista.

El proceso de la economía, los tremendos chasquidos sociales de esta época, las apetencias de las gentes, su estilo vital, todo, en fin, favorece la presencia de los revolucionarios nacionales y la derrota de los revolucionarios rojos. Pues sólo una economía nacional auténtica, es decir, viviente como un organismo completo, puede desplazar las crisis y las dificultades que se oponen hoy a la satisfacción económica de las masas. Los pueblos de economía simple, es decir, meramente industrial o agrícola, son los que sufren hoy con más rigor la crisis económica y el paro. En cambio, las economías nacionales mixtas o completas alcanzan una eficacia y una normalidad envidiables. Hay, pues, una categoría nacional, una dimensión decisiva que hace inevitable su robustecimiento.

De otra parte, las convulsiones que agitan a las masas reclaman, como nunca, un orden rígido, extraído, naturalmente, de ellas mismas: son el entusiasmo, decisión y eficacia con que se producen las conquistas revolucionarias. Y ese orden necesario y esa disciplina son inseparables de una Patria, donde se producen, y cuya existencia y servicio es la finalidad última donde ellos tienen justificación.

En cuanto al estilo vital de nuestra época, deportivo, limpio y fuerte, se enlaza de un modo notorio con la significación histórica de las estirpes nacionales. Los pueblos vuelven felizmente a ilusionarse con la posibilidad de pertenecer a una Patria que realiza en el mundo las tareas más valiosas.

Si tenemos, pues, que las economías son catastróficas, si no son economías nacionales; y que no existe un orden, una disciplina, si no son un orden y una disciplina nacionales, es decir, al servicio de una Patria, e impuestos en nombre de ella, ír por ella, y que no hay en las masas vida alegre y limpia si no se mueven y circulan en la órbita nacional, participando emocionalmente de sus peripecias por la Historia. Si todo eso es cierto en la hora actual del mundo, por lo menos en sus zonas decisivas, en los grandes pueblos, se comprenderá fácilmente la razón de la retirada marxista.

El marxismo podía ser una solución, contra el mundo viejo de los egoísmos capitalistas y de la sordidez demoliberal. Pero otra revolución más brillante, eficaz y verdadera lo desplaza. A ésta amparan y ayudan hoy las mismas divinidades que al principio decíamos presentaba el marxismo como suyas. Todo conspira hoy para el triunfo de la revolución nacional. La hora marxista pasó sin ensayarse. Esta es la realidad del mundo.

¿Y España? ¿Se concentrarán aquí como trinchera última los esquemas fracasados y se retrasará nuestra voluntad española de vivir? No contestamos ahora a esto. He pretendido sólo situar esta realidad de que el marxismo ha perdido o está a punto de perder esa capacidad asombrosa de que ha estado dotado durante los últimos treinta años para situar como ineludible la victoria socialista. Hace quince años no había razones ni cordones frente a la avalancha marxista. Sólo la fuerza pública mercenaria de los viejos Estados

demoliberales, cuyos gobernantes, en lo íntimo, veían justas y verdaderas, aunque dolorosas y temibles, las aspiraciones del socialismo.

Hoy, hay ya lo único que puede vencerle: los pueblos mismos, las masas mismas, entregando su fervor, no a la revolución marxista, sino a la revolución a la vez nacional y social. El descubrimiento fascista no es otro que éste: a la revolución marxista no se la bate ni destruye con métodos contrarrevolucionarios, sino haciendo con más perfección, amplitud y justeza la revolución misma. Ya hablaremos extensa y concretamente de España, de nuestro caso español, que es el que nos atenaza y angustia.

EL BOLCHEVISMO, REVOLUCIÓN NACIONAL RUSA

75 Pudo creerse, y pudieron también creer, naturalmente, los animadores rojos hacia 1920-21, que la llamarada soviética se disponía a ser la bandera única de la revolución universal, es decir, que toda la capacidad transmutadora de nuestro tiempo iba a polarizarse y unirse en el único objetivo mundial de instaurar la dictadura proletaria, con arreglo a los ritos, a la mecánica y a los propósitos del marxismo. Tal creencia es ya hoy un error absoluto y no tiene creyentes verdaderos ni en el mismo Comité supremo de la III Internacional. Y ello no porque resultasen falsas las características subversivas del presente momento histórico, es decir, no porque se haya abroquelado o impermeabilizado la época para toda hazaña revolucionaria, sino porque los moldes transmutadores bolcheviques no se han ajustado ni monopolizado los valores realmente eficaces de la subversión moderna.

La revolución bolchevique triunfó en Rusia no tanto como revolución propiamente marxista que como revolución nacional. El fenómeno no es nada contradictorio y tiene una explicación en extremo sencilla. En el año 1917, en plena guerra europea, culminaban bajo el cielo ruso todas esas bien conocidas monstruosidades que eran la base del régimen zarista. Una aristocracia rectora, extraña en absoluto al ser de Rusia, antinacional, que apenas hablaba ruso, sino francés, y no tenía de su papel real en la vida rusa la más mínima idea. Una alta burocracia necia, venal y de funcionamiento irritante. Y sobre todo, en 1917, la realidad cruda de la matanza guerrera, a las órdenes de Estados Mayores continuamente reñidos con la victoria, en plena y absoluta desorganización, bloqueadas y castigadas las masas por todas las furias imaginables, por el hambre, la desesperación y la impotencia. En esas condiciones, los bolcheviques eran los únicos que podían dar las consignas salvadoras de la situación, consignas que no eran otras que las de curar el dolor de cabeza cortando si era preciso la cabeza.

Había, quizá, que aniquilar completamente a Rusia para hacer posible sobre aquel suelo, y con aquellas grandes masas rusas supervivientes de campesinos, de obreros y de soldados, una sociedad nacional. Los bolcheviques eran los únicos, repito, que podían manejar sin escrúpulos una palanca aniquiladora de tal magnitud. Los únicos que podían jugar con entereza la carta que se requería, y que era nada menos la liquidación definitiva de la Rusia histórica. Su victoria y su triunfo parecen innegables. Jugaron la carta de Rusia y la ganaron. Incorporaron desde luego una cosa que en esta época no sólo no es nada despreciable, sino principalísima y fértil: un nuevo sentido social, una nueva manera de entender la ordenación económica y una concepción, asimismo nueva, del mundo y de la vida. Con esos ingredientes han forjado su victoria. Pero entendámoslo bien: esa victoria no es otra que la de haber edificado de veras una Patria. Es una victoria nacional.

LA INCAPACIDAD MILITAR DEL MARXISMO, UNA DE LAS CAUSAS DE SU FRACASO

76 En presencia de fuerzas subversivas rivales, y también como reflejo de los años bolcheviques del comunismo de guerra, se iniciaron por las organizaciones marxistas rectificaciones en su plan estratégico. Dieron paso a una cierta moral de milicia, hicieron invocaciones a la disciplina y a la necesidad de adquirir eficiencia de carácter típicamente militar. Los resultados no fueron, sin embargo, muy satisfactorios. No en balde el marxismo venía tradicionalmente dedicándose a la tarea de desprestigiar y aniquilar toda cualidad de ese linaje, toda tendencia humana a una disciplina de milicia, que llamaba despectivamente cuartelera. Y ello de un modo integral, informado por ese pacifismo humanitarista que rechaza en el hombre sus cualidades de soldado, actitud de tinte burgués absoluto. Pues se comprende que el marxismo, como toda organización de índole revolucionaria, sea antimilitarista respecto al Estado enemigo, luche por que éste no refuerce más y más su base armada, ya que su propósito es vencerle; pero cosa muy distinta de ésa es renunciar en las propias filas revolucionarias a los valores peculiares de la milicia, y hasta de la moral de guerra, renunciar a los mitos heroicos y a la ilusión creadora por la conquista y el predominio.

Se cumple así de nuevo, en el marxismo, el destino de Catilina, que pagó con la derrota su incapacidad militar, su falta de destreza para convertir las masas subversivas en ejércitos poderosos. Catilina, a quien

puede considerársele cronológicamente como el primer revolucionario de la Historia, desencadenó su acción en una coyuntura exacta de Roma, pero predominaba en él el agitador y el intelectual más que el caudillo militar, y su revolución fué vencida por esa razón única. La prueba es que, pocos años después, Julio César, con el mismo programa de Catilina, pero dotado de altísimas virtudes y calidades militares, logró el triunfo.

IV.-SENTIDO SOCIAL

"Las juventudes no pueden eludir esta cuestión ni hacer retórica nacionalista, sin abordar de frente el problema social-económico, que hace hoy de nosotros un pueblo casi colonial y esclavizado."

LO SINDICALISTA: EL PAN

77 Nosotros estamos convencidos de que sólo los Sindicatos Nacionales, es decir, los Sindicatos obreros identificados con la ruta nacional de España, por tanto, constituidos en sus propios defensores, pueden desarrollar entre las masas la atmósfera que se precisa para desplazar definitivamente a las organizaciones marxistas.

El problema de las estructuras sociales está ligado íntimamente a la existencia nacional de España y a la subsistencia nacional de los españoles. No hay posibilidad de vida económica si se carece de unos instrumentos sociales que representen y disciplinen los factores diversos que intervienen en el proceso económico. Esos instrumentos son los Sindicatos.

El Estado que en nuestro tiempo no advierta, y por tanto, no utilice a los Sindicatos como poleas imprescindibles de su acción, es un Estado ficticio, enclenque y sin vigor. España, pues, necesita orientar su vida social hacia el plano de la sindicación de todos cuantos elementos intervengan de algún modo en la producción nacional. Sindicatos Nacionales y obligatorios en todas las ramas. Eso queremos.

Los Sindicatos, como células reales de la vida social, son la mejor garantía contra el paro, la crisis y la anarquización de la vida económica.

Nosotros desarrollaremos gran actividad—toda la que nos sea posible—en la tarea de llevar a los españoles la convicción nuestra de que es preciso sustentar la vida de la Patria sobre bases sindicalistas, como paso a las grandes corporaciones reguladoras de toda la economía.

Es nuestra angustia por el vivir diario de los españoles, la preocupación por sus patrimonios, el afán de evitar la ruina de los pequeños industriales y labradores, el exterminio definitivo del hambre y de la miseria, lo que nos conduce a señalar y a insistir en la creación de Sindicatos amparadores, responsables y ligados de modo auténtico a los intereses de todo el pueblo que trabaja.

No concebimos el Estado ni la sociedad misma sin esas formidables instituciones que son los Sindicatos, así como la necesidad imperiosa de sustraer esos organismos a toda influencia internacional y todo servicio a las grandes encrucijadas revolucionarias del marxismo.

LO NACIONAL-SINDICALISTA: LA JUSTICIA

78 La existencia de España tiene que basarse en dos cultos: el culto a lo nacional, a la Patria, y el culto social, al Pueblo. Esa es la síntesis y el nervio del Nacional-sindicalismo. Sólo así haremos de España un hogar para todos los españoles y sólo así conseguiremos el orgullo de vivir en un pueblo libre y fuerte.

Lo Nacional-sindicalista conduce, pues, a sustentar la vida histórica de nuestra Patria española sobre los más firmes pilares. Hace de todos nosotros soldados activísimos de la grandeza de España, como Patria justa, como bandera noble y eficaz frente a la brutalidad y a la explotación de los pueblos extranjeros.,

Siglos y siglos de experiencia parece que no han servido todavía para que muchos se den cuenta de que la existencia nacional de España necesita de defensas permanentes, que hay que estar alertas contra la voracidad de dentaduras enemigas. España ha sido siempre un pueblo de soldados. Sus más grandes empresas, la conquista y colonización de América, por ejemplo, fueron realizadas desplegando virtudes y valores de heroísmo y esfuerzo.

Queremos el imperio de la Justicia. Pero no sólo y concretamente para los españoles, sino también, y sobre todo, para España. Hacer justicia a España y a su Historia es ponerla hoy con el esfuerzo y el sacrificio de todos los españoles a la altura de sus más grandes horas.

Todo cuanto hay que hacer debe reconocer esa meta como la primera y más alta. Para ello pedimos las demás cosas. Para ello queremos Escuelas, Sindicatos, Economía próspera, soldados, satisfacción popular, riqueza, ciencia, todo. El Nacionalsindicalismo es, por eso, repetimos, la bandera más amplia, profunda y justísima que cabe hoy ofrecer a los españoles. No quedan ni quedarán fuera de ella sino los descastados, los egoístas y los traidores. Los que no necesitan Patria, los que piden justicia para ellos solos, los que han nacido bajo el signo de la traición y de la vileza.

Nosotros convocamos a todo cuanto hay en la Patria de limpio, esforzado, generoso y noble. Nosotros convocamos, en definitiva, a todo el pueblo español para decirle: Nutre las filas nacional-sindicalistas, organízate bajo sus banderas para la conquista de la cultura y del bienestar y para la lucha contra la barbarie, la ruina y la miseria.

Nosotros ofrecemos con las yugadas flechas de las J. O. N. S., el camino de la Patria, el Pan y la Justicia.

EL IDEAL DEL ENRIQUECIMIENTO PROGRESIVO

79 Siempre ha habido en la Historia gentes dedicadas a aumentar lo más posible sus riquezas; pero es lo cierto que la experiencia había enseñado a los más que sólo en un número de ocasiones relativamente pequeño era posible hacerse rico. Por eso acontecía hasta fines del siglo xvm que la mayor parte de los hombres vivían libres de una especial tendencia a enriquecerse, derivando su capacidad a tareas que les proporcionaban un tipo de satisfacciones distinta a esa de ir acumulaado y concentrando capital. Ocurría, además, naturalmente, que estaban, por decirlo así, cegadas, poco a la vista, las posibilidades de hacer riqueza. Era cosa reducida eso que hoy llamamos "los negocios".

EL MAQUINISMO

80 La aparición del maquinismo tuvo como primera consecuencia cambiar absolutamente el panorama. Los hombres dispusieron de medios numerosos de enriquecerse con rapidez. La cosa era bieni sencilla. Se había realizado el hallazgo de unos seres, las máquinas, que producían cosas solicitadísimas por las gentes, en condiciones de costo tentadoras.

Al descubrimiento de los medios mecánicos de producir mercancías sucedió el descubrimiento de os medios de transportarlas a todas partes, haciéndolas llegar a los centros de consumo con toda comodidad y en el mínimum de tiempo. El resultado económico era espléndido. Todos podían orientarse en pos del dorado industrial y comercial, recién aparecido.

EL CAPITAL FINANCIERO

81 Los grandes beneficios obtenidos por los industriales pasaron a ser utilizados, en forma de capital financiero, por las nuevas empresas a que obligaba el desarrollo de la producción, la amplificación de las antiguas y la adquisición del utillaje necesario, cada día más costoso. El capital financiero disponible resultaba insuficiente, y entonces se incrementaron las grandes sociedades anónimas, las instituciones bancarias, que recogían los ahorros y las disponibilidades financieras procedentes de las numerosísimas fortunas privadas, tanto de las hechas y surgidas en el proceso mismo de la industrialización, como de las antiguas fortunas estáticas, vinculadas a la tierra.

CONTRADICCIÓN DEL RÉGIMEN CAPITALISTA

82 Un régimen económico así, de producción indefinida, y a base de ir aprisionando con el grillete maquinístico cada día más las condiciones financieras y humanas en que la producción se efectúa, encierra contradicciones tremendas. Pues en el momento en que apareciese, para una gran industria, el más leve indicio de crisis, un descenso obligado en la producción, se encontraría con que habiendo preparado sus condiciones para lo contrario, es decir, para incrementar más aún su rendimiento, una disminución echaría por tierra sus propias bases de existencia. La gran, industria resulta así que no es libre para regular la producción.

LA RED PARÁSITA

83 La red parasitaria que rodea el sistema entero de la producción y de la distribución alcanza proporciones enormes. No es ya el industrial, el empresario, quien figura en ella de un modo único, ni principal siquiera. Pues la intervención del capital financiero, la presencia de accionistas innumerables en las sociedades anónimas, la especulación en torno a los títulos industriales, los Bancos comerciales intermediarios, etc., etc., constituyen una serie de factores que pesan» e influyen perniciosamente en la economía actual supercapitalista.

EL PARO FORZOSO

84 No consideramos lógico ni justo lanzar condenación alguna a la industrialización propiamente dicha, ni menos a los avances técnicos del maquinismo. Pertenecen a un signo de valores humanos de magnitud grandiosa, y sólo el hecho de haber sido puestos al servicio de un concepto, desviado y erróneo, de la producción, les da un aparente carácter perturbador y nocivo.

El paro forzoso que hoy advertimos no es ni coincide con el de las capas humanas más ineptas e invaliosas, Entre todos esos millones de hombres parados los hay, sin duda, de gran preparación profesional y buenos técnicos en sus respectivas ramas industriales. Y más aún, no se trata sólo de asalariados, de proletarios. El paro amenaza hoy asimismo a zonas inmensas, pertenecientes a las clases medias, y se agudiza cada día con caracteres más graves en las juventudes. La mentalidad del hombre parado, o en peligro de estarlo un día cercano, es de un signo trágico muy singular, y quizá se amasa hoy en ella uno de los factores que más van a influir en los resultados subversivos de esta época.

EL HOMBRE RECUPERA SU SENTIDO "SOCIAL"

85 En el fondo de la actividad individualista, y que informa el proceso descrito del régimen capitalista, hay, a la par que una sobreestimación consciente del valor individual, una subestimación subconsciente del mismo. El hombre se sabe en cierto modo desamparado, desligado de conexiones seguras, y como si dijésemos, a la intemperie. Así el ideal de enriquecimiento progresivo vendría a ser una tendencia del hombre a forjar, mediante la riqueza, una especie de protección, que custituyese las "conexiones sociales" que, antes de la etapa individualista, existían de una manera evidente. (Conexiones basadas en la fe común, en el gremio común, en la unidad de cultura, en la profesión misma uniforme, la milicia, etc., etc.)

Comienza hoy, pues, a verse claro que la "dimensión individual" del hombre se ciñe casi exclusivamente a valores de índole económica, y que su cultivo histórico, a la vez que inauguró la era capitalista, nos ha conducido a la hora actual del mundo, a las grandes crisis, a la zozobra misma económica de las fortunas privadas, y sobre todo, a multitudes enormes en la situación más crítica que, desde el punto de vista social y económico, puede concebirse: la de parados, la de residuos, sin tener absolutamente nada, ni posibilidad alguna de ganar nada.

El hombre se ha encontrado, pues, con que las seguridades, las protecciones que buscaba y que algún día creyó de veras firmes, se le escapan de la mano. Penetra así en una disposición de ánimo que le conduce necesariamente a descubrir y aceptar las perspectivas de "lo social". Quizá sean de este orden las causas que explican la vigencia mundial de formas de vida, instituciones y modalidades en las que hoy predominan, sobre cualesquiera otras, las ideas de solidaridad y de destino común. El hombre abandona, pues, su tendencia a descansar exclusivamente en categorías individualistas, y busca y apetece entrar con "los demás" en un orden de realizaciones más firmes y seguras.

Este fenómeno, de valoración cada día más intensa de "lo social", aparece hoy en todas las manifestaciones que poseen el cuño típico de la época. El mismo explica, por ejemplo, el reencuentro de las grandes masas populares con la idea de Patria, encontrando y percibiendo en ella, tanto su carácter de refugio como de instrumento y resorte, con el cual, y a través del cual, es sólo posible la propia vida. Explica asimismo el hecho de las economías privadas numerosas, de signo modesto (salarios, sueldos, pequeños negocios de distribución), con pleno sentido de la imposibilidad de enriquecimiento propiamente dicho, y disponiendo a la vez sus individuos de un equilibrio, moral y material, ajeno en absoluto a toda actitud socialmente resentida. Explica también la uniformidad de las masas, que luego estudiaremos; el redescubrimiento de una moral de milicia y el sentido mismo de las subversiones juveniles que vienen operándose.

LA REALIDAD DEL PUEBLO ESPAÑOL

86 Creemos con firmeza que el pueblo español, la sociedad española, no ofrece hoy sector alguno al que adscribir de un modo exclusivo toda la responsabilidad. No hay aquí ni una gran burguesía enteramente explotadora ni grandes organizaciones obreras enteramente desnacionalizadas. Quien se acerque a la realidad de la Patria con morbosas imágenes de otros países, y trate de aplicar aquí formulillas y tácticas asimismo morbosas, está, desde luego, fuera de todo servicio a la revolución nacional española. Tenemos, por el contrario, que penetrar en la angustia íntima y profunda del pueblo español, de todo el pueblo, y percibir en todas las clases y escalas su pigmentación de grupos al margen de su plenitud histórica, necesitados en algunos aspectos casi por igual de liberación y auxilio. Esa posición de la revolución nacional, que excluye toda

lucha "apriorística" y a fondo contra clases y valores genéricos, y que proyecta toda su violencia contra quienes se encuentren fuera de su implacable servicio a los destinos históricos de la Patria, estén donde estén los transgresores y sean quienes sean, es la posición verdadera de amor al pueblo español como tal, la auténtica bandera liberadora y potenciadora del espíritu de nuestro pueblo.

EL CONCURSO DE LOS TRABAJADORES LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA

87 Es evidente que una de las finalidades de la revolución nacional es y tiene que ser la nacionalización de los trabajadores, es decir, su incorporación a la empresa histórica que España representa. Mientras más amplia y vigorosa sea la sustentación del Estado nacional, más firmeza y eficacia habrá en su norte histórico.

Si las juventudes angustiadas y sensibles a las desgracias de España emprenden una acción enérgica en pro de su fortaleza y liberación, tienen que buscar con más insistencia que otros los apoyos y colaboraciones de una parte—lo más amplia que puedan—de la clase obrera, de los asalariados, de los pequeños agricultores y, en fin, de esa masa general de españoles en constante y difícil lucha con la vida.

Precisamente es la revolución nacional la única bandera donde pueden confluir, y considerar como suya, las gentes de España más varias, en busca, tanto de su peculiar problema, como de ese otro gran problema de España, cuya solución comprende todos los demás.

La incorporación de los trabajadores a la causa nacional de España proporcionaría a ésta perspectivas históricas enormes. No sólo no se puede prescindir de ellos, sino que es necesario a toda costa extraer de la clase obrera, luchadores revolucionarios y patriotas. Sería tan lamentable que la revolución nacional no lograse esos concursos, que la invalidaría casi por completo.

Todas las empresas que son hoy precisas en España para conseguir su elevación histórica y su victoria nacional coinciden casi por entero con los intereses de la masa española laboriosa. Nadie como ella puede hoy levantar en alto una bandera de liberación histórica, y nadie necesita como ella, con más urgencia, unir sus destinos a los de la Patria. En las luchas contra el imperialismo económico extranjero, por la industrialización nacional, por la justicia en los campos, contra el parasitismo de los grandes rentistas, etc., la posición que conviene a los trabajadores es la posición misma del interés nacional.

La estrategia de la revolución nacional respecto a las organizaciones obreras ofrece dificultades enormes, que sólo pueden ser vencidas a fuerza de honradez, decisión y sentido profundo de los intereses españoles verdaderos. Por una serie de razones —clases medias poco vigorosas, deficiente atmósfera patriótica en el país, gran confusionismo en torno a la causa nacional—, en España se necesita de un modo extraordinario el concurso de los trabajadores, y las juventudes nacionales se verán obligadas, con más intensidad que en otros pueblos, a dar a su revolución un signo social fuerte, todo lo avanzado que requiera el cumplimiento de esa consigna de incorporación proletaria. ¡Ah! Pero también a ser implacables, severas, con los núcleos traidoramente descarriados que se afanen en dar su sangre por toda esa red de utopías proletarias y por toda esa red de espionaje moscovita que se interpone ante la conciencia española de las masas y nubla su fidelidad nacional.

No supone ningún imposible que las juventudes consigan atraer para la causa nacional que ellas representan grandes contingentes de trabajadores. Estos percibirán con más rapidez y entusiasmo que otros la causa de la juventud. Pues se trata de gentes más fácilmente dispuestas a aceptar banderas nuevas, sin que pesen sobre ellas excesivas presiones de ideas heredadas y de familia, como por el contrario ocurre en la mayoría de las otras clases, para quienes la causa de España viene ya de antiguo ligada a rutas tradicionales y muertas.

EL CAPITALISMO ESPAÑOL

88 España posee un capitalismo rudimentario —traidoramente rapaz— que rehuye todo riesgo y vive en absoluto al margen de toda idea de servicio a la economía nacional española. Nuestra economía no es libre, es decir, está impedida de adoptar las formas y de seguir las rutas que más convienen a su propio avance y al bienestar general de todo el pueblo. Tanto la explotación industrial como la minera y la agrícola, tienden menos a vigorizar nuestra realidad económica que a servir las deficiencias y huecos de las economías extranjeras, principalmente la de Inglaterra. Desde hace medio siglo o más, es decir, durante el período en que ha tenido lugar la expansión económica imperialista, España no ha sido libre de orientar su economía, y se ha visto obligada a servir las conveniencias de otros pueblos. El trabajador español, el campesino, el industrial, todo el pueblo, en fin, han laborado en condiciones pésimas y han sufrido las consecuencias de la falta de libertad de España.

Una minoría de españoles, agazapada en la gran propiedad territorial, en los Bancos y en los negocios industriales que se realizan con el amparo directo del Estado, ha obtenido grandes provechos, explotando la debilidad nacional y enriqueciéndose a costa de las anomalías y deficiencias sobre que está asentada nuestra organización económica entera. Gentes, pues, para las que el atraso mismo del país es un medio magnífico de lucro.

No hay apenas grande ni pequeña industria. Nuestros campesinos, nuestra gran masa de labradores, sobre todo desde que se inició hace quince o veinte años en las zonas rurales una fuerte demanda de mercancías de origen industrial, han sido explotados vilmente, usurpándoles el producto de sus cosechas a cambio de productos supervalorizados, que ha hecho imposible en los campos todo proceso fecundo de capitalización.

Tenemos, pues, delante dos urgencias que sólo pueden ser logradas y obtenidas por medio de la revolución nacional: liberar la economía española del yugo extranjero, ordenándola con vistas exclusivas a su propio interés, y otra, desarticular el actual sistema económico y financiero, que funciona de hecho en beneficio de quienes se han adaptado y hasta acogido con fruición a nuestra debilidad.

Y, naturalmente, sólo una España vigorosa, enérgica y libre puede disponerse en serio a la realización de tales propósitos. Los poderes económicos extranjeros—principalmente franceses e ingleses—, que dirigen hoy toda nuestra producción y todo nuestro comercio exterior, impondrán siempre en otro caso su ley y su voracidad a una España fraccionada, dividida y débil.

TAREA DEL ESTADO EN LA ECONOMÍA NACIONAL

89 El capitalismo español no tiene fuerza suficiente para revolverse contra las anomalías sobre que se asienta la economía nacional, y no emprende otros negocios ni otras empresas que aquellas para las que se asegura previamente el auxilio del Estado. Eso no es otra cosa que incapacidad, y eso indica que no es posible subordinar a su ritmo el desenvolvimiento económico del pueblo español. ¿Y cómo va a tener aquél incluso ni voluntad de rectificación, si él mismo, como hemos dicho, se beneficia y aprovecha del marasmo y de la servidumbre económica de España?

En España hay una necesidad insoslayable, y es la de traspasar al Estado la responsabilidad y la tarea histórica de ser él mismo quien, sustituyendo al capital privado o valiéndose de éste como auxiliar obligatorio a su servicio, incremente la industrialización con arreglo a la naturaleza de nuestra economía. Ello supondría dos formidables ventajas: una, realizar de un modo efectivo los avances económicos que corresponden lícitamente a España, teniendo en cuenta las características de sus materias primas, su comercio internacional y su propio mercado interior; otra, efectuarlo en beneficio único y exclusivo de todos los españoles, sin que las oligarquías financieras fuercen o deformen esos propósitos de acuerdo con sus intereses privados.

Es así, y únicamente así, como España dispondría de una economía robusta, es decir, sus ferrocarriles no serían ruinosos, ni carecería de industria pesada, ni desaprovecharía su riqueza hidroeléctrica, ni haría el vergonzoso negocio de exportar mineral de hierro para luego importarlo en forma de acero o maquinaria cara, ni habría paro forzoso, ni estaría un día más en la situación de ser una nación marítima sin flota, ni, por último, siendo la avanzada europea hacia América, hacia un Continente que habla nuestro idioma y tiene una economía agraria, se limitaría a un bello intercambio lírico con él, sino que anudaría relaciones comerciales y económicas de gran volumen. Todo eso sin recordar siquiera a África, ese otro Continente al alcance de nuestro brazo, y que está llamado a ser más cada día uno de los mayores objetivos mundiales.

Presentar ese panorama a un Estado y a un régimen como el que hoy tenemos los españoles es, en efecto, un absurdo. Tienen razón quienes dicen que el Estado es un mal gestor y un administrador deficiente. Pero hay que añadir que estos juicios se refieren de lleno al Estado demoburgués, efectivamente ineficaz y absurdo, pero no a las instituciones emanadas de la revolución nacional, no a un Poder político surgido de las luchas que la nación misma realice en pos de su liberación y de su grandeza histórica.

Ese Poder político sí puede hacerlo con absoluta eficacia y con absoluta probidad. Realmente no tiene para ello sino que proyectarse sobre los actuales sectores donde se manifiesta y radica la zona paralítica e inepta de nuestra economía: la gran industria, los transportes, la banca y el comercio exterior. Si el Estado nacional controlase de un modo directo, nacionalizándolas, esas grandes funciones, el incremento rápido y prodigioso de la economía española, y por tanto también de las economías privadas y de la clase trabajadora entera, sería una realidad inmediata.

No se trata de expoliación ni de expropiación en el sentido social marxista. En primer lugar, porque no se trata tanto de incautarse de una riqueza existente como de crear riqueza nueva, y en segundo, porque ello vigorizaría extraordinariamente las posiciones, hoy tan extenuadas y raquíticas, de la pequeña industria, del

comercio interior y de la propiedad campesina, incrustándolas en un orden económico de gran consumo y movilidad.

Sin vacilación alguna, pues, camaradas, debe enlazarse el problema de la revolución nacional con el de la adopción franca y audaz por el Estado de un papel rector y preponderante en las tareas eco-, nómicas mencionadas.

España juega su independencia y su futuro a la posibilidad de realizar con audacia y sin vacilaciones un plan económico a base de esas perspectivas; si queréis, a base de se capitalismo de Estado. De otro modo, seguirá viviendo de milagro, a expensas de enemigos, con su población diezmada y constituyendo una triste posibilidad fallida, una verdadera desgracia histórica.

V.-INCREMENTO DEMOGRÁFICO Y FORTALEZA MILITAR

90 Sólo puede comenzarse a pensar seriamente en la grandeza de España, y sólo esta grandeza es en efecto posible, cuando su población se haya por lo menos duplicado. Cuarenta millones de españoles habitando nuestra Península constituyen una garantía excelente de gran futuro económico y político, es decir, mundial. Pues se supone que esos cuarenta millones dispondrían, claro es, de alimento, vestido y habitación. Es decir, tendrían algo que hacer en su Patria, pues, de otro modo, es seguro que no habrían nacido.

Las leyes demográficas tienen también su inexorabilidad. Una población extenuada y sin horizontes difícilmente se reproduce con gran ritmo. España tiene un índice de población reducidísimo —45 habitantes por kilómetro—, y a pesar de ello, a pesar de que no llega a la mitad de los habitantes que le corresponderían, aun sin sobrepoblarse. puede decirse que la mayor parte de los españoles vive en permanente escasez. Y además, setecientos mil de ellos están parados.

La anomalía es de las que harían asombrarse hasta a las piedras. Y, sin embargo, la coyuntura histórica en que nos encontramos hoy los españoles no nos permite que nos dediquemos tan sólo a idear un medio práctico para que vivan con cierto bienestar los veintitrés millones que ahora somos.

Semejante actitud no tiene nada de paradójica, Está íntimamente ligada a los afanes de que España disponga de una industria. El mundo ha conocido una etapa rápida de incremento en la población, y fué a raíz de iniciarse el proceso histórico de la mecanización industrial [6]. Sólo una España económicamente fuerte puede alcanzar los cuarenta millones de habitantes que precisa. Esta cifra de españoles haría de nuestra Península lo que hasta ahora no ha sido, y evitaría, entre otras cosas, que nuestra situación marítima excelente no sirva apenas de nada; haría de España un centro de gran consumo, lo que permitiría que fuese además un país comerciante. Nuestros puertos y nuestras costas tienen hoy un debilísimo *hinterland*. Ahí radica su palidez y su pobreza, y a la postre el descontento de la periferia nacional.

Cuarenta millones de españoles vivirían mejor que los veintitrés millones actuales.

Pero hay más, y es que el factor humano resulta imprescindible como ingrediente del poderío y de la fuerza de la Patria.

El más ciego percibe hoy que es cuestión decisiva, de vida o muerte para España, aumentar su fuerza. Las grandes potencias vecinas ejercen, como hemos dicho, sobre nuestro país una tiranía económica. Además, sólo respetarán incluso ese statu quo que les beneficia, mientras no vean ni perciban otro medio más eficaz de explotarnos. Pues ese día apretarían más las clavijas sobre nuestro pueblo.

Yo no conozco, camaradas, otro medio eficaz de lograr que España sea fuerte sino el de que disponga de un ejército poderoso. La política militar española, desde hace muchísimos años, parece haber sido hecha con el decidido propósito de que España no posea fuerza militar alguna. Claro que un ejército verdadero, un poder militar eficiente, es imposible como empresa aislada. En la España de los últimos cincuenta años, sin industria, sin habitantes, sin unidad y sin doctrina nacional ni internacional, un ejército auténtico, equipado y numeroso, hubiera sido un absurdo.

Pero en la España de nuestros días, a la luz de las juventudes y de las ansias históricas de liberación nacional, una milicia robusta, un magno ejército, es y constituye una primordial necesidad. Ahora bien; ese ejército y esa milicia no pueden ser concebidos sino como producto popular y como proyección armada del espíritu popular nacionalizado. No como un ejército de pura técnica, al margen del ritmo y de las angustias diarias de la Patria, testigo vegetal y mudo.

La prevención contra el espíritu militar, la tendencia a subestimar y destruir sus características, es uno de los mayores peligros para la fortaleza de un pueblo. Los países antimilitaristas, es decir, aquellos que no comprenden ni aman las cualidades de la milicia, son los primeros que caen luego con más facilidad que otros bajo la tiranía de su propio ejército, que, como surgido y forjado de una atmósfera inclemente para su misma lozanía, es o suele ser en tales casos un ejército de virtudes inferiores.

En fuerte encala ha padecido España esa enfermedad antimilitarista, esa actitud de renuncia a todo cuanto supusiese heroísmo colectivo, disciplina interior y posibles luchas. Las nuevas juventudes tendrán que aventar con su sola presencia esos gérmenes, y superar con brío esa verdadera lacra de la opinión española que últimamente ha imperado.

Pues España presenta, como uno de los ingredientes de su genio verdadero, una gran capacidad física y psicológica para la milicia. Ha sido en sus mejores días un pueblo de soldados, a prueba de todas las calidades de intrepidez y de cálculo que la vida militar requiere de un modo imperioso.

---

[6] Véanse unas cifras reveladoras: desde el siglo XIII al siglo XVIII, es decir, durante quinientos años, aumentó la población de Europa en un 10 por 100. Durante el último siglo, en cambio, ha pasado de 185 millones a más de 500; este aumento supone casi un 200 por 100.

Sustraer a los españoles su destino militar, impedir que España manifieste y entregue a la milicia su cupo de soldados naturales, equivale en rigor a podar una dé sus mejores ramas. Siempre ha habido en España, repetimos, erupciones, síntomas de su pugna con esa amputación. Aun en sus peores días del siglo xix, respiraban los españoles por esa limitación a su naturaleza, y en ocasiones repetidas, entre ellas una que supera a todas en grandeza histórica—la Guerra de la Independencia—, dio salida de modo espontáneo, heroico y sencillo, al hervor guerrero, como correspondía a un pueblo de fuertes tradiciones militares.

Pero hay más, y es que nuestra época produce y crea, con más profusión que otras, un tipo de gentes que cuenta entre sus apetencias más íntimas, y entre sus mejores y casi únicas cualidades, las que corresponden a la dedicación militar, a la vida del soldado. Y también, que cada día es más difícil la vida social fuera de una convivencia estrecha y rígida, fuera de una cohesión disciplinada y de una uniformidad. Hechos que denuncian y señalan la tendencia actual a un estado de espíritu profundamente dispuesto a comprender la razón íntima del soldado, del milite.

Pero claro que al defender y postular un renacimiento de nuestro espíritu militar, lo hacemos, entre otras cosas, para liberarnos del militarismo deficiente y mediocre. La milicia, como la poesía, sólo es valiosa cuando alcanza cualidades altas. Si no, es por completo detestable e insufrible.

España cuenta hoy como una de sus más urgentes necesidades, la de entrar en un proceso de militarización. Por obediencia, en parte, a su propio genio. Por razones también de eficacia en cuanto al impulso histórico, ya que sólo puede emprender con éxito su revolución nacional, económica y política, adoptando formas en ciertos aspectos militarizadas. Y por último, y sobre todo, por razones de fortaleza, de vigorización ante el exterior, por razones que afectan a su libertad y a su independencia.

Una España de cuarenta millones de habitantes, la única que importa, tendría naturalmente industria pesada, flota mercante numerosa, agricultura robusta, y le sobrarían medios para equipar un ejército que mantuviese nuestros derechos contra las acometidas enemigas del exterior. Pues nadie olvide un solo momento que España encontraría enormes dificultades, enormes trabas, para ascender en su poderío económico y político (mundial), y que ello no ha de acontecer sin que tengan que ser vencidas resistencias de los países *beati possidenti*, que tienen hoy en sus garras al mundo entero. Aun así, nuestra fortaleza militar sería siempre un aparato defensivo, porque realmente serviría tan sólo para defender el derecho de España a ser un pueblo libre, rico y próspero. Para conseguir lo cual, no necesita atacar a nadie, ni lanzar sus eiércitos contra nadie, sino exigir que nadie desde fuera la mediatice y tenga reducida a la eterna situación de pueblo vencido, aplastado por la voracidad de una Europa enemiga.

VI-LOS CAMINOS DE LA VIGORIZACIÓN INTERNACIONAL

91 Nuestra Patria española ocupa una situación internacional harto clara. Todos los juicios que se hagan sobre ella pueden ser exactos menos uno: el de que sea confusa y de explicación difícil.

El caso de España es el de un país que después de una gran derrota no ha podido aún rehacerse y recobrar de hecho su libertad internacional. Un país al que le han garantizado la vida sus enemigos, a costa, sin embargo, de que siga caído, pobre y débil.

Es notorio que España posee y ha poseído en cualquier momento energías espirituales y materiales suficientes para rehacerse como gran potencia mundial. Sería erróneo pensar que los motivos de que no lo haya hecho así son de índole interna, imputables a sí misma, cayendo en un absurdo misticismo autoderrotista, en un complejo de inferioridad. No. Todo lo que acontece en la Historia obedece a causas que pueden ser siempre perfectamente localizadas y denunciadas.

Si España, después de su primer traspiés (1648), ha permanecido en una línea deseensional, sin recobrarse como gran potencia, es porque alguien lo ha impedido.

No es que yo crea que la política internacional deba estar exclusivamente guiada y orientada por resentimientos seculares. No. Pues, como toda política, tiene que obedecer ante todo a razones actuales, contemporáneas. Pero todos los españoles deben conocer una terrible verdad histórica, y es que Inglaterra, con la mayor frialdad, con el más glacial gesto, ha ido día a día desarticulando primero nuestro Imperio y poniéndonos después la tenaza de la estrechez nacional, la obligación de permanecer estacionados y anclados. En esa tarea, y con su eficacia de país cercano, vecino, con su precaución de potencia ya bien sobrecargada de rivales, ha hecho Francia dúo con Inglaterra, y en realidad, sin duda posible, esos dos pueblos han sido de un modo directo los causantes de la postergación secular española.

España ha sido combatida, cercada, del modo más artero. Hábilmente, sus adversarios han procurado siempre no hacerse en exceso visibles, es decir, han evitado proyectar sobre los españoles una continua zozobra y peligro. Si se exceptúa la incursión napoleónica—puro error y pura novatada del Imperio bonapartista—, España no ha sentido nunca después el peligro inmediato, angustioso, posible, de ser invadida. Así, pues, con excepción precisamente de la Guerra de la Independencia, lección por otra parte no olvidada por Europa, España ha podido asistir sin pestañear a los mayores vendavales exteriores, como insensible a ellos.

España ha facilitado a sus enemigos mil maneras de uncirnos a su carro. Primero, con su carencia de rumbos audaces en las líneas interiores de su política. Después, con la agudización del malestar periférico, con el problema de las autonomías. Y, sobre todo, con su inercia económica, con el hecho de que nos hayamos resignado a entrar en la órbita de las conveniencias franco-inglesas, adaptándonos al hueco que nos asignaban esos imperialismos.

De todos modos, la debilidad internacional de España, su resignación dramática, emanaba de hecho de su política interior. Pues ocurre que no ha resistido lo más mínimo, que no ha dificultado el desarrollo de la maquinación exterior, ni siquiera obligando a ésta a una intervención o actuación más descarada. Todos los afanes de nuestros vecinos —e Inglaterra es nuestro vecino por tres puntos: Portugal, Gibraltar y el Océano— consistían en que por ningún concepto alcanzase España categoría y valor de gran potencia.

España no ha dispuesto desde hace un siglo de una situación política interior suficientemente vigorosa para hacer saltar esa tenaza. (El artículo de la Constitución de 1931, declarando que España renuncia a la guerra, es la culminación de la servidumbre y supone una verdadera oferta a la piratería internacional.

¿Qué rutas internacionales seguiría hoy una revolución nacional triunfadora? Cabe pensar que si se produjese en España un hecho con fecundidad suficiente para sacudir su limitación secular, para levantar en alto la voluntad histórica de los españoles, sería inmediatamente dificultado, saboteado por nuestros vecinos.

Las posibilidades internacionales que tiene hoy España son sumamente estrechas. Entre otras muchas cosas que le están vedadas—a causa, no se olvide, del sistema político-social ¿vigente—figura esa de no poder tener una política internacional. Pues ante las situaciones molestas no caben sino dos actitudes: aceptarlas o romperlas.

El problema está hoy dentro, y lo está de un modo como quizá no lo haya estado nunca. Porque desde hace muchos años no ha tenido España una ocasión análoga a la que hoy tiene para intentar de veras la cancelación definitiva de su terrible pleito.

Pero si aconteciese la victoria interior, si España venciese su actual crisis interna del lado favorable a su recobración nacional, entonces las perspectivas internacionales resultarían infinitas. Se atrevería a todo y podría atreverse a todo. A recuperar Gibraltar. A unir en un solo destino a la Península entera, unificados (ahí sí que cabe que se ingenien los partidarios de estatutos, federaciones y autonomías) con el gran pueblo

portugués. A trazar una línea amplísima de expansión africana (todo el norte de este Continente, desde el Atlántico a Túnez, tiene enterradas muchas ilusiones y mucha sangre española). A realizar una aproximación política, económica y cultural con todo el gran bloque hispano de nuestra América. A suponer para Europa misma la posibilidad de un orden continental firme y justo.

No parece que todo eso sea posible realizarlo del brazo de nuestros tradicionales benefactores. Tampoco si las actuales potencias europeas conservan su poderío. Pero no parece ilusorio que las cosas cambian, porque esa conservación les es cada día más difícil v se encuentran algunas de ellas en plena línea histórica de descomposición.

España tendrá que esperar, repetimos, a poseer una política internacional todavía algún tiempo. Mientras tanto, puede tener una sola: la de no encallar gravemente en el piélago de Europa y la de no acompañar a la catástrofe a potencias de destino muy dudoso.

Sólo existe hoy en Europa una política cuyo futuro difícilmente chocará con el nuestro. Es la política de Alemania, cuyos pasos internacionales convienen mucho a España tenerlos presentes, por si a lo mejor descubrimos una serie de fecundas interferencias.

Pero con toda cautela, porque nuestra España tiene que evitar que se entrecruce con su ruta ascensional cualquier compromiso que la detenga y paralice.

VII.-PRESENCIA Y DESTINO DE LAS JUVENTUDES

"Parece, cantaradas, que todos los presagios coinciden hoy en señalar firmemente con el dedo a las actuales juventudes españolas como las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone.

"Yo lo creo también sin vacilar, y así, os lo digo a vosotros con la emoción del camarada, el optimismo del soldado y la esperanza propia de todo español auténtico y verdadero"

¡ESPAÑOLES JÓVENES: EN PIE DE GUERRA!

92 Para salvar el destino y los intereses hispánicos, "La Conquista del Estado" va a movilizar juventudes. Buscamos equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra ; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha.

Volvamos a la autenticidad hispana, a los imperativos hispanos.

A un lado, el español nuevo con la responsabilidad nueva. A otro, el español viejo con la vieja responsabilidad de sus plañidos y sus lágrimas.

(21-III-1931.)

DE LA CARTA AL COMANDANTE FRANCO

93 Ahora veremos la autenticidad revolucionaria de las juventudes. Nosotros no tenemos fe sino en núcleos pequeños y audaces, que, eso sí, prestarán todo su empuje al movimiento. Y nuestras falanges de combate, creadas con dificultad en dos meses debatiéndonos contra las columnas del vil señoritismo de izquierdas, están ahí dispuestas a entrar en fuego para defender el hervor revolucionario.

La República llegó sin lucha. Eso, que se proclama por ahí como la máxima virtud de la ciudadanía, ha dejado inéditos, por fortuna, los episodios revolucionarios que ahora deben iniciarse.

No hay que desaprovechar la gran suerte de que coincidan nuestros años jóvenes con la necesidad revolucionaria de la Patria. Las juventudes fieles al movimiento tienen que reconocer los supremos imperativos de nuestro pueblo. Otra cosa supondría una deserción cobarde. ¡Paso a los jóvenes quiere decir paso al combate, al heroísmo y al sacrificio de guerra!

¿No es así, comandante Franco?

(9-V-31.)

DEL DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE ESPAÑA

94 Parece, camaradas, que todos los presagios coinciden hoy en señalar firmemente con el dedo a las actuales juventudes españolas como las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone.

Yo lo creo también sin vacilar, y así os lo digo a vosotros con la emoción del camarada, el optimismo del soldado y la esperanza propia de todo español auténtico y verdadero. Este discurso intentará, pues, examinar de cerca el bagaje de las juventudes, mostrarle su presente, la realidad sobre la que hoy se encuentran acampadas, y, por último, configurarle el triunfal destino a que deben aspirar sus luchas.

(Mayo de 1935.)

EL PROBLEMA EXACTO DE LAS JUVENTUDES

95 Ante ese panorama que hay a la vista, difícilmente encontrarán las juventudes un clavo donde asirse. Están solas, y eso, lejos de constituir para ellas un motivo de desazón y desánimo, va quizá a proporcionarles la gran coyuntura que España necesita. La deserción es imposible, porque iría ligada a una catástrofe histórica, cuya primera consecuencia equivaldría a la desaparición de España y al envilecimiento y esclavización de los españoles.

El pueblo español se encuentra ante un tope, en presencia de una línea divisoria. Desconocerlo equivale a engañarse y a desertar de la única consigna hoy posible, la de derruir ese tope y atravesar esa línea con las pisadas más fuertes.

Pues ocurre que en España hay fuerzas y energías suficientes para salir victoriosos de la prueba histórica y para romper en mil pedazos todo el largo tren de la impedimenta cancerosa. Esas fuerzas y esas energías sólo pueden ser de veras eficaces si la revolución nacional las incluye en su estrategia, dando satisfacción a sus clamores más justos.

El problema exacto de las juventudes españolas en este momento es ni más ni menos el de que alcancen una plena conciencia de su misión histórica. Tienen además que saber que si ésta no es realizada ni cumplida, España perece, y los españoles quedarán espiritual y económicamente decapitados.

JUVENTUD Y DIMENSIÓN NACIONAL

96 ¿Qué tiene de un modo verdadero el joven español en su mochila? Tiene en primer lugar su juventud, es decir, una vida proyectada en el mañana, en el futuro. Y tiene también, posee también, una dimensión nacional, el hecho profundo, decisivo y formidable de haber nacido español, de ser español. Esta última cosa encierra y comprende su cualidad humana, la que lo define y presenta incluso como ser humano. Pues somos hombres cabales y plenos en tanto seamos cabales y plenos españoles, no viceversa.

No tiene más: no tiene riqueza, no tiene sabiduría, ni poder, ni destino individual ya alcanzado, ni doctrina alguna política a que servir; en fin, nada sino aquellos dos valores ya dichos. Esto le acontece porque hace su presencia en una coyuntura tal de España que las actuales energías rectoras, tanto en el orden político como en el social y económico, se encuentran atravesando una hora de impotencia, contradicción y crisis.

Ahora bien; resulta que las juventudes no sólo carecen hoy de toda posibilidad normal de desarrollo, sino que tienen delante el peligro mismo de que su propio y peculiar bagaje, aquel que ellas incorporan y traen, sea también torpedeado y hundido. Es decir, que su juventud y su dimensión esencial, fundamental, la de ser españoles, se quiebre y se pierda de un modo irremediable. Si a estas alturas, si en estos momentos, España vacilase como nación independiente y libre, las juventudes quedarían amputadas, taradas, convertidas sin remedio en puros despojos.

El hecho de encontrarnos haciendo cara a las etapas finales de un larguísimo y secular proceso de descomposición nos coloca tanto al borde del abismo como al borde del Imperio. Pero España debe y puede salvarse, siendo cada día más evidente qué las juventudes constituyen su posibilidad única de salvación.

Reconocido que el pasado más inmediato y cercano de la Patria no ofrece asidero alguno firme a las juventudes, y que el pasado más lejano y remoto, aun magnífico y espléndido, es inasible por su propia lejanía, la consecuencia que de todo ello se obtiene es que las juventudes están solas, con aquellas únicas dos cosas mencionadas antes.

Hay, pues, que partir de esa realidad, aceptarla como buena, y organizar desde ella la acción de las juventudes.

HAY QUE SER SOLDADOS

97 Las actuales juventudes españolas tienen delante una etapa de signo análogo a la que han atravesado todos los pueblos y razas en su hora inicial de expansión y crecimiento. Una etapa análoga también a la de todos aquellos que se saben prisioneros, cercados y rodeados de enemigos.

Lo primero que hay que ser en tales circunstancias es esto y sólo esto: HAY QUE SER SOLDADOS.

Las juventudes de España se encuentran ahora ante este exigentísimo dilema: o militarizarse o perecer. Su ignorancia es imposible.

Ahora bien; si el problema de las juventudes españolas resulta que es un problema de milicia, el mismo que se le plantea a todo soldado, la tarea inmediata es la de acercarse con precisión y rigor al siguiente triple manojo de cuestiones, esenciales en todos los ejércitos:

a) Cómo ha de equiparse. Qué instrumentos debe elegir para sus luchas.

b) Cómo ha de moverse. Cuál debe ser su estrategia y qué clases de pactos y de auxilios le convienen.

c) Qué metas persigue. Cuáles son los objetivos, las conquistas inmediatas o lejanas que pretende.

LA PRESENCIA DE LAS JUVENTUDES

98 Hay operante una conciencia juvenil cuan-do ésta tiene de sí misma una idea en cierto modo mesiánica. Es decir, cuando en realidad cree que su presencia vigorosa en la Historia coincide con las horas finales de un proceso agónico de descomposición y de crisis. Cuando, en una palabra, como el griego, antes que ella no ve sino algo caótico y sombrío. Advierte entonces la conciencia de las juventudes que su mera presencia, su sola aparición, significa ya una posibilidad de salvación y de grandeza, una aurora para el mundo.

Repetidas veces, quizá la mayor parte de las veces, esa creencia, esa valoración y estimación de su propio destino que tienen las juventudes, es un desplante ilusorio, se resuelve en pura irrealidad, sin misión concreta a que adscribirse. Son las épocas y los momentos en que la presencia de las juventudes como tales es apenas perceptible. Los hombres no se detienen apenas en la juventud, y pasan rápidamente de la adolescencia infantil a la madurez. Pero entrar en la madurez, formar social-mente en ella, equivale a incrustarse en su sistema, en su ordenación. Es decir, equivale a encontrar aceptables las formas vigentes y colaborar en su destino histórico, en la tarea de procurarle una permanencia más amplia.

ÉPOCAS REVOLUCIONARIAS

99 Puede acontecer que esa conciencia mesiánica de las juventudes a que nos hemos referido se robustezca y se desborde de un modo arrollador cuando, en efecto, su presencia coincida de veras con una coyuntura histórica, de tal descomposición, que la aparición vigorosa de las juventudes equivalga a una fuerza motriz avasalladoramente fértil.

Esto ocurre y sucede de hecho en las épocas de transformación, en las épocas revolucionarias, aquellas en las cuales el mundo logra ahogar la hidra de un proceso de descomposición o de angustia y dar paso a un orden nuevo. Son épocas de invención y de conquista. Épocas creadoras que descorren el telón y descubren para los pueblos los nuevos caminos que la Historia les ofrece.

Pues bien; el sujeto histórico de tales momentos, el brazo impulsor y realizador de ellos, es lo que denominamos la conciencia operante de las juventudes. Y en la medida en que éstas influyen y sostienen con lo que les es peculiar, es decir, con espíritu de sacrificio, pureza, ímpetu y esfuerzo, las instituciones y formas del nuevo sistema, en esa medida la coyuntura histórica realiza y cumple su misión,, resolviéndose en metas de plenitud, o bien retrocediendo y falseando su sentido.

EL CONCEPTO DE "LO JOVEN"

100 Naturalmente, el hecho de las juventudes, el concepto de "lo joven'*, es, desde luego, elástico y flexible, sobre todo si queremos referirnos a él en la forma que lo hacemos. Antes aludimos a las épocas por esencia conservadoras y tranquilas, en las que realmente la etapa juvenil del hombre es de suma fugacidad, un relampagueante episodio de la existencia. Pero, al contrario, en las épocas en que se operan grandes transformaciones y se proyectan sobre los pueblos con éxito las grandes consignas de índole revolucionaria, el primer hecho social que surge es que el "proceso de duración" de la juventud se estira y amplía de modo considerable.

Entonces puede decirse que el hombre es "joven" durante más tiempo, esto es, vive las apetencias, las emociones, las inquietudes y las angustias de la juventud un período de tiempo más largo. Y es que al pasar las juventudes a ser la fuerza motriz decisiva, al convertirse en sujeto creador, su misión, que en otras épocas parece casi inexistente como tal, se agiganta y dilata de un modo extraordinario, ya que es de hecho la misión misma de la humanidad en aquella hora. Una función así, una tarea así, no puede recaer sobre fuerzas sociales de fugacísima vigencia, sino sobre períodos más dilatados de la vida del hombre. Así ocurre que a los efectos de su mentalidad, sus costumbres, su forma de vida, sus inquietudes, en épocas y momentos como aquellos a que nos referimos, el hombre se considera y es de hecho "joven" hasta los cincuenta y más años.

A esas edades sigue sin incrustarse de un modo definitivo en el orden vigente, se considera enrolado aún entre los que buscan y se afanan por el hallazgo de formas políticas, económicas o religiosas provistas de las eficacias por las que él suspira. Es en definitiva un descontento, un desplazado, un insatisfecho. Es, asimismo, naturalmente en su grado histórico más fértil, un soldado de la revolución que en esas épocas se produce y tiene lugar siempre de un modo victorioso.

Esas son las gentes que constituyen el nervio de las grandes revoluciones y que de una manera u otra tienen a su cargo el papel de nutrir su predominio militar, la misión histórica de promover en el mundo los cambios y los virajes gigantescos que se producen. Son las falanges revolucionarias de Julio César, que vencen a las oligarquías podridas de la República romana e instauran el Imperio en nombre de las grandes masas. Son los conquistadores españoles del siglo XVI, analfabetos y hambrientos, y los que se alistan en aquellos famosos tercios que bajo Carlos V afirman el poderío español en Europa. Son las tropas bonapartistas que imponen en toda Europa los postulados de la Revolución francesa. Y son, por último, hoy, los actores decisivos, no ya en el orden de la ejecución y del servicio, sino totalitariamente, extrayendo de sí, y sólo de sí, caudillos, normas, instituciones y metas históricas propias.

SINCERIDAD Y FRANQUEZA DEL CARÁCTER JUVENIL

101 La actuación política uniformada muestra además otro perfil, que contribuye asimismo a aclarar uno de sus aspectos más singulares. Es el valor de la sinceridad y de la franqueza de sus militantes, el carácter juvenil, de entrega, sin reservas ni cálculo alguno de cinismo o cazurrería.

El militante político uniformado, que exterioriza y muestra su carácter de tal, ofrece el máximum de garantía de que es sincero y de que difícilmente negará su bandera política, ni la abandonará por móviles individuales y turbios. Sólo las juventudes pueden, en efecto, dar vida a una actitud política de tal naturaleza. Conocida es, por el contrario, la actitud cautelosa, reservada, propia del viejo militante de los partidos demoburgueses.

Las juventudes, al entrar en el área política, incorporan el valor de la sinceridad y se muestran tal y como son. El joven se adscribe a una bandera, a unos ideales, y se distingue mostrándolos, enfundado en ellos. Estima que hay que sacar al aire, a la superficie, las ideas políticas y sociales de las gentes.

Los sectores maduros que asisten al desarrollo de un hecho así reaccionan con juicios disconformes y muestran su clásica sensatez, expresando que las ideas—el ideal, como ellos dicen con cierto arrobo y farsantería—no deben vincularse a una prenda, a un gesto ¡ni a nada de análoga frivolidad. Deben, por el contrario, resguardarse en lo más profundo del pecho, en el corazón del hombre, y allí rendirles culto. Pero esto no logra emocionar nada a las juventudes, que tienen mil motivos prácticos para saber que son precisamente aquellos que ocultan "en lo más profundo del corazón" sus ideales quienes se desprenden de ellos con más facilidad y cambian y fluctúan de un lado a otro, o actúan sin acordarse mucho de lo que dicen llevar tan guardado y reverenciado.

Las juventudes uniformadas saben, en fin, que son precisamente ellas, con el signo exterior que las distingue, teniendo las ideas vinculadas a su brazo, a su puño, a su camisa o a su gorra, las que de veras están adscritas, con firmeza y sinceridad, permanencia y sacrificio, a una bandera. E invitan, por tanto, burlonamente, a las gentes maduras y sensatas, a que no vinculen las ideas a vísceras tan profundas como el corazón, sino que las saquen al aire, de modo que se vean, exponiéndolas con sencillez, en la seguridad de que es más difícil cambiar de camisa que de corazón (o de chaqueta).

INVOCACIÓN FINAL A LAS JUVENTUDES

102 El paso al frente de las juventudes es una orden del día incluso mundial. Están siendo por ello en todas partes el sujeto histórico de las subversiones victoriosas. Gracias a ellas y a su intervención, Europa ha desalojado al marxismo y descubierto un nuevo signo revolucionario a base de la fortaleza nacional, la dignidad de las grandes masas y la construcción de un nuevo orden.

En tal momento, España ofrece su problema, sin posibilidad de aplazamiento para el desarrollo subversivo. Después del 14 de abril, que en sí y por sí careció absolutamente de significación transmutado-ra, enseñan ya, sin embargo, su perfil los aspirantes a ejecutar y presidir las enormes transformaciones que en, España van a operarse muy en breve. El 6 de octubre se manifestó ya una voluntad proletaria de estar presente en la coyuntura española que se avecina. Urge, pues, la presencia nacional, la respuesta nacional que deben dar a esa fecha las juventudes.

La situación de la Patria es concluyente: a toda velocidad se acerca el momento histórico en que le toque decidir bajo qué signo se operarán las transformaciones. Hay ya quien maneja los aldabonazos con cierta energía. Pues bien, nosotros, levantando la voz lo más que nos sea posible y rodeándola del máximum de emoción, decimos a las juventudes actuales de las Patria:

La subversión histórica que se avecina debe ser realizada, ejecutada y nutrida por vosotros. Disputando metro a metro a otros rivales el designio de la revolución nacional.

Este momento solemne de España, en que se ventilarán sus destinos quizá para más de cien años, coincide con la época y el momento de vuestra vida en que sois jóvenes, vigorosos y temibles.

¿Podrá ocurrir que la Patria y el pueblo queden desamparados, y que no ocupen sus puestos los liberadores, los patriotas, los revolucionarios?

¿Podrá ocurrir que dentro de cuarenta o cincuenta años, estos españoles, que hoy son jóvenes y entonces serán ya ancianos, contemplen a distancia, con angustia y tristeza, cómo fué desaprovechada, cómo resultó fallida la gran coyuntura de este momento, y ello por su cobardía, por su deserción, por su debilidad?

(Mayo de 1935.)

VIII. —SEIS ARTÍCULOS ¿FASCISMO EN ESPAÑA?

EL FASCISMO, COMO HECHO O FENÓMENO MUNDIAL

Fácilmente se comprenderá que cuantas veces utilicemos aquí la palabra "Fascismo" lo hacemos como una concesión al vocabulario polémico mundial, pero sin gran fe en la exactitud expresiva, ya que por nuestra parte nos inclinamos a negar al fascismo propiamente dicho características universales.

Hablar, pues, de fascismo en España—según es el tema de este libro—no equivale a exponer las posibilidades de que en España se instaure o no un régimen político que se inspire directamente, ortodoxamente, en el régimen fascista italiano, sino que lo que se quiere decir, y a lo que se alude, es a una política concordante con lo que, en el panorama de las luchas políticas mundiales, se conoce por "Fascismo".

Es evidente que una pesquisa del fascismo, un examen de éste, no ya como régimen concreto de un país determinado, sino como concepto mundial operante, es una empresa lícita y posible. Podemos, en efecto, poner en fila una serie de características, de perfiles, de propósitos y de sueños, que nos entrega con claridad perfecta la figura exacta del fascismo, como fenómeno mundial. En el sentido de ese concepto, y sólo en él, cabe hablar del fascismo fuera de Italia, es decir, adquiere esa palabra capacidad universalista [7].

Podrá ser objeto de investigación el por qué ha adquirido esa palabra, ese concepto político, amplitud mundial. Es decir, podrá preguntarse cada uno cuál es el secreto de su tránsito, desde la proyección episódica y concreta sobre Italia hasta la significación mundial que hoy tiene. No nos interesa a nosotros hacer aquí esa investigación. Sólo nos fijaremos en dos factores, que sin ser desde luego los únicos, ni quizá los de más profundidad, han influido considerablemente en la universalización del fascismo.

Helos aquí:

1) Su tendencia al descubrimiento jurídico-político de un Estado nuevo, con la pretensión histórica de que ese Estado signifique, para el espíritu y las necesidades de la época, lo que el Estado liberal-parlamentario significó en todo el siglo XIX, hasta la Gran Guerra.

2) Su estrategia de lucha contra una fuerza social—el marxismo, el partido clasista de los proletarios—, venciéndola revolucionariamente y sustituyéndola en la ilusión y en el entusiasmo de las masas.

Pues el fracaso del sistema demoburgués ofrece hoy, efectivamente, características universales. Asistimos al hundimiento de las justificaciones morales, políticas y económicas que han sido el soporte del Estado liberal parlamentario, de la democracia burguesa. Cada día son los pueblos más incompatibles con todo cuanto ese régimen significa, y tal incompatibilidad llega a la exasperación y a la violencia cuando se trata de las juventudes mundiales, que son los sectores más implacablemente cercenados por la hipocresía y la flaccidez de tal sistema.

En un trance histórico así, cuando casi el mundo entero busca sustitutivos eficaces, angustiado por el derrumbe irremediable de su patrimonio político antiguo, júzguese la capacidad expansiva de un régimen como el fascista de Italia, que se presentó desde el primer día, con inteligente petulancia, como el régimen superador—y por ende, continuador—de la democracia liberal y parlamentaria. Y ello, no sólo cuando ésta naufragaba en sus propias limitaciones, sino también cuando terminaba de sufrir la tremenda embestida bolchevique, y se movilizaban las masas rojas en todas partes a favor de la dictadura proletaria, es decir, contra los pobres vestigios demoburgueses que sobrevivían.

No puede extrañar que, en tal coyuntura, la victoria fascista italiana, su pesquisa afortunada de un Estado nuevo, surgido de la entraña misma de la época, de cara a sus dificultades esenciales y apelando a los valores más firmes—la angustia nacional, la necesidad de un orden y una disciplina, la preocupación por el destino histórico y económico de "todo" el pueblo—, polarice la atención mundial.

Y veamos el segundo factor, el que nos presenta sus tareas combativas, su orden del día contra el marxismo, su revalorización del ímpetu y de la violencia.

Cuando Mussolini tomó el Poder en Roma, tenía tras de sí más de dos años de lucha armada contra el marxismo. Su victoria supuso, por de pronto, la derrota radical y absoluta de la revolución socialista en Italia.

---

[7] A primera vista parece que estos juicios nuestros se oponen a la concepción del fascismo que defienden algunos de sus teóricos más ilustres. Por ejemplo, la expuesta por Giménez Caballero en su conocido libro La nueva Catolicidad, que le asigna, como indica su mismo título, el rango de una fe universalista nueva. No hay, sin embargo, contradicción esencial, porque esa catolicidad o universalidad fascista la atribuye Giménez Caballero no estrictamente al fascismo mussoliniano, sino más bien a esa resultante mundial a cuya pesquisa nos estamos refiriendo. Hay además en Giménez Caballero el factor ROMA, inesquivable para comprender su concepción del fascismo. De acuerdo con los juicios que exponemos, podríamos decir, tan sólo, que ese famoso teórico del fascismo ha ido quizá demasiado lejos. 0 que se ha anticipado.

Pero no tardó en percibir la Internacional de Moscú que esa victoria era más grave de lo que pudiera creerse, que no se debía, ni mucho menos, a la sola acción defensiva de la vieja sociedad, sino que había en ella, y se daban en ella, síntomas de más robusta traza.

Lo que la Internacional marxista—las dos, la II y la III—comenzó a percibir fué nada menos que esto: el fascismo parece no ser sólo un episodio nacional de Italia. Parece no ser sólo un incidente desgraciado para la revolución socialista mundial, producido en uno de los frentes, en Italia, y restringido a él. Parece más bien un signo de otro orden, una estrategia nueva contra nosotros, provista y alimentada por valores de calidad superior a la de los hasta ahora conocidos. Parece que esa estrategia puede muy bien adquirir rango mundial, es decir, ser desplegada contra el marxismo en el mundo entero. Parece asimismo que su propósito es transformar la vieja sociedad demoburguesa, el viejo Estado parlamentario, y forjar una sociedad nueva y un Estado nuevo, con suficiente vigor para vencer incluso las contradicciones últimas del régimen capitalista. Parece también que su poder de captación consigue hasta el enrolamiento de los proletarios, de los trabajadores, uniéndolos a la pequeña burguesía, a las clases medias, a las juventudes nacionalistas y a todos los patriotas.

La conclusión marxista a esas consideraciones fué, naturalmente, ésta: ¡Lucha mundial contra el fascismo! Una consigna así dio la vuelta al mundo antes que el propio fascismo tuviese en él análogo cinturón de admiradores. En casi todas partes se organizó y propagó el antifascismo antes de que el fascismo apareciese. Y obsérvese que la consigna antifascista no era exclusivamente protesta internacional revolucionaria contra el régimen de Italia, sino que se hacía de ella consigna nacional contra las supuestas fuerzas fascistas del propio país.

El marxismo, la mística de la revolución proletaria mundial, tiene hoy núcleos fieles hasta en los rincones más apartados del Globo. Las mismas consignas aparecen en un cartelón comunista de los bolcheviques chinos que en uno de los austríacos o búlgaros. Puede hablarse de una internacional marxista, no sólo porque hay marxistas en casi todos los países, sino porque, además, son tipos humanos de calidad rigurosamente idéntica, que han retorcido el cuello a todo signo nacional y de raza, aun a costa de adquirir una configuración espiritual monstruosa. El militante rojo es el mismo en todas partes. Dispone de las mismas armas y lucha por los mismos objetivos. Es, por tanto, también vulnerable a las mismas flechas.

Claro que ese tambor batiente y guerrero contra el fascismo coincidió con otro, de sonido antagonista y contrario: el de las gentes angustiadas por la cercanía bolchevique; el de las gentes ligadas a un espíritu nacional profundo; el de las juventudes bélicas y generosas; el de todo ese gran sector de muchedumbres a la intemperie, ligadas, sin embargo, a una lealtad y a una continuidad de la cultura de su propia sangre.

No hay ni puede haber una Internacional fascista. El fascismo, como fenómeno mundial, no es hijo de una fe ecuménica, irradiada proféticamente por nadie. Es más bien, un concepto que recoger una actitud mundial, que señala una coincidencia amplísima en la manera de acercarse el hombre de nuestra época a las cuestiones políticas, sociales y económicas más altas. Pero hay en esa actitud mundial zonas irreductibles, que son las primeras en denunciar la no universalidad originaria del fascismo. Pues su dimensión más profunda es "lo nacional". De ahí que el fascismo no tenga otra universalidad que la que le preste el soporte "nacional” en que nace [8].

Ahora bien; esa actitud que denominamos fascista tiene una realidad innegable en el mundo entero. Se trata de un hecho que se dispone, con fortuna o no, a engendrar otros hechos quizá más vigorosos. Poco importa, realmente, insistir en el modo como esa actitud ha llegado a adquirir vigencia. La Historia se nutre y fecunda de hechos, sean cuales sean sus causas. Las fuerzas madres que la impulsan pueden tener los orígenes más sorprendentes y contradictorios.

El fascismo, la bandera del fascismo, la consigna del fascismo, la lucha en pro o en contra del fascismo, todo eso es hoy evidentemente alguna cosa, que no cabe ignorar.

* * *

---

[8] El triunfo del nacional-socialismo hitlerista en Alemania entra de lleno en la fenomenología mundial del fascismo. Es su mejor expresión y la mejor corroboración de cuanto venimos diciendo. En primer lugar, denuncia la no universalidad específica del fascismo, ya que no tiene, ni puede tener, una política internacional propia, única. Es sabido que es en su política internacional donde aparece el genio de un pueblo, en relación con sus más altos designios. Lo mismo que no caben farsas con la muerte, no caben tampoco falsificaciones y artificios en la política internacional que un pueblo hace. Pues bien, hoy existen en Europa dos pueblos, dos Estados, de los llamados fascistas: Italia y Alemania. Es notorio el antagonismo internacional de sus políticas. Y es más: muy difícilmente, aun variando el mapa diplomático y la mecánica actual de los Estados europeos, podrían conciliarse los destinos internacionales, históricos, de esos dos pueblos, quizá más antagónicos, o si se quiere sólo, menos coincidentes mientras más "fascistas" sean.
El hecho alemán nos permite confrontar también una de las peripecias de su ruta: los nazis no hicieron la propaganda, ni alcanzaron su victoria, al grito de "¡Viva el fascismo!". Pero todos aquellos que obstaculizaron esa propaganda y se opusieron a esa victoria lo hicieron, en cambio, al grito de "¡Abajo el fascismo!". Repitamos que el movimiento nacional-socialista aclara considerablemente nuestro juicio acerca de cuál es, en realidad, el carácter universalista del fascismo.

¿Qué significa, en resumen, ser fascista? ¿Qué características ofrece esa actitud moral, política y económica que en el mundo entero se califica hoy de actitud fascista? ¿Qué aspiraciones y qué propósitos tienen esos movimientos que el mundo conoce y señala como movimientos fascistas?

Parece que esas preguntas pueden hoy ser contestadas, y ello de acuerdo con lo que antes dijimos, sin necesidad de dirigir exclusivamente el catalejo hacia Italia y hacia Mussolini, sino capturando una dimensión esencial de nuestra época, y de la que, en realidad, es ya consecuencia y producto el fascismo italiano mismo.

Señalemos brevemente, en esquemas, las características y afirmaciones centrales, definitorias, que, en opinión nuestra, determinan el fascismo como fenómeno mundial:

1) La Patria es la categoría histórica y social más firme. Y el culto a la Patria, el impulso creador más vigoroso.

El fascismo requiere, como clima ineludible para subsistir, la vigencia de unos valores nacionales, la existencia de una Patria, con suficiente vigor y suficiente capacidad de futuro para arrebatar en pos de ella el destino espiritual, económico y político de un pueblo entero. Se actualiza así, pues, una teoría aristocrática de los pueblos, distinguiendo entre los que son mera convivencia o agregado de gentes, para realizar cada una su propio y personal destino, y los otros, los grandes pueblos creadores, que han hecho la Historia universal y son hoy aún la garantía de que el genio humano sigue su curso.

La Patria, en manos de la vieja sociedad conservadora, era ya apenas un mero vocablo, muchas veces incluso fachada impresionante que escondía una red de intereses y de privilegios injustos. Era, además, una fortaleza a la intemperie, expugnable con facilidad por todas las tendencias internacionalistas que iban vomitando, día tras día, las sectas* de los renegados. Y era, por fin, un valor agónico, a la defensiva, sin destreza ni audacia para convertirse en bandera de las juventudes y de los núcleos más vigorosos y más fuertes.

Parecía, pues, urgente:

a) Desalojar de su servicio a las viejas oligarquías de sentido demoburgués y conservador, que creyéndose quizá, a veces, sinceros defensores y propulsores de la idea nacional, restringen de hecho la grandeza y las posibilidades de la Patria, haciéndola coincidir con sus intereses, con sus marchitas creencias y con su idea burguesa de una vida pacífica, sin ambiciones y sin sobresaltos.

b) Poner la Patria sobre los hombros de las juventudes, de los productores y de los soldados. Es decir, de las capas más vitales y vigorosas de la sociedad nueva.

* * *

2) El Estado liberal-parlamentario no es ya el Estado nacional. Las instituciones demoburguesas viven al margen del interés de la Patria y del interés del pueblo. No representan ni interpretan ese interés.

Los partidos políticos, las organizaciones de grupo, representan siempre intereses particulares, sin que desmienta este hecho el que representen a veces la mayoría de un país. La mayoría de un pueblo, agrupada en torno a una bandera partidista, es decir, que represente intereses particulares, puede no tener relación alguna con el interés nacional, e incluso desconocerlo.

El interés supremo es el de la comunidad de "todo el pueblo'. El Estado nacional es quien puede servir ese interés. La realización del Estado nacional tiene tres etapas: a) Organización de una fuerza política, al servicio exclusivo de la idea nacional y de los intereses sociales de "todo el pueblo", b) Partido único triunfante, ejerciendo su dictadura contra los viejos partidos para someter y disciplinar los intereses particulares y de grupo, c) Vigencia del Estado nacional, cuyos móviles supremos y cuya justificación histórica consisten en garantizar la realización de los designios espirituales, políticos y económicos de que sea capaz el genio nacional, con la vista fija, tanto en su apogeo creador como en las circunstancias, buenas o malas, por que atraviese el pueblo.

* * *

3) La oposición a la democracia burguesa y parlamentaría es la oposición a los poderes feudalistas de la sociedad actual.

El fascismo nace y se desarrolla en capas sociales desasistidas y en peligro. Su representación más típica la constituyen las clases medias, que después de experimentar la inanidad de la democracia liberal, no se entregan, sin embargo, a la posición clasista de los proletarios. En este sentido, la rivalidad mundial fascismo-marxismo lo es en tanto las clases medias y los proletarios clasistas se disputan violentamente el puesto de mando de la revolución, así como cuál de los dos incorporará al otro a su empresa.

La existencia de esas fuerzas fascistizadas que se resisten a permanecer pasivas, y menos a ser retaguardia de la revolución clasista bolchevique, es una manifestación típica del actual momento histórico.

Que consigan o no movilizar en torno suyo a los sectores más capaces, heroicos y abnegados, es el secreto de su triunfo o de su derrota, frente a los marxistas y frente a la vieja sociedad conservadora y demoburguesa.

Una vez vencido el marxismo, las mayores dificultades se le presentan al fascista por el lado liberal, demoburgués, donde se apiñan, no esas pobres añoranzas de la libertad perdida, como pretenden los plumíferos llorones de la democracia, sino el frente oligárquico capitalista; es decir, los dueños de los grandes periódicos, los directores de los grandes Bancos, todos los magnates, en fin, que ofrece en sus diversas formas el gran capitalismo moderno. Generalmente, todos ellos se muestran partidarios de la democracia liberal, apetecen un régimen de la libertad política. Pues son, en efecto, los representantes feudalistas, quienes equivalen en nuestra época al régimen feudal de los grandes señores antiguos, mostrándose hoy enemigos de la prepotencia y de la pujanza del Estado, como sus antecesores lo eran ayer de la soberanía de los monarcas. El fascismo sabe que la democracia parlamentaria es el régimen ideal para que predominen, del modo más descarado, las peores formas del feudalismo moderno.

* * *

4) El marxismo es la solución bestial, antinacional y antihumana que presenta el clasismo pro-letario para resolver los evidentes problemas e injusticias, propias del régimen capitalista.

La primera incompatibilidad de tipo irresoluble del fascismo se manifiesta frente a los marxistas. Tan irresoluble, que sólo la violencia más implacable es una solución.

El perfil antimarxista del fascismo es inesquivable, pues el triunfo' marxista equivale a la derrota absoluta de todo cuanto la actitud y el espíritu fascista representa. Ese triunfo supondría la quiebra de "todo el pueblo", la amputación de su libertad, el exterminio de su pujanza y de su espíritu, y, por último, la no realización de la justicia, el escamoteo de las conquistas sociales ofrecidas.

En su lucha con los bolcheviques, el fascismo dispone de otra arma tanto o más eficaz que la violencia, sobre todo para disputarle el predominio entre los trabajadores. Es su actitud social, su espíritu social. Gracias a esa actitud y a ese espíritu, el fascismo no vacila, si es necesario, en rasgar las viejas tablas de la ley de la sociedad capitalista. Y ello con más eficacia, más equidad y menos estrago, naturalmente, que como pretendería y podría hacerlo el marxismo.

El marxismo equivale, además, a entregar la Historia a los aventureros, no en el sentido de que sus dirigentes estén corrompidos, sino en otro incluso peor, pues se trata de aventureros de patrias, es decir, desconocedores y asoladores de la máxima riqueza que los pueblos tienen.

* * *

5) Desde el momento en que el fascismo no es un producto de los sectores más conformistas de la sociedad, es decir, de los grupos más satisfechos y partidarios de la actual ordenación económica y política, su régimen y su victoria implican, necesariamente, grandes transformaciones revolucionarias.

La mecánica actual de las luchas político-sociales hace que el fascismo sea la bandera de una red complejísima de gentes insatisfechas, postergadas y descontentas. De ahí el origen multiforme de sus cupos, unánimes, sin embargo, en la manifestación de un espíritu combativo, de milicia, que revela cómo no son residuos de la vida, sino grupos valiosísimos y fértiles.

Son gentes descontentas de la poquedad de eu patria, de la indefensión de sus pequeños patrimonios o negocios, de la rapacidad e ineptitud de los partidos, de la impotencia del Estado demoburgués en presencia de los conflictos sociales y de las crisis, de la monotonía y del vacío de una vida nacional escarnecida, y, en fin, de sentirse preteridos o subestimados con injusticia por los poderes dominantes.

Al constituir el fascismo un Poder político de enorme autoridad y depositarlo sobre quienes, de modo más directo, interpretan los intereses últimos y supremos de "todo el pueblo", su primera consecuencia es sustraerlo a las potencias feudalistas demoburguesas, liberando de su yugo al Estado y al pueblo.

El fascismo es la forma política y social mediante la que la pequeña propiedad, las clases medias y los proletarios más generosos y humanos luchan contra el gran capitalismo en su grado último de evolución: el capitalismo financiero y monopolista. Esa lucha no supone retroceso ni oposición a los avances técnicos, que son la base de la economía moderna; es decir, no supone la atomización de la economía frente al progreso técnico de los monopolios, como pudiera creerse. Pues el fascismo supera a la vez esa defensa de las economías privadas más modestas, con el descubrimiento de una categoría económica superior: la economía nacional, que no es la suma de todas las economías privadas, ni siquiera su resultante, sino, sencilla' mente, la economía entera organizada con vistas a que la. nación misma, el Estado nacional, realice y cumpla sus fines.

Todo lo que supone el fascismo de "democracia organizada y jerárquica", su base social sindicalista y corporativa, su concepción totalitaria del Estado, etc., es lo que le pone en pugna, tanto con muchos intereses particulares como con las viejas formas políticas, y lo que a la vez le obliga, ineludiblemente, a presentarse en la Historia con perfiles revolucionarios.

* * *

6) El fascismo busca un nuevo sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.

Respecto a la autoridad, vinculándola en jefes verdaderos. Respecto a la disciplina, convirtiéndola en liberación, en eficacia y en grandeza del hombre.

En cuanto a la violencia, su actitud es la propia de quien se sabe ligado profundamente al destino histórico de un pueblo. Es la propia de quien acepta el espíritu de sacrificio y la idea del deber, aun a costa de su misma vida. Y es la propia también—¿por qué no decirlo?—de quien sabe que la vida es lucha, y que donde el hombre se mutila su sentido de la energía y de la violencia, triunfa el espíritu rastrero, eunucoide e hipócrita, de los peores representantes de la especie.

Esos son los rasgos fisonómicos de la actitud fascista mundial. Con mayor o menor fidelidad a algunos de ellos, así piensan los individuos y los grupos a quienes se dirigen las invectivas del antifascismo mundial.

Idea nacional profunda. Oposición a las instituciones demoburguesas, al Estado liberal-parlamentario. Desenmascaramiento de los verdaderos poderes feudalistas de la actual sociedad. Incompatibilidad con el marxismo. Economía nacional y economía del pueblo frente al gran capitalismo financiero y monopolista. Sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.

Es evidente que esta actitud, estas ideas, aspiraciones o propósitos, están en el ambiente público, con capacidad, por tanto, no sólo para dar vida polémica y justificación a partidos o movimientos políticos determinados, sino dispuestas a ser recogidas, en mayor o menor escala, por cualquier organización, por cualquier gran instrumento histórico de mando. Pues no hay sólo individuos, grupos y organizaciones fascistas, sino también, y quizá en mayor relieve, individuos, grupos y organizaciones fascistizadas.

(Noviembre de 1935.)

LOS PROBLEMAS DEL FASCISMO EN ESPAÑA

Repetimos, aun a costa de pesadez y machaconería excesiva, que la utilización del vocablo "Fascismo" la hacemos como una concesión al vocabulario polémico que por ahí circula, y, naturalmente, en el sentido riguroso cuya pesquisa hemos efectuado en el anterior capítulo. El fascismo como actitud mundial, y por tanto, puesto que España está en el mundo, como posible actitud española, no depende de un modo directo del fascismo italiano, mussoliniano, sino que es un fenómeno de la época, típico de ella como cualquier otro. Tenía esto que decirse en España al aludir a las características del fascismo, pues nuestra Patria es de suyo una Patria imperial, creadora y totalitaria. Nada que sea propio y genuino de otro país encontrará aquí arraigo fundamental, y por eso las formas miméticas del fascismo están aquí felizmente proscritas. (Ya se percibirá a lo largo de este libro, y cómo resumen final suyo, que el colapso actual de los movimientos F. E. y J. O. N. S. se debe, en parte, al gran número de factores miméticos que han existido, sobre todo en el primero, y de los que tienden a liberarse.)

Que conste, pues, que al disponernos a escribir someramente acerca de "los problemas del fascismo en España", nos referimos a los problemas de un movimiento cuya bandera estuviese fielmente reflejada por los seis apartados del anterior capítulo.

LA REALIDAD ACTUAL DE ESPAÑA

Para comprender la situación actual de España y sus problemas de orden político, hay que partir de abril de 1931, y no de más atrás. El sistema inmediatamente anterior no influye hoy en nada, ni como añoranza ni como repulsa. Está sencillamente borrado, pues incluso los grupos monárquicos se afanan en prescindir de sus características, y quieren revisar sus bases. Es decir, no lo restaurarían tal y como fué. Y en cuanto a los republicanos ortodoxos de abril, no es tampoco ya aquel régimen punto de referencia para fulminarlo ante las masas. Esa fulminación la dirigen ahora a otros enemigos, que le son más cercanos y peligrosos. Por eso decimos que lo anterior a 1931 no influye nada en la España presente de 1935. No es ningún valor apreciable ni significa lo más mínimo en la política actual el hacer tanto su defensa como su condenación.

Sólo hay que considerar hoy, por tanto, la República, el período y la experiencia de la República. El diagnóstico de ese período y de esa experiencia es sencillísimo y está en la conciencia de a inmensa mayoría de los españoles. Es éste: la República ha fracasado de un modo vertiginoso. Según hablen unos o según hablen otros, las causas del fracaso son diferentes. Pero la apreciación del fracaso es unánime.

En opinión nuestra muy firme, el motivo único de ese fracaso reside en que la República, el movimiento republicano de abril de 1931, no encarnó ni interpretó la suprema necesidad de España desde hace muchos decenios: hacer su revolución nacional.

Ahora bien; el período republicano no ha sido una revolución nacional frustrada. No es que ee haya quedado a medio camino de su realización.

Pues el mismo 14 de abril, los clamores de ese día y el equipo gubernamental instalado en el Poder ese día, presentaban ya esa fecha como frustrada para la revolución nacional. Con los ingredientes ideológicos de aquellos triunfadores y con los nortes político-sociales a que decían estar adscritos, la revolución nacional española era de esperanza imposible. Por tanto, sólo si posteriormente el período republicano hubiera producido episodios que significasen la ruptura con lo típico y propio de abril —la presencia de los partidos, la ausencia de fe nacional, la despreocupación por la totalidad del pueblo español—, es decir, sólo saliéndose de madre, pudo haberse enderezado históricamente la República. Algunos ingenuos, afanosos por descubrir esa perspectiva, creyeron tenerla delante con Azaña. Puro fenómeno sahárico de espejismo.

La revolución nacional española tiene hoy, entre otros, estos tres objetivos esenciales: Unidad moral de todos los españoles, vinculada en el culto a la Patria común. Creación de un estado totalitario, provisto de autoridad, capacidad y ayuda popular amplísima. Nueva ordenación social-económica, con tendencia a una vigorización ambiciosa de la riqueza nacional y a la justicia distributiva, incrementando la producción y las explotaciones nuevas, a la vez que socializando el crédito, los transportes, la gran propiedad territorial y en lo posible todos los medios de cambio. Por último, y como consecuencia de esas realizaciones, la libertad internacional de España, su presencia vigorosa en el mundo, pese a quien pese y caiga quien caiga.

Todo eso no puede salir ni saldrá nunca de unas elecciones. Es empresa histórica, cuyo alvéolo es necesariamente una revolución.

El fracaso de la República se manifestó ruidosamente al ser lanzados del Poder sus representantes más ortodoxos. Al finalizar el primer bienio.

Quizá esos hombres son todavía lo necesariamente ingenuos para extrañarse de su derrota. Porque, desde luego, cuando ocupaban las cimas del Estado, entreveían de vez en vez los nortes ideales que era preciso conseguir. Pretendían su conquista con armas de palo. Así, por ejemplo, Azaña decía en uno de sus discursos: "Quiero hacer del pueblo español una nación grande". Y también: "Para una política mezquina, para una política de tapiales y barbechos, que no se cuente conmigo". Quien habla así está, desde luego, a primera vista, en la vereda fecunda de la Historia. Marcelino Domingo soñaba con la escuela única, y después, al pasar al Ministerio de Economía, con ordenar la economía nacional. Citamos todo eso como ejemplos. Porque luego resultaba que Azaña quería hacer una nación grande sin disponer de idea nacional alguna, o con ideas nacionales mezquinas, sin base patriótica en el Estado ni en las masas. Sin promover ardor alguno nacionalista ni en las juventudes ni en el pueblo. Y que Domingo pretendía la escuela única sin que el Estado tuviese una ortodoxia, una unicidad de cultura con la que inflar y sostener esa realidad de la escuela única, sólo posible en un Estado totalitario, sea fascista o bolchevique. Y en cuanto a la ordenación de la economía, es ingenuidad manifiesta que pueda ser lograda en un sistema político tan anacrónico como el que defendían e instauraron nuestros estadistas del primer bienio republicano. Domingo se queja en un libro de que los intereses particulares y privados no se doblegaban ante el interés general de la nación. Pero hay que preguntar: ¿En qué empresa habían metido ustedes a la Patria y cómo contribuían a su vigorización histórica? Pues sólo en este caso se puede luego con autoridad—y además es sólo posible— hacer que las gentes y los intereses privados se subordinen al interés de la nación española, como unidad económica y política.

El fracaso vertical de la República [9] acontece, sin embargo, en medio de una situación histórica propicia a las soluciones de signo más fértil. Gran parte del pueblo se hizo quizá ilusiones el 14 de abril. Otra gran parte se afana por ilusionarse con otra fecha cualquiera, inédita aún. El hecho es que todo él está movilizado y alerta. En los primeros, el 14 de abril dejó un regusto de cosa frustrada, que, según ellos, estuvo a punto de dar en el blanco. En los segundos, hay una experiencia cercana, y puede decirse que operan ya bajo el influjo de mitos heroicos. Son los que de una y otra parte se batieron en octubre o siguieron la batalla con el corazón caliente y las mandíbulas apretadas.

Parece que tal coyuntura sólo puede tener por desenlace la ocupación del Poder político por fuerzas nuevas, con suficiente vigor para hundir su puñal en el sistema fracasado. Esas fuerzas nuevas, cuyo triunfo tenía que equivaler a la resucitación nacional de los españoles y a la derrota de cuanto en España hay de falso, traidor e injusto, no podían adquirir desarrollo sino mediante una suprema apelación a las energías creadoras del pueblo y de la Patria.

Esa apelación y su ejecución victoriosa constituirían la realización del fascismo, que en España hoy tiene que representar, ante todo, sacar al país de la vía muerta que es ya, por su fracaso, el régimen vigente.

---

[9] Entendemos aquí naturalmente por República, no la forma de gobierno así llamada como oposición a las monarquías dinásticas, sino las instituciones, los partidos, las ideas y los hombres que gobernaron o aspiran a gobernar a España con el espíritu del 14 de abril.

El primer problema—problema fundamental— del fascismo consistía en presentarse ante los españoles como la única fuerza capaz de resolver, nacionalmente, el fracaso de la República, sin peligro alguno de recaer en la rabonada monárquica de antes de abril.

EL PATRIOTISMO DE LOS ESPAÑOLES

Hace muchos años que es opinión corriente expresar el menguado patriotismo de los españoles. Desde luego, si existe, está bien recóndito y oculto. Quizá sólo allí donde el patriotismo es forzoso, o sea, en el ejército, y en la entraña popular más profunda, podrían encontrarse síntomas de una fe nacional verdadera. Es decir, capacidad de servicio heroico y abnegado a los designios históricos de España. Nadie busque en otras zonas donde, notoriamente, la emoción nacional española es, en efecto, bien parva.

Ello es un contratiempo esencial para el desarrollo del fascismo, que entre las cosas de que más necesita figura en primer término operar sobre una conciencia nacional al rojo vivo. En parte, el fascismo mismo crea o sostiene esa conciencia, pero no puede prescindir de ella como antecedente. No se crea, por ejemplo, que ha sido Mussolini quien ha forjado el patriotismo actual de los italianos. Este es anterior al fascismo y obraba en la atmósfera popular de Italia desde mucho antes. Así, el político alemán von Bülow hablaba ya en 1913, en uno de sus libros, del "patriotismo fogoso de los italianos". En cuanto al patriotismo de los alemanes, también hoy país fascista, nadie será tan ingenuo que tenga por su fundador a Adolfo Hitler.

Lo extraño de España, en relación con lo que se observa en los demás grandes países, es la ausencia de una doctrina nacional y de una política nacional operante en lo que pudiéramos llamar zonas conservadoras. Ello es un fenómeno bien visible, y no ya de hoy, que padecen aparentemente un eclipse en su poder social y político, sino de vigencia casi secular. Obsérvese el panorama de las grandes potencias europeas, y en todas ellas puede percibirse algo análogo a ésto: la presencia y actuación de unas fuerzas y de una doctrina de sentido nacional, que da continuidad a una tarea: la de engrandecer y robustecer su propia patria. Existen esa fuerza y esa doctrina en Inglaterra, en torno a la consigna de "la prosperidad y la conservación del Imperio". Existen en Francia, bajo la advocación de una burguesía poderosa y del enemigo alemán cercano. Existen en Alemania, a través de todos los decenios que siguen a la segunda unificación del Reich, desde Bismarck. Existen en Italia, desde Cavour.

El sostén más seguro de la doctrina nacional que aparece en esos ejemplos hay que localizarlo en capas de sentido conservador, es decir, derechista. ¿A qué se debe, pues, en España, la ausencia de una doctrina nacional firme y animosa? Es, en efecto, evidente que esas fuerzas que hemos señalado como actuantes en otros países, aquí no han logrado victorias nacionales parecidas. La explicación es sencillísima, y no demoramos más su enunciación cruda: todos esos países han hecho su revolución nacional, es decir, han hecho un reajuste de instituciones y de nortes históricos que les ha permitido avanzar en el camino de la riqueza, del poder y de la cultura. Junto a las catástrofes y derrotas, han tenido también victorias, éxitos. Sólo lo conservador es fecundo cuando lo que hay que conservar son conquistas, victorias, una ruta ascensional, en fin. Y sólo entonces lo conservador puede estar al servicio de una doctrina nacional eficiente.

Pero España no ha hecho su revolución nacional moderna. Y desde siglos, su ruta es de declive. Sin nada, pues, que conservar, como no fuesen catástrofes, descensos. Se comprende que las capas conservadoras, las derechas, no hayan dado de sí una doctrina nacional operante y briosa. Para ello hubiese sido necesaria la presencia en la Historia de España de un hecho triunfal, a partir del que se hubiesen ido sucediendo, aunque fuera con alternativas, los episodios victoriosos. Ese hecho, la revolución nacional española, no existe. Las revoluciones nacionales clásicas, en Europa, se compendian en estos nombres: Cromwell, Bonaparte (flor granada de la revolución francesa), Bismarck y Cavour. Estos dos últimos como unificadores. En nuestra época, es decir, en nuestros mismos días, las revoluciones nacionales se desarrollan también con éxito pasmoso. Véanse estos nombres que las representan: Mussolini, Kemal, Hitler y—¿por qué no?—Stalin.

A falta de una doctrina nacional ambiciosa y de unas fuerzas robustas a su servicio, hemos tenido y tenemos en España un factor político de carácter religioso, el ingrediente católico. Pero el catolicismo, como toda religión, es sólo un estimulante eficaz de lo nacional, y puede quizá servir a lo nacional cuando es la religión de todo el pueblo, cuando la unidad religiosa es efectiva. Por eso en el siglo XVI español el catolicismo actuó como potenciador de la expansión nacional, y como instrumento rector de la vida política. La situación ha cambiado. Hoy el catolicismo no influye sino en una parte del país, y comprende además en su seno una gran porción de gentes desprovistas de espíritu nacional brioso. En esas condiciones, y si la dirección de las masas católicas no está en manos de patriotas firmísimos, el factor religioso y católico en la España actual puede muy bien, no ya ser ineficaz para su posible vigorización española, sino hasta convertirse en un instrumento de debilidad y de resquebrajamiento. Esto es lo cierto, y lo demás vacua palabrería tradicionalista.

Parece evidente, ante una situación así, que sólo el fascismo puede hoy en España poner en fila las reservas patrióticas de que dispone, abriendo los manantiales de una actitud nacional nueva, que recoja desde

los espíritus fervorosos de la milicia hasta el amor a la tierra y la lealtad a la sangre del campesino y del proletario. La idea nacional española en nuestra época tiene que construirse con una base agresiva, de milicia, y con la mirada fija en los nortes sociales y económicos más ambiciosos. Sólo un movimiento nacional fascista puede interpretar y desarrollar esa actitud hasta la victoria.

LA REVOLUCIÓN NACIONAL Y LAS DERECHAS

Después de lo que terminamos de decir, se advertirá que difícilmente pueden ser las derechas, por sí solas, las ejecutoras de la revolución nacional, tanto en lo que ésta necesita tener de nacionalismo impetuoso como de actitud social, contra las formas feudales y opresoras del capitalismo moderno. No obstante, un sector extenso de esas fuerzas, después de permanecer y aguzar sus armas en la oposición más de cuatro años, tiende a fascistizarse y a promover soluciones políticas concordantes con el fascismo.

Ahora bien; es notorio que las derechas se nutren de las capas sociales mejor avenidas con la ordenación económica vigente, y sólo en períodos de una profunda crisis, o de peligro para parte de sus privilegios, pueden, de un modo indirecto, adoptar posiciones que benefician la revolución nacional.

De otra parte, las zonas conservadoras prefieren hoy, sin duda, un sistema político de carácter demoliberal y parlamentarista, más de acuerdo con su tónica de gentes pacíficas que postulan el respeto y la tolerancia para todos. (Y también, claro, que se toleren y respeten sus rentas.) Este hecho de que un gran sector de gente católica y de posición económica próspera, es decir, perteneciente a la alta y aun a la burguesía media, tiendan a los sistemas demoliberales, a las formas parlamentaristas, fenómeno muy de acuerdo con el espíritu burgués, es quizá una de las dificultades mayores para los trabajos de un Calvo Sotelo, pongamos como buen ejemplo de líder derechista fascistizado.

Calvo Sotelo maneja en sus propagandas últimas resortes de evidente servicio a la causa nacional de España. Manifiesta asimismo una inclinación notoria por situar ante sus públicos las excelencias de un sistema autoritario, corporativo y nacionalista. Como todo ello lo efectúa con talento y capacidad, a la vista de sus resultados podrá medirse la cota con que pueden colaborar las derechas y el espíritu derechista en la ejecución de la revolución nacional española.

Tenemos a la vista los resultados de su otro líder, Gil Robles. Por lo que respecta e interesa al encarrilamiento de España, tras de su vigorización nacional y tras de su fuerza y de su poderío, la labor de Gil Robles ha sido puede decirse que nula. Por lo que respecta a las peripecias políticas del presente y al ejercicio del Poder, aunque todos los síntomas últimos revelan la nueva pujanza de Azaña y del marxismo, nada puede aún decirse, porque el señor Gil Robles se encuentra todavía aposentado en el ministerio de la Guerra.

Las limitaciones derechistas para la empresa que hoy importa a los españoles son de orden vario. Una, la dificultad de superar su propio carácter de ser derechas, es decir, fuerzas parciales en pugna con otras fuerzas igualmente parciales, que son las izquierdas. Banderas de signo rotatorio, parlamentario, nacidas para la tolerancia y el turno más o menos violento. Otras dificultades, tu incapacidad para la violencia política, tanto en su aspecto de lucha armada contra las subversiones de signo marxista como en el otro de llevar hasta el fin, impávidamente, la misión histórica que representen. Pero la dificultad esencialísima es esta otra: la de lograr que se identifiquen con los ideales de las derechas zonas extensas de la masa general del pueblo, las capas de españoles en difícil lucha por a vida.

De esos tres órdenes de limitaciones, la última la creemos insuperable para el derechismo. Su incapacidad para la violencia puede, quizá, suplirla, como ya ha ocurrido, con el apoyo de la espada militar, con la apelación al Ejército, cuya doctrina nacional predominante es todavía concorde con la doctrina nacional de las derechas.

No hay que decir que la primera consecuencia de un movimiento fascista en España sería romper esas limitaciones a que nos estamos refiriendo. Sobre todo la última, porque el fascismo tendría que nutrirse de españoles a la intemperie, de grandes masas hoy desasistidas y en peligro.

LA REVOLUCIÓN NACIONAL Y LAS IZQUIERDAS

El izquierdismo español, que se manifestó tan potente al efectuarse la proclamación de la República, no ha podido cumplir en nuestros días misión histórica alguna. Ello es lógico. Su presencia se ha retrasado, puede decirse que un siglo. El fracaso del izquierdismo consiste en no haber podido desplegar sobre España, con ardor jacobino, una bandera nacionalista, popular y exasperada. El siglo xix ofreció varias coyunturas favorables para esa tarea. Ahora bien, en 1931, al tomar en sus manos el Poder, esa consigna nacionalista exasperada era ya de hallazgo muy difícil. Pues en el izquierdismo actuaba una fuerza nueva—la doctrina clasista e internacionalista de los proletarios—, que chocaría con una posible derivación jacobina y nacionalista de la República, grata, quizá, por ejemplo, a un Azaña.

Influido, además, el izquierdismo por toda la acción sentimentalista de la postguerra, y acogido a la sombra de los proletarios rojos, repetimos que es ya en nuestros días una fuerza sin misión, perturbadora e infecunda. Desde luego, como se ha visto a su paso por el Gobierno, desprovista de capacidad para promover la resucitación española.

Nos estamos refiriendo, naturalmente, al izquierdismo burgués. Pero lo que da vida a las izquierdas son las zonas proletarias españolas. Los trabajadores están hoy, libremente, a merced de las propagandas marxistas. No gravita sobre ellos ninguna otra bandera revolucionaria, como no sean los estandartes negros de la F. A. I.

Un movimiento fascista de envergadura ambiciosa tiene, en la realidad del izquierdismo español, la mejor y más clara indicación de cuál es su verdadero camino. Ha de interpretar primeramente el nacionalismo exasperado que la pequeña burguesía republicana no pudo recoger en abril de 1931. Ha de abrir brecha en el frente rojo de los proletarios, arrebatando un sector de trabajadores y de militantes revolucionarios al marxismo.

La doctrina y la táctica de las izquierdas parecen estar cerradas a cal y canto a toda resonancia de carácter fascista. Sobre este extremo, cuanto ocurre y viene ocurriendo en España ofrece perfiles a la vez dramáticos y cómicos. Muchos identifican la ruta de las derechas con el fascismo. Pero lo que puede observar cualquiera, examinando las tácticas y los fundamentos doctrinales de izquierdas y derechas, es nada menos qne ésto: En España, las derechas son aparentemente fascistas, y en muchos extremos, esencialmente antifascistas. Y las izquierdas son aparentemente antifascistas, y en muchos aspectos y pretensiones, esencialmente fascistas. Esto, si no tiene un cien por cien de verdad, habrá que convenir que se acerca mucho a ella.

Ahora bien; el fascismo que puede desarrollar la pequeña burguesía izquierdista, cuando está flanqueado por el marxismo, como le acontece a la española, y cuando no dispone de una doctrina nacional fervorosa, como también le ocurre aquí, ese fascismo, repito, tiene un nombre poco envidiable: Méjico.

¿UN NACIONALISMO OBRERO ESPAÑOL?— TEXTOS DEL LÍDER REVOLUCIONARIO JOAQUÍN MAURIN

Aludimos en páginas anteriores a nuestra creencia de que en la entraña popular española encontrarían eco las. voces nacionales. Está por hacer un llamamiento así, que ligue la defensa nacional de España, su resucitación como gran pueblo histórico, a los intereses económicos y políticos de las grandes masas. Casi por entero, como también hemos dicho antes, se encuentran éstas bajo el influjo directo de los aventureros.

En un libro reciente de Joaquín Maurín, conocido jefe revolucionario (Hacia la segunda revolución, Barcelona, 1935), hay, al lado de la hojarasca standard propia de todo autor marxista, o que se cree tal, unas magníficas y formidables incitaciones para lograr la salvación nacional española. Maurín supera el sentido clasista a que, al parecer, le obliga su educación marxista, en él aún vigente, y presenta a los trabajadores el panorama de una posible acción revolucionaria, entre cuyos móviles u objetivos figure la vigorización nacional española. Para ello invoca y convoca a los proletarios, considerándolos como el sector de la Patria mejor provisto de abnegación, capacidad y brío. No dudamos en conceder a la actitud de Joaquín Maurín importancia extraordinaria, y quizá suponga el comienzo de un cambio de frente en las propagandas a los trabajadores, que, al descubrir la ruta nacional, y al disputarla incluso a una burguesía ramplona y sin vigor, puede llevar en sí el secreto de las victorias del futuro. A continuación presento citas literales del libro mencionado, e invito a que se me diga qué otro líder revolucionario de la izquierda más subversiva, como lo es Maurín, ha escrito cosas parecidas a estas:

La segunda República española constituye un fracaso, casi espectacular, más rápido aún, más fulminante, que el de la misma dictadura de Primo de Rivera.

La burguesía española ha tenido un destino trágico. Colocada en una situación geográfica admirable, se ha visto obligada a contemplar cómo la burguesía de los otros países sumaba victorias, mientras que ella vivía raquítica, pudriéndose en la inacción (pág. 9).

La aspiración de un español revolucionario no ha de ser que un día, quizá no lejano, siguiendo su impulso actual, la Península Ibérica quede convertida en un mosaico balcánico, en rivalidades y luchas armadas fomentadas por el imperialismo extranjero, sino que, por el contrario, debe tender a buscar la libre y espontánea reincorporación de Portugal a la gran unidad ibérica (pág. 40).

España tiene proporcionalmente menos población que Portugal y tres veces menos que Italia, país cuyas condiciones naturales son muy inferiores a las de España. Tomando los 132 habitantes que tiene Italia como punto de comparación con los 44 de España, se puede afirmar que la España de la decadencia ha enterrado en cada kilómetro cuadrado de terreno a 88 españoles (pág. 214).

Costa podría repetir que la mitad de los españoles se acuesta sin haber cenado. Hay una minoría que nada en la abundancia, que despilfarra, que vive espléndidamente, y una mayoría aplastante atormentada por el hambre y por la miseria. "Los que no son felices no tienen patria", había dicho Saint-Just. España—hoy—no es una patria (pág. 215).

Lo reaccionario en nuestros días sería el disolvente de España, la anti-España (pág. 224).

Un partido fascista necesita ser nacionalista rabioso, anticatólico en el fondo y partidario del capitalismo de Estado. El partido de Gil Robles no es nacionalista. Es agrario-católico, que es muy distinto.

El nacionalismo como fuerza, en un país como España, cuya unidad fué impuesta coactivamente por la Monarquía y la Iglesia, sólo puede alumbrarlo el proletariado (pág. 230).

La España de la decadencia, en la política internacional, se encuentra encallada entre dos escollos: Inglaterra y Francia. No puede salir de ahí. Francia e Inglaterra tienen encadenada a España desde hace largo tiempo, durante la Monarquía como en el período de la República (pág. 233).

A nuestro proletariado le corresponde llevar a cabo una tarea ampliamente nacional. ¿Estrechez nacionalista? ¿Contradicción con el internacionalismo socialista? Es posible que se pregunten los idólatras de las frases, eunucos anote la acción revolucionaria (pág. 240).

Libertadores de la juventud, atada hoy a un régimen moribundo que impide poner a prueba su fuerza expansiva, su intrepidez y su heroísmo.

La revolución no ha de ser para un partido, ni aun para una clase, sino para la inmensa mayoría de la población, que ha de considerarla como la aurora de un nuevo mundo más justo, más humano, más ordenado, más habitable, en suma (pág. 241).

El languidecimiento de la España burguesa, entre otras razones, es debido a que Inglaterra y Francia, cada una por su lado, han procurado que no resurgiera en la Península una nación poderosa, una gran potencia, que, de ocurrir, hubiera sido un rival peligrosísimo.

La monarquía absoluta, la monarquía constitucional, la dictadura y la República han seguido sin interrumpir una política internacional, no según las conveniencias de España, sino de acuerdo con los intereses de Francia e Inglaterra (pág. 247).

Los aliados naturales de España no son Francia e Inglaterra, mientras estos países sean capitalistas. La idea lógica de alianzas sigue otro meridiano. Y es: Portugal-España-Italia-Alemania-Rusia. Un bloque tal sometería a Francia y a Inglaterra (pág. 248).

Ahí quedan esos textos. Nadie dudará de que respiran emoción nacional española. Maurín, aunque todavía es hombre joven, tiene una experiencia de veinte años de lucha en el movimiento obrero marxista. Aun sigue en sus filas, como jefe de un partido no muy amplio, pero que dio luchadores destacados en Asturias, como el dirigente de Mieres, Manuel Grossi, E! marxismo tiene en sus garras a españoles como Maurín, que sin sujeción a los lineamentos dogmáticos marxistas, prestarían a España formidables servicios históricos. Pues es lo que aquí urge y falta: arrebatar la bandera nacional al grupo rabón que hoy la pasea sobre sus hombros, y satisfacer con ella los anhelos de justicia que laten en la entraña de la inmensa mayoría de los españoles. Sin lo nacional, no hay justicia social posible. Sin satisfacción social en las masas, la Patria seguirá encogida.

ESPAÑA Y EUROPA

Es bien notorio que España permanece ausente, desde muchas décadas atrás, de los hechos europeos decisivos. España, en realidad, ha sido una víctima de Europa, mientras Europa estaba representada por los emperialismos galo e inglés, enemigos esenciales de España y de su resucitación como gran potencia.

Pero esa Europa del inglés y del galo, vencedora en la Gran Guerra, es una Europa camino de la descomposición y de la ruina. Las últimas derivaciones del choque italo-inglés, y que tendrán lugar de modo inexorable dentro de muy pocos años—o quizá meses—, van a coincidir con el punto álgido de las dificultades europeas.

Hace crisis una concepción secular de Europa. Necesariamente cambiará el meridiano del poder europeo, que se desplazará de Francia e Inglaterra hacia el centro, para luego, en definitiva, fijarse en las zonas meridionales del Continente.

¿No supone todo ello la necesidad perentoria de que España se recobre, camino de sus nuevos deberes mundiales? Vuelve para nosotros la covun-tura internacional más ambiciosa y gigantesca. Para hacerla frente, lo primero que se precisa es recobrarse nacionalmente. Independizarse de la tenaza franco-británica y poseer el vigor que requiere la existencia de los pueblos libres.

Puede decirse que, a lo largo de la Historia, sólo dos hombres han tenido en sus manos el timón de Europa, con la conciencia de ejercer sobre ella una proyección salvadora. Son Carlos V y Napoleón. El primero ejerció de hecho su imperio. El segundo—también un meridional, un corso—realizó su misión a medias, sin ser apenas comprendido por Europa, a través de su consigna formidable contra el imperio del inglés.

Sólo el triunfo en nuestra España de un movimiento nacional firmísimo pondrá a la Patria en condiciones de no pestañear ante las responsabilidades históricas, de carácter internacional, que se le echan encima. Sólo una España fuerte puede decidir las contiendas próximas de Europa en un sentido progresivo y fecundo. Italia es pueblo demasiado poco vigoroso para tal misión, y si la emprendiese sola, se pondría rápidamente en las fauces del germano. Bien sabe esto Mussolini. El secreto de un nuevo orden europeo, que disponga de amplias posibilidades históricas, se resume en esta consigna que nos atañe: Resucitación española.

LAS PERSPECTIVAS INMEDIATAS.—¿LOS FAS-CISTIZADOS?

Es evidente que, tanto el sistema como la situación política misma que hoy rigen en España, carecen en absoluto de raíces. Son cosas en el aire, sin dos horas lícitas de futuro por delante. Ni el Estado, ni las fuerzas que lo apoyan, ni los nortes ideales a cuyo servicio dice estar el sistema, tienen la menor consistencia, ni siquiera respetabilidad.

Es falso que las cosas en política admitan espera. No parece admitirla tampoco la encrucijada presente de España. Si no está dispuesto y maduro lo que es conveniente, triunfará y se interpondrá un sustitutivo, más o menos eficaz y duradero.

Nuestra tesis es que España está a punto para la ejecución de la revolución nacional (fascista, en la terminología que el lector sabe). Cuanto ha ocurrido en España desde hace tres años es lo más adecuado y favorable que podía ocurrir para que fuese posible con rapidez y éxito la revolución nacional española. Lo primero era crear su instrumento político, es decir, la organización ejecutoria de ese designio. La realidad actual es que ese instrumento (que empezó a forjarse en las J. O. N. S., colaboró en ello F. E., y luego, más tarde, proseguido por ambas organizaciones unificadas) no ha podido, por diversas causas, vigorizarse suficientemente. Es, desde luego, garantía de futuro, pues sus bases son las exactas que España precisa. Pero no nos referiremos al mañana, sino al hoy presente e inmediato.

El problema fundamental es clarísimo, y sólo resoluble por una actitud fascista de la índole de la que en estas páginas se diseña. Pues hay hoy en España dos cosas inesquivables, dos angustias a las que dar expansión histórica gigantesca. Una, extirpar la poquedad actual de España, dar a los españoles una Patria fuerte y liberadora. Otra, satisfacer los anhelos de justicia de la gran mayoría de la población, que vive una existencia difícil y encogida, muchas veces miserable. Esos son dos imperativos de tal relieve, que su logro está y debe estar por encima de todo, presidiendo la empresa revolucionaria de los españoles, tras de su grandeza y liberación. Y para darles cara, se pisotea todo lo que haya que pisotear, desde la ordenación económica vigente hasta el tipo de vida melindroso y chato de las actuales clases directoras. Las palabras valen poco. Si esa empresa requiere que se verifique al grito de ¡Abajo el fascismo!, pues a ello. No hay dificultades. Aunque no por todas, es cierto que por muchas partes se va a Roma.

Parece evidente que en esta hora de España no existe una fuerza que decida el próximo futuro de la Patria y del pueblo con arreglo a esos imperativos primordiales. Este libro indicará y explicará al lector por qué no existe. El hecho es que su posibilidad victoriosa se ha aplazado y se ha desplazado de su hora, que es esta misma que vivimos.

No hay, pues, fascismo. Los que mejor lo saben son los antifascistas, y de ellos, los ejecutores de la revolución de octubre, que saben muy bien que sólo la ausencia del fascismo, del verdadero, les ha permitido recobrarse.

Si no el fascismo, ¿harán frente a la situación los fascistizados? La empresa es tan sencilla y oportuna que habrá que optar por suponer que sí. Los fascistizados son una realidad española fuerte, con posiciones ya conquistadas en el Estado y mucho que perder si el enemigo llega. Es, además, un factor impresionante la facilidad con que los proletarios clasistas se han enlazado de nuevo con el izquierdismo burgués republicano, encomendándole a Azaña una nueva misión rectora. Los fascistizados, ya se sabe, están hoy en lugares muy diversos; pero seguramente responderán con urgencia, el día que sea, al llamamiento del aldabonazo decisivo.

El sistema vigente está en ruinas. ¿Hay que decir que vive de la hipocresía de que todo régimen demoburgués tiene buen acopio? Pero llegará pronto un día—cosa de semanas o de meses—en que ese acopio se gaste, y que resulte ya difícil seguir diciendo a las gentes que vive en un régimen de libertad y democracia. Ese será el momento crítico, en que, o toman el Poder los elementos fascistizados a que nos venimos refiriendo, para ensayar un sistema nuevo, o se abre paso el frente azaño-marxista. Todos los afanes habilidosos, las cataplasmas centristas—que, como es sabido, están ya perfilándose—no podrán impedir que la situación española ande por las crestas, sin, más posibilidad panorámica que esas dos escuetas vertientes.

¿Quiénes son los fascistizados? Empresa bien fácil es señalarlos con el dedo, poner sus nombres en fila: Calvo Sotelo y su Bloque nacional. Gil Robles y sus fuerzas, sobre todo las pertenecientes a la J. A. P. Primo de Rivera y sus grupos, hoy todavía a la órbita de los dos anteriores, aunque no, sin duda, mañana. Sin olvidar, naturalmente, a un sector del Ejército, de los militares españoles.

Claro que esas fuerzas fascistizadas necesitan una acción militar convergente. Sin ella, en vez de Gobierno, quedaría reducido a Comité electoral de un bloque anti o contrarrevolucionario, que comprenderá esos mismos grupos a que nos hemos referido. Muchos parece que prefieren esa vía, deseando transferir el pleito a las urnas. Les rebasará, sin embargo, la plenitud de la coyuntura histórica.

Las posibilidades para un Gobierno de fascistizados son muchas. Muy encogidos tendrán que ser los hombres que representan hoy esas posibilidades para no hacerse cargo de ellas. De ahí que semejante hipótesis apenas se sostenga. El camino para ellos está claro, con visibilidad perfecta y fácil recorrido.

Un régimen más o menos militar no está nada fuera de las características españolas. Casi siempre ha sido España gobernada de ese modo. Los llamados espadones del siglo XIX fueron lo único que de valor político produjo esa centuria española. Unificaron, como pudieron y les fué posible, el vivir de la nación. Siempre han actuado aquí las espadas un poco como resortes supletorios. ¿No estamos también hoy ante la necesidad de suplir una fuerza nacional fascista, inexistente cuando es su hora exacta y propia?

Los equipos fascistizados tendrán que desarrollar su lucha, más que contra la inmediatez azaño-marxista (hoy sólo posible en el plano electoral), contra los valores centristas de la República, todavía en pie; contra la inconsciencia y la quietud de los que aun se muestran defensores de las formas demoburguesas y parlamentaristas. El izquierdismo revolucionario no tiene hoy posibilidades en el plano de la violencia. Sí las tiene en el plano electoral. Es cuanto necesitan saber los elementos fascistizados para el desarrollo de su estrategia política.

(Noviembre de 1935.)

IDEAS ACTUALES

EL INDIVIDUO HA MUERTO

Distingue a cada época una peculiar concepción del mundo, que es la clave de todas las valoraciones que en ella se hagan. El hombre exalta hoy lo que ayer despreciaron sus abuelos, y viceversa. Esto, que pudiera achacarse a la frivola caducidad de los valores, a relativismo ético y apolítico, es, sin embargo, la raíz misma de la Historia, donde se denuncia y aparece la objetividad y continuidad de la Historia.

Con gran frecuencia se oyen hoy grandes plañidos en honor y honra del individuo, categoría política que se escapa sin remedio. Un ligero análisis de la nueva política surgida en la postguerra señala el hecho notorio de que se ha despojado al individuo de la significación e importancia política de que antes disponía. El fenómeno es de tal rango, que encierra el secreto de las rutas políticas nuevas, y quien no logre comprenderlo con integridad, se condena a ser un espectador ciego de las hazañas de esta época. Resulta que un día el mundo ha descubierto que todas sus instituciones políticas adolecían de un vicio radical de ineficacia. Provocaban un divorcio entre la suprema entidad pública—el Estado—y los imperativos sociales y económicos del pueblo. El Estado se había quedado atrás, fiel a unas vigencias anacrónicas, recibiendo sus poderes de fuentes desvitalizadas y ajenas a los tiempos. El Estado liberal era un artilugio concebido para realizar fines particulares, de individuo. Su aspiración más perfecta era no servir de estorbo, dejar que el individuo, el burgués, atrapase la felicidad egoísta de su persona.

El Estado demoliberal aseguró al burgués cuantas garantías necesitaba para que nadie obstaculizara sus fines. Como respuesta aparecieron las turbias concepciones socializantes, marxistas, en las que hoy comenzamos a ver con claridad cómo permanecen fieles a los valores burgueses que aparentemente combatían. Las bases que informan el fondo cultural y humano del socialismo son burguesas. El socialismo no es más que el afán de que se conviertan en burgueses todos los ciudadanos. Depende, pues, de la civilización burguesa, y reconoce su superioridad, sin que aporte a ella ni un solo valor original y nuevo.

Pero la economía burguesa ha creado ella misma la degeneración y la ruina de la burguesía. Las exigencias de la producción situaron ante los pueblos un Valor nuevo: la solidaridad creadora. Los hombres descubrieron que junto a los "fines de individuo", que la civilización burguesa exalta, están los "fines de pueblo", los fines colectívos, superíndividuales, antiburgueses, cuya justificación no es reconocida por el Estado de tipo liberal burgués. El socialismo teórico—y el práctico, de acción, hasta la Revolución rusa—no logró salir del orbe de los "fines de individuo", y su anticapitalismo está basado en el deseo de que el Estado socialista garantice a "cada uno" la realización de sus fines.

Así, el socialismo—en contra de toda la terminología que utiliza—es individualista, burgués y permanece anclado en el mundo viejo.

Hoy triunfa en los pueblos la creencia de que la verdadera grandeza humana consiste en la realización de "fines colectivos, superindividuales". El problema que debe ocupar los primeros planos no es el de plantearse: ¿qué puedo hacer?, sino el de ¿qué puedo hacer con los demás? He aquí la verdadera etapa postliberal, antiburguesa, que hoy corresponde propagar al radicalismo político.

En el hombre cabe distinguir con toda claridad la coexistencia de dos focos o fuentes de acción. Uno es su yo irreductible, su conciencia individualísima, su sentirse como "algo" frente al mundo, que está afirmándose ante lo que no es él. A lo que en el hombre hay de esto, a su orbe anticivil, adscribía el Estado liberal, la civilización burguesa, los derechos políticos. El hombre poseía, pues, derechos políticos por lo que tenía de antisocial y negador de la política. Los derechos políticos eran capacidad de disidencia, equivalían a reconocer al hombre derecho a negar el Estado.

Pero el hombre no es sólo un "yo individual, una conciencia irreductible", sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de "conciencia irreductible" lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos "fines de Estado" que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos públicos. Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos. Sin él no existirían, y mal, por tanto, podría reclamarlos ser alguno.

El liberalismo se basaba, como vemos, en el craso error de reconocer derechos políticos a lo que en el hombre hay de antipolítico. Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan—Rusia, Italia, el Estado germano que postula Hitler—son antiliberales. En ellos se le reconocen al hombre derechos políticos por lo que en él hay de capacidad de convivencia, de cooperador a los fines del Estado. Por eso no hay derecho a la disidencia, o sea a la libertad frente al Estado. Que es entidad colectiva, fin último. (Pero prescindo ahora de seguir aquí este género de ideas, que constituyen el objeto de un libro próximo, donde procuraré apurar todos los razonamientos que utilizo.)

Hay, desde luego, hoy una necesidad, y es la de romper las limitaciones burguesas, individualistas; destruir sus finalidades e instaurar otras nuevas. A ello colaboran con magnífica eficacia las rutas económicas y las apetencias de grandeza que se despiertan en algunos pueblos. Es un hecho real, ineludible, la producción en serie. Y a la vez el afán europeo de uniformarse, de formar en unas filas y hundirse en ellas anónimamente. Estos dos hechos aclaran gran parte de las inquietudes políticas de ahora.

Distingue al burgués el afán de distinguirse. Su odio o indiferencia ante los uniformes ha sido hasta aquí mal interpretado. Se le creía surgido de una tendencia a no destacarse, a vivir en ignorada oscuridad. Nada de ello es cierto. El traje burgués es precisamente el que deja más ancho campo al capricho individual. Su aparente sencillez da, sin embargo, lugar a que exhiba una serie numerosísima de peculiaridades. Ahora bien: el burgués se conforma con distinciones mediocres: la sortija, la corbata, las pieles, el calcetín de seda. No en balde las destaca frente a otros burgueses para diferenciarse de ellos y provocar su envidia, o bien frente al proletario, a quien desprecia con odio de clase. El uniforme es prenda antiindividualista, antiburguesa, y debemos celebrar su nuevo triunfo. La producción en serie favorece esa tendencia a uniformarse que aparece en la nueva Europa. Quizá más que el burgués, sea la burguesía quien concentre más puramente ese género de fidelidad a la era individualista. La producción en serie es para la mujer del burgués una cosa absurda, que la condena a vestir igual que la vecina de enfrente. Ella desearía unos abalorios especiales, producidos exclusivamente para su uso, pero la economía de nuestro tiempo no tolera ese género de satisfacciones...

La rota de la burguesía va también enlazada al descubrimiento de que no le preocupan ni le importan las auténticas grandezas nacionales. Prescinde fácilmente de ellas y se dedica a labrar su propio e individual destino. Carece de virtudes heroicas, de optimismo vital, y ello le impide dedicaciones grandiosas.

Valores y productos burgueses que son, por ejemplo, los siguientes:

Pacifismo.	Indisciplina.
Humanitarismo.	Arbitrariedad
Individualismo.	Despotismo.
Seguridad.	Tiranía.
Liberalismo.	Explotación.

Teóricamente, no ha sido aún separada la civilización burguesa. Pero, de hecho, sí. Lenin, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al triunfo bolchevique un magnífico sentido antiburgués y antiliberal.

Disciplinado y heroico. De lucha y de guerra. Mussolini, en Italia, hizo algo análogo, logrando que un pueblo que en la Gran Guerra dio muestras de cobardía y de vileza, adore hoy la bayoneta y los "fines de Imperio". Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan,: el individuo* ha muerto.

RAMIRO LEDESMA RAMOS.

(23-V-1931.)

LOS INTELECTUALES Y LA POLÍTICA

En España, más que en ningún otro pueblo, la intervención de los intelectuales en la política constituye un grueso problema. La crítica es una función peculiarísima de la inteligencia como tal, y desde 1898 apenas si ha circulado por la vida española otra cosa que crítica. Ha sido el período de los intelectuales. En que se han presentado ahí, con una voz y un escalpelo. Como frente a ellos no ha existido sino un régimen en declive, en franca huida, su tarea crítica encontró aceptación en sectores populares, consumándose de este modo la gran faena de edificar negaciones.

El ciclo que comenzó en 1898 y ha devorado estérilmente dos generaciones llega hoy a su culminación con esos quince mil intelectuales que el señor Ortega y Gasset enarbola. Las circunstancias por que atraviesa la España actual hacen posibles las subversiones más cómicas, y tendría verdaderamente poca gracia que esas falanges meditadoras se hiciesen dueñas de los mandos.

La política no es actividad propia de intelectuales, sino de hombres de acción. Entiendo por intelectual el hombre que intercepta entre su acción y el mundo una constante elaboración ideal, a la que al fin y al cabo supedita siempre sus decisiones. Tal linaje de hombre va adscrito a actividades muy específicas, que no es difícil advertir y localizar. Así, el profesor, el hombre de ciencia, de letras o de pensamiento. Y esas otras zonas adyacentes, que corresponden a los profesionales facultativos. Entiendo por hombre de acción, en contraposición al intelectual, aquel que se sumerge en las realidades del mundo, en ellas mismas, y opera con el material humano tal y como éste es.

Política, en su mejor acepción, es el haz de hechos que unos hombres eminentes proyectan sobre un pueblo.

Pero las propagandas políticas son propagandas de ideas, se me dirá. Un siglo de palabrería hueca abona una afirmación así. Es lo cierto, sin embargo, que no hay ideas objetivas en política, única cosa que podría justificar la tarea interventora del intelectual.

No de ideas objetivas, esto es, no de pequeños orbes divinos, sino de hechos y de hombres, es de lo que se nutren las realidades políticas. Primero es la acción, el hecho. Después, su justificación teórica, su ropaje ideológico. Insistiré mucho en que nadie confunda esto que digo con el materialismo marxista, que es muy otra cosa. Pues aparte de que a nadie se le ocurriría desnudar de espíritu la acción política, existe la radical diferencia de que aquí no establecemos causalidad alguna entre acción e idea.

Las cosas reales que dificultan y moldean la marcha y la vida de los pueblos se rinden tan sólo al esfuerzo y a la intrepidez del hambre de acción. En la medida en que un pueblo dispone de hombres activos eminentes y les entrega las funciones directoras, ese pueblo realiza y cumple con más o menos perfección su destino histórico. En cuanto se intercepta el intelectual y le suplanta, el pueblo se desliza a la deriva, tras de horizontes quiméricos y falsos.

El intelectual prefiere a la realidad una sombra de ella. Le da miedo el acontecer humano, y por eso teje y desteje futuros ideales. De ahí su disconformidad perenne, su afán crítico, que le conduce fatalmente a hazañas infecundas. El material humano le parece imperfecto y bruto. Hurta de él esas imperfecciones posibles, que son la vida misma del pueblo, y se queda con lo que sea de fácil sumisión al pensamiento, a su pensamiento.

El hombre de acción, el político, se identifica con el pueblo. Nada le separa de él. No aporta orbes artificiosos ni ste retira a meditar antes de hacer. Eso es propio del intelectual, del mal político. Precisamente el tremendo defecto de que adolece el sistema demoliberal de elección es que el auténtico político, el hombre de acción, queda eliminado de los éxitos. En su lugar, los intelectuales—y de ellos los más ramplones y mediocres, como son los abogados—se encaraman en los puestos directivos. El sistema político demoliberal ha creado eso de los programas, falaz instrumento de la más pura cepa abogadesca.

El hombre de acción no puede ser hombre de programas. Es hombre de hoy, actual, porque la vida del pueblo palpita todos los minutos y exige en todos los momentos la atención del político.

Al intelectual se le escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuro. De ahí eso de los programas, elegante medio de bordear los precipicios inmediatos. El intelectual es cobarde y elude con retórica la necesidad de conceder audiencia diaria al material humano auténtico, el hombre que sufre, el soldado que triunfa, el acaparador, el rebelde, el pusilánime, el enfermo, o bien la fábrica, las quiebras, el campo, la guerra, etc. etc.

Ahora bien; en un punto los intelectuales hacen alto honor a la política y sirven y completan su eficacia. En tanto en cuanto se atienen a su destino y dan sentido histórico, legalidad pudiéramos decir, a las acciones—victoriosas o fracasos—a que el político conduce al pueblo. Otra intervención distinta es inmoral y debe reprimirse.

Si el intelectual subvierte su función valiosa y pretende hacerse dueño de los mandos, influir en el ánimo del político para una decisión cualquiera, su crimen es de alta traición para con el Estado y para con el pueblo. En la política, el papel del intelectual es papel de servidumbre, no a un señor ni a un jefe, sino al derecho sagrado del pueblo a forjarse una grandeza. Afán que el intelectual, la mayor parte de las veces, no comprende.

La cuestión que abordamos en estas líneas es de gravedad suma aplicada a este país nuestro, que atraviesa hoy las mayores confusiones. Aquí, el intelectual sirve al pueblo platos morbosos y busca el necio aplauso de los necios. Sabe muy bien que otra cosa no le es aceptada ni comprendida, y es sólo en el terreno de las negaciones infecundas don-que halla identidad con la calle.

Ahora bien; el intelectual constituye un tipo magnífico de hombre, y es de todas las castas sociales la más imprescindible y valiosa. Su concurso no puede ser suplantado por nada y le corresponden en la vida social las elaboraciones más finas. El intelectual mantiene un nivel superior, de alientos ideales, sin el que un pueblo cae de modo inevitable en extravíos mediocres y sencillos. En España no hemos podido conocer todavía una colaboración franca de la Inteligencia con las rutas triunfales de nuestro pueblo. El intelectual se ha desentendido de ellas, ajeno a la acción, persiguiendo tan sólo afanes destructores. Puede ocurrir que ello se deba a que no ha gravitado sobre el pueblo español el imperio de una gran política. Y a que se requería el intelectual para contubernios viles. Sea lo que quiera, el hecho innegable es que el intelectual no ha contribuido positivamente, como en otros pueblos, a la edificación de la problemática política de España.

Además de esto, los intelectuales españoles ofrecen hoy el ejemplo curioso de que no se ha destacado de ellos ni media docena de teóricos de una idea nacional, hispánica, figurando en tropel al servicio de los aires extranjeros. Ello es bien raro, y explica a la vez que los sectores de cultura media de España tarden en percibir las corrientes políticas que hace ya un lustro circulan por Europa. Se sigue rindiendo culto exclusivo a las ideas vigentes hace cincuenta años, y estos retrasos de información y de sensibilidad se traducen luego en dificultades para conseguir y atrapar las victorias que nuestro tiempo hace posibles.

Hay tan sólo una política, aquella que exalta y se origina en el respeto profundo al latir nacional de un pueblo, que pueda y merezca arrastrar en pos de sí la atención decidida de los intelectuales. Un intelectual, si lo es de verdad, vive identificado con las aspiraciones supremas de su pueblo. La acción política que esté vigorizada por la sangre entusiasta del pueblo encuentra fácilmente enlaces especulativos con los intelectuales. Es lo que acontece hoy en Italia, país donde reside un anhelo único entre los intelectuales, políticos y pueblo. Es lo que acontece casi en Rusia, a pesar de que su política nacional es de tendencia exclusivamente económica y marxista, esto es, extranjera.

Es lo que acontece en grandes sectores de Alemania, y en este país tenía ese mismo sentido la adhesión tan comentada de los sabios universitarios al Kaiser, supuesto supremo representante del alma germana.

Y la colaboración nacional, positiva, de los intelectuales a la política hispana, ¿dónde aparece?

RAMIRO LEDESMA RAMOS.

(11-IV-1931.)

ANTE EL PROBLEMA DEL TRIGO

OFRECEMOS UN CAMINO PARA ESTABILIZAR SU PRECIO, PARA BENEFICIAR A LOS LABRADORES Y AL INTERÉS PUBLICO, PARA ACABAR CON LA IGNOMINIA DE LOS ACAPARADORES Y ESPECULADORES, QUE ARRUINAN EL CAMPO ESPAÑOL Y EXPLOTAN A TODO EL PUEBLO

En torno al problema del trigo se han levantado en España diversas banderas. Nos atrevemos a decir que ¡ninguna ha surgido al calor del único interés legítimo en estas grandes cuestiones: el interés general de España, el interés de todo el pueblo. Aquí se perciben con más claridad las deficiencias de una economía anárquica, a merced de las audacias criminales de los especuladores, que siempre envuelven y mezclan su

interés al de los verdaderos perjudicados por su parasitismo. Acontece, en efecto, ahora, que entre las lamentaciones y quejas por el precio variable e ínfimo del trigo, por su difícil venta y colocación en el mercado, se oyen las voces, no ya de los labradores verdaderos, de los campesinos que cultivan con esfuerzo el trigo en sus tierras, sino de los acaparadores, de los intermediarios, que con el trigo en sus paneras, comprando sabe Dios a qué precio, claman luego por su venta a tipos altos.

En la irregularidad de la compraventa del trigo es donde se advierten, repetimos, los radicales efectos de la actual ordenación económica. Pues es un producto que se presta como ningún otro a la más perfecta regulación de su mercado, sobre todo en un país como España, donde normalmente la producción y el consumo casi se nivelan de un modo natural.

La primera necesidad es estabilizar su precio de un modo firme. Esta es, además, la mejor gaarntía para los labradores, pues si hay varios precios, si hay en el año fluctuación de precios, téngase la seguridad de que siempre se las arreglarán los intermediarios para que los productores les vendan el trigo en la coyuntura del precio más bajo. Nada más sencillo que lograr matemáticamente la estabilidad del precio del trigo. Se trata de un producto de consumición, puede decirse que fija, poco sensible a los precios. Es decir, en España y en todas partes, se consumirá poco más o menos la misma cantidad de trigo, sea cualesquiera su precio. Es un artículo de primerísima necesidad, y su consumo invariable depende sólo de cifras demográfica?, de la cuantía de la población, que naturalmente n,o cambia ni se modifica en horas.

Las tasas, la fijación de precios mínimos y demás medidas normales de la economía liberal carecen, de toda eficacia. Son fácilmente burladas, y todos los beneficios que pudieran extraerse de ellas no recaen nunca sobre los labradores, ni sobre todo el pueblo, sino sólo sobre los grandes caimanes que tienen montado y organizado el negocio de acaparar y especular con el trigo.

Nosotros proponemos una solución nada excesivamente revolucionaría, sensata, que concuerda incluso con las elaboraciones de economistas y teóricos ajenos a nuestra disciplina nacionalsindicalista, si bien no del todo lejos de nosotros.

Se dirige a lograr lo que nosotros consideramos eje cardinal del problema del trigo: estabilizar su precio, impedir la acción de los intermediarios. Vedla:

La solución está en suprimir la concurrencia entre los productores, asegurándoles a todos un precio de compra igual y que sólo dependa de la calidad de los productos.

Para ello sería preciso que el Sindicato Nacional del Trigo, entidad nunca controlada por intereses particulares, creado con la colaboración de todos los interesados y del Poder público, pudiese efectuar la compra de la totalidad de la recolección a un precio estable. Ahora bien; este organismo sólo podría conseguir esa estabilización en todo momento a base de las tres condiciones siguientes:

1.ª El Sindicato tendría el monopolio de las exportaciones y las importaciones.

2.ª Le sería delegado el monopolio de compras.

3.ª Monopolizaría asimismo la venta del trigo.

En lo que concierne al precio de compra, no tendría por sí solo atribuciones para fijarlo. El precio habría de ser fijado periódicamente por el Gobierno, que se inspiraría en una sola finalidad de interés nacional: la de nivelar en lo posible la producción y el consumo. Para evitar tanto el ser tributarios del extranjero como la anomalía de la sobreproducción. Si el precio que se fije es equitativo y justo, logrará evidentemente alcanzar la producción necesaria, si es inferior, y disminuirla en caso de sobreproducción perturbadora.

Lo que pretendemos es que una vez fijado el precio de compra, pueda el Sindicato mantenerlo durante un largo período sin necesidad de sacrificios económicos del Estado.

Hemos dicho que un precio justo lograría el equilibrio entre la producción, y el consumo; pero, naturalmente, en la práctica el equilibrio exacto no podría alcanzarse, debido, por ejemplo, a que las circunstancias atmosféricas que influyen en la cuantía de las cosechas no son previsibles. Examinemos, pues, cuál sería el funcionamiento del Sindicato en los casos que pueden presentarse:

1.° En caso de recolección deficitaria.

2.° En caso de que la recolección equivalga aproximadamente al consumo.

3.° En caso de sobreproducción.

Si la recolección es deficitaria, el Sindicato compraría la totalidad de la misma al curso fijado, o a los diversos precios, ya que, desde luego, convendría tina discriminación, severa de la cualidad del cereal.

El Sindicato importaría las cantidades necesarias para colmar el déficit, y, naturalmente, las pagaría a los precios vigentes en los grandes mercados cerealistas donde las adquiriese. En este caso, el precio de venta a

los harineros podría ser inferior al precio de compra a los productores nacionales, porque las compras en el extranjero tendrán la consecuencia de rebajar el precio medio por quintal.

Semejante eventualidad es, por otra parte, apetecible, porque en caso de recolección deficitaria el precio único de compra sería, naturalmente, más elevado. Además, el Sindicato, que habría comprado, por ejemplo, a los labradores españoles a cien pesetas, y cuya media de compra al extranjero fuese de 90, no vendría obligado a revenderlo a los harineros también a 90. Podría señalar 95 pesetas y constituir así una reserva de previsión, bien para entregar al Estado como compensación a los derechos de aduanas, bien para gastos de gestión.

En regla general, como se ve, para el caso de recolección deficitaria, el trigo puede venderse a los harineros a precio aun más bajo que el fijado para la compra a los labradores nacionales.

Si la recolección es aproximadamente la misma que el consumo, el Sindicato compraría a los productores al precio fijado. Y el precio de venta a los harineros sería aumentado tan sólo en los gastos de gestión.

Y resultando, pues, que en este caso de recolección niveladora, los precios de venta del Sindicato Nacional no diferirían mucho de los de compra a los labradores.

* * *

Si hay exceso de producción, el Sindicato compraría, asimismo, al precio marcado—que en este caso no sería muy alto—la totalidad de la recolección.

El excedente sería, en parte, exportado a los precios vigentes en los grandes mercados cerealistas. Otra parte podría ser retenida, inventariándola según los precios mundiales del trigo. Las diferentes operaciones producirían una pérdida variable según la importancia de la recolección.

El Sindicato podría cubrirse de esta pérdida contable, vendiendo el trigo a los harineros o a otros consumidores a precios más altos que el de compra.

La diferencia entre el precio de compra y el de venta variaría, naturalmente, según la importancia de los excedentes. De otra parte, si el precio de compra debe ser lo más estable posible, el Sindicato, para equilibrar sus operaciones, puede modificar con más frecuencia sus precios de venta y practicar, también con más rigor, la diferencia de la cualidad de los trigos. (Queremos decir con esto que puede señalar tipos de compra más bajos para los trigos de peor calidad o susceptibles de originar una sobreproducción; en tal caso, la diferencia entre los precios de venta de las diversas calidades no tendría por fuerza que ser la misma que la señalada en los de compra.)

Nos encontramos, pues, que en el caso de recolección excesiva, los precios de venta del Sindicato Nacional tendrían que ser superiores a los de compra, a fin de que fuese posible cargar con cantidades superiores a las que se precisan.

* * *

Hemos visto que en las tres hipótesis señaladas el curso que se fijase sería, desde luego, efectivo y podría mantenerse sólo con las operaciones del Sindicato.

Para efectuar con éxito sus operaciones, el Sindicato tiene necesidad de que se le otorgue el monopolio de las exportaciones y de las importaciones del trigo, a fin de que, manteniendo estable el precio de compra, pueda equilibrar en todo momento la importancia de sus stocks y las necesidades del consumo.

El Sindicato necesita el monopolio de compras porque sólo la existencia de un comprador único permite la fijación de un precio único. Además, no se olvide que, en este caso, ese comprador único estaría sólo guiado por el interés nacional. No pretende comprar a un precio bajo o alto, sino al precio equitativo y justo que le es impuesto.

El Sindicato tiene también necesidad del monopolio de ventas, pues es mediante la diferencia del precio de compra y el de venta como logra realizar el equilibrio financiero de sus operaciones. Y es, asimismo, gracias al doble monopolio de compras y ventas, como se hace posible arbitrar la gradación de precios por calidades. Y no se olvide que este arbitrio le hemos señalado como eficaz contra la sobreproducción.

En realidad, en la situación actual, un exceso en la recolección representa una producción perturbadora para el equilibrio del mercado que debe tenerse en cuenta. Y es a la masa general de los agricultores a quien, en su propio interés, se la obliga hoy a soportar esta carga, ya que así puede evitar una grave caída de los precios. El Sindicato Nacional, en cambio, autorizado para vender más caro que él haya comprado, reparte por igual esa carga entre todos los interesados por el trigo, es decir: labradores, harineros y público consumidor, puesto que, gracias al Sindicato, la totalidad de lo que haya sido pagado por los consumidores vuelve a los productores disminuida sólo en los gastos de gestión.

He aquí, sencilla y brevemente expuesto, un plan de estabilización del precio del trigo y de remedio a las irregularidades actuales.

El Sindicato que postulamos, no hay que decir que lo entendemos en absoluto libre de toda injerencia de intereses particulares y privados.

En nuestro próximo número quizá respondamos a las objeciones que pueden sernos hechas.

ROBERTO LANZAS.

La Patria Libre, núm. 6.

(Sábado 23-III-1935—Año 1.)

Nuestra respuesta a las objeciones que se nos hacen al plan para la estabilización del precio del trigo:

EL SINDICATO NACIONAL DEL TRIGO

Saben nuestros lectores que en el último número de La Patria Libre expusimos con toda claridad un plan para lograr la estabilización del trigo, excluyendo en absoluto la acción de los intermediarios y especuladores. Se trata de crear el Sindicato Nacional del Trigo, al objeto de introducir métodos coherentes en la economía cerealista española, hoy por completo anarquizada en detrimento de los labradores y del interés público, y en beneficio exclusivo de la piratería intermediaria.

El plan que exponíamos no lo consideramos, naturalmente, exento de objeciones. Puede ser objeto de críticas. Se nos han hecho varias, a las que, desde luego, nos resulta fácil dar satisfactoria respuesta. Así lo hacemos a continuación, recomendando a la vez a nuestros críticos un mejor examen del plan y de sus consecuencias.

Alguien nos indica que su funcionamiento equivale a un impuesto indirecto contra los productores.

Otros sostienen que desde el momento que existe un monopolio a favor de un organismo, sea el que sea, se da un golpe intolerable a la libertad de transacciones.

Otros insisten en el carácter teórico del plan, y que debido a las grandes probabilidades de fraude y a las dificultades de organización, no podría sin duda funcionar en la práctica.

* * *

En presencia de estas críticas nosotros decimos: La diferencia eventual entre los precios de compra y los de venta no tiene en modo alguno carácter de impuesto. Sería, en todo caso, el más indirecto de los impuestos, porque el productor no tendría que desprenderse de nada, no tendría que temer medida alguna vejatoria por parte del fisco. A los labradores no tendría que preocuparles más que una cosa: que el precio señalado para las compras del Sindicato fuese rentable.

Si el Sindicato Efe ve luego obligado a vender más caro es porque ha adquirido la totalidad de la recolección.. Repetimos que la diferencia entre los precios de compra y los de venta no representa ni un impulso ni un beneficio. Los importes, por el contrario, en sai totalidad, están destinados a los productores del trigo.

* * *

Respecto a que se trate de un nuevo organismo más del Estado y que represente un intolerable ataque a la libertad de transacciones, no lo creemos así. Habrá que precisar los conceptos.

Sería, en efecto, el Sindicato un signo de estatismo, pero de un carácter absolutamente nuevo, que no gravaría en nada el presupuesto del Estado. El Sindicato Nacional del Trigo aseguraría por el mismo el equilibrio de sus ingresos y de sus gastos. No sobrevendrían pérdidas para el Estado, porque si su gestión es racional, no puede haber pérdidas de ninguna clase. No se olvide que el Sindicato que propugnamos entra más que en un sistema de estatismo en uno de corporaciones. La corporación no fija el precio, sino que, una vez fijado por los Poderes públicos en nombre del interés general, asegura el respeto a ese precio en beneficio de los intereses particulares de sus miembros. El interés general exige un precio justo, y el interés particular de la corporación, que este precio sea efectivo y que beneficie a todos.

Si hay, en efecto, un ataque a la libertad de comercio, es en un solo punto: no hay libertad para malvender o vender a intermediarios, no hay libertad para especular y hay siempre, por el contrario, para todos los labradores, la certidumbre de que venderán todo el trigo al precio convenido.

Pero una vez admitida esta restricción, una vez que el productor se someta a esta sencilla disciplina, conserva todas sus libertades. Puede sembrar a su gusto, puede elegir la variedad de simientes que le convengan. Su economía, pues, será perfectamente libre. El único regulador de sus iniciativas será, como en el sistema liberal más ortodoxo, el precio a que ha de vender el trigo. Y el precio será un regulador tanto más sincero mientras más estable. Y no será la resolución la que influya sobre el precio, incidencia llena de incertidumbres, sino que es mediante el precio como se influirá en la recolección, intervención más fija y segura porque quien siembre no estará así nunca tentado por la esperanza de que sobrevenga un alza problemática y milagrosa.

* * *

Las críticas más serias que se nos envían afectan al posible funcionamiento del Sindicato. Reconocemos que se advierten, desde luego, dificultades numerosas para su puesta en práctica, es decir, para pasar de la concepción teórica a la plena realidad del plan.

Pero a esas dificultades puede intentarse hacerles frente.

¿Cuál sería la personalidad jurídica del Sindicato Nacional del Trigo y cómo funcionaría? Habría secciones regionales y locales. El labrador podría vender directamente su trigo al harinero, y, en tal caso, habría que señalar una tasa a percibir en provecho del Sindicato. Existe, asimismo, problema en el establecimiento de los precios relativos a las diversas calidades del trigo. También en la salvaguardia contra el fraude, ya que hay una diferencia entre el precio de compra y el de venta. ¿Serían sometidos los harineros a un severo control, o, por el contrario, debería recaer la vigilancia sobre los labradores?

Naturalmente que un Sindicato al que se le iban a señalar poderes tan complejos, tan extensos, habría de ser de un funcionamiento muy delicado. Se le presentaría un manojo de problemas de organización cuya solución no resultaría fácil para una sola persona. Y, además, a las dificultades obligadas de orden práctico, habría que añadir sin duda las que iban a crear los intereses particulares heridos, y que intentarían sabotear y desacreditar al Sindicato.

El Sindicato Nacional, que representaría el conjunto de los cultivadores, habría de tener el mayor interés como corporación en que el fraude no comprometiera el éxito de la empresa. Poco a poco, la técnica del funcionamiento del Sindicato, que al principio sería rudimentaria, iría cobrando robustez. Con auxilio de la experiencia se simplificarían las operaciones, se perfeccionaría el sistema de los diversos precios, según las calidades, y, desde luego, se encontrarían los labradores con la gran ventaja de que a su preocupación por el buen o el mal tiempo no tendrían que añadir otra tan profunda como esa: la preocupación por los precios del trigo en el mercado.

Creemos que en nuestro plan hay, entre otras, una visible ventaja, y es la supresión de los intermediarios. Continuarían, si acaso, en una esfera de acción limitadísima. Esto es, no serían ya sino los mandatarios de otros, a los efectos de evitar pérdidas de tiemno y de agrupar a los productores más pequeños. Pero desaparecerían sin ninguna duda los grandes beneficios especulativos nacidos del agio y de las maniobras escandalosas de los acaparadores.

Publicado en La Patria Libre, el 30 de marzo de 1935, con el seudónimo de R. Lanzas.

LAS MINAS DE RIOTINTO

Sabido es que España ocupa el primer lugar en la producción mundial del cobre. Su riqueza mir ñera, que alcanza también relativa importancia en otros productos, tiene en las piritas de hierro y cobre su exponente más fértil. Más de la mitad de toda la producción mundial de estas piritas se obtiene de nuestras minas enclavadas en las provincias de Sevilla y Huelva. Esa producción española pasa de 3.000.000 de toneladas anuales.

Unas dieciocho Compañías se reparten todas las minas. De ellas, quince son extranjeras. Las tres restantes alcanzan una proporción irrisoria respecto a la totalidad de piritas extraídas. Unas 50.000 toneladas.

Según datos de 1920, el capital extranjero que había en España colocado en la industria minera del cobre era de unos 145 millones de pesetas. Lo que supone aproximadamente un quinto de todo el capital español empleado en minas.

Lógicamente cabría esperar que el hecho de poseer España en su territorio una tal riqueza en la industria del cobre, daría a la economía de nuestro país un gran impulso en cuanto se relacionase con esta materia prima y su sucedánea, el azufre.

No ocurre así, pues las Empresas extranjeras beneficiarías exportan el material bruto en su casi totalidad. De ese modo, España no obtiene ventaja alguna en cuanto a las industrias transformadoras, ni

tampoco en relación con el consumo mismo del cobre. Parece que no llega ni al tres por ciento la cantidad de piritas que se transforman o benefician en España. El resto lo exportan las Compañías al extranjero, como materia prima para dar lugar a la obtención final del cobre y ácido sulfúrico. El establecimiento en España de esas industrias transformadoras y el hacer realmente de nuestro país el centro productor y exportador del cobre y sus derivados supondría un incremento de riqueza al que tenemos los españoles pleno derecho. Para mayor sarcasmo, resulta que correspondiendo al suelo español ese enorme porcentaje que hemos visto en cuanto a la producción mundial, es España quizá el país donde el cobre tiene un precio más alto. Es decir, que los industriales españoles que utilizan el cobre como materia prima tienen, que pagarlo a un precio mayor que en otras naciones. Y no una diferencia leve, sino casi unas 600 pesetas más por tonelada. Como si dijéramos, el tributo que se ven obligados a pagar los españoles por la desgracia de que en su territorio existan los más fecundos yacimientos de ese metal.

* * *

El caso de las minas de Ríotinto, dentro del panorama global del cobre en España, tiene relieves especiales, que obligan a poner en él atención más urgente y angustiosa. El origen de la concesión, su desarrollo, los enormes beneficios que logra, el carácter mismo de la industria extractiva, etc., etc., son detalles que han contribuido a formar aquí y fuera de aquí, en torno a Ríotinto, una atmósfera de explotación colonial irritante para la dignidad moral y para los intereses económicos de los españoles.

Las minas de Ríotinto, antes de pasar a manos de los capitalistas ingleses, pertenecían al Estado. Son bien conocidas las circunstancias en, las que el Estado procedió a su enajenación y venta. Ello fué acordado el 25 de junio de 1870, en la etapa del Gobierno provisional que rigió España después de la revolución del 68. Según la ley minera vigente en aquella fecha, el Estado se atribuía la propiedad de "las minas de azogue de Almadén y Almadenejos; las de cobre de Ríotinto; las de plomo de Linares y Falset; las de azufre de Hellín".

En la ley de Presupuestos de 1872, se autorizaba al Gobierno para proceder a la enajenación de las minas, lo que se llevó a efecto el 29 de marzo de 1873, a las pocas semanas de haberse establecido la primera República. El importe de la venta, dada la magnitud y riqueza de los yacimientos, fué una cantidad ínfima: 93 millones de pesetas.

La concesión es, pues, una de tantas consecuencias desgraciadas que se siguieron para el país a causa de los atascos financieros y de las contiendas políticas del siglo XIX. El ejemplo clásico de los Estados agónicos: dificultades financieras vencidas al estilo del heredero manirroto e irresponsable.

Pero no sólo hay en la venta de las minas el hecho absurdo de su poco coste, sino a la vez una inconsciente carencia de condiciones en lo que se refiere al régimen jurídico de la explotación, a los impuestos que habría que satisfacer y a su influencia en el mercado del trabajo.

Esta confusión e inconsciencia ha permitido a la Compañía eludir durante años el pago de ciertos cánones establecidos, la satisfacción de impuestos y, a la vez, hacer su realísima gana en todo cuanto se refiere a personal, tanto al técnico como al de mano de obra.

Con todas las ventajas a favor de la Compañía, desde la cifra menguada de la enajenación hasta el de realizarse hasta aquí la explotación en un plan de debilísima complexión política, de cierto letargo en su conciencia nacional, el negocio ha producido a los capitalistas ingleses cifras exorbitantes, beneficios cuantiosísimos.

Hagamos, con, crudeza y elocuencia matemáticas, mención concreta de esos beneficios:

En un libro sobre los precios del cobre, publicado en el año 1935, encontramos este párrafo definitivo, sobre el aspecto que nos ocupa:

"La Compañía de Ríotinto en el transcurso de los veintiocho años (período de 1902 a 1932) obtuvo de beneficios netos la suma de 32.566.112 libras esterlinas, que valoradas al cambio actual, suponen 1.178 millones de pesetas."

Las ganancias anuales medias que corresponden a esas cifras son las de unos cuarenta millones de pesetas. Es decir, que con sólo las correspondientes a dos años ha podido satisfacer la Compañía el importe que pagó al Estado español por la propiedad de las minas.

Añádase que esos beneficios son los declarados oficialmente por la Compañía en sus balances, y no se erraría mucho afirmando que la realidad da cifras aún mayores.

Un escritor socialista, Ramos Oliveira, en libro reciente, escribe sobre este mismo extremo: "Al margen de las cifras oficiosas de la Entidad hay quienes aseguran que la Compañía de Ríotinto ha venido distribuyendo todos los años entre accionistas 90 a 100 millones de pesetas. Mas tenemos suficiente con los balances públicos de la Compañía para formarnos una idea del negocio que han hecho los ingleses con nuestro cobre. En resumen: los beneficios líquidos de la referida Compañía en los veintidós años últimos suman 21.912.672 libras esterlinas. Calculando a la par, es decir, prescindiendo de la baja de la peseta y

considerando la libra al cambio de 25, resulta que los beneficios de la Compañía en el período 1910-1932 ascienden a unos 560 millones de pesetas."

¿Para qué más?

Esas ganancias fabulosas no han excluido pugnas durísimas con los trabajadores, con nuestros compatriotas, los mineros de Ríotinto. En la memoria de todos están sus huelgas heroicas y las dificultades con que han ido arrancando a los capitalistas ingleses algunas mejoras desmedradas.

Pues si examinamos cuanto se refiere al personal técnico y administrativo empleado por la Compañía para la explotación de Ríotinto, nuestro sonrojo nacional se hace aún más dramático.

La casi totalidad de los ingenieros y funcionarios son ingleses. Los de nacionalidad española son poquísimos, puede decirse que los imprescindibles para algunos trámites de los que no ha podido desasirse la Compañía en sus relaciones con la legislación española de minas. Esa desproporción numérica aparece asimismo en la retribución de que se hace objeto a unos y otros en los sueldos que perciben.

Véanse unas cifras que tomamos de un libro del diplomático español, señor Sevillano: "Dicha Compañía sostiene 73 técnicos, de los cuales son de nuestro país solamente ocho. Los sueldos de aquéllos suman 1.934.142 pesetas; el de los españoles, 102.323 pesetas. El sueldo medio de los ingleses es de 29.000 pesetas; el de los españoles, 12.700 pe-Betas.

RÍOTINTO, EMPRESA COLONIAL

Pasemos por alto las características de la explotación,, hecha sin la menor consideración moral ni material para los intereses españoles. Gran trabajo y múltiples gestiones costó, por ejemplo, a los Gobiernos españoles lograr que cambiase la Compañía sus procedimientos para la extracción del mineral, que a causa del desprendimiento de ciertos humos malograban las cosechas de los alrededores.

Pero hay un detalle que vamos a extraer de palabras mismas del presidente de la Compañía, y que revela el concepto en que los explotadores tienen su negocio minero de Ríotinto.

En una Junta general de accionistas celebrada el año 1932, al referirse cierto señor a la baja de los precios del cobre y a la inquietud que producía ese hecho en las Compañías propietarias de minas de este metal, anunció con optimismo que a la de Ríotinto no afectaba apenas el problema, porque los costos eran afortunadamente más reducidos. Esta declaración quiere decir de un modo paladino que los salarios que satisfacía la Compañía a los mineros españoles eran y son, mucho más bajos que los que pagaban, otras Compañías en otros países. Así hacían frente a la crisis de precios y así lo compensaban, a costa del esfuerzo y del hambre de los trabajadores españoles.

En la misma declaración añadía el presidente de la Compañía que sólo la explotación de la mina "Rokana", de África del Sur—¡cuyos trabajadores son negros!—, aventajaba en ese aspecto a la de Ríotinto. "Rokana y Ríotinto—decía—, por lo que al cobre cementado se refiere, son las dos minas productoras de costos más bajos." ¡Qué cinismo!

HAY QUE RESCATAR LAS MINAS DE RÍOTINTO

;,Para qué proseguir en la exposición de más datos sombríos? Todo cuanto se refiere a Ríotinto nos obliga a los españoles a plantearnos con urgencia el tema y el problema de su rescate.

Escribe Ramos Oliveira: "¡Si fueran sólo las minas! Ferrocarriles, edificios, hectáreas y más hectáreas de terreno arbolado? todo es de la Compañía. Huelva, colonia inglesa, ya no se verá libre de sus rubios dominadores hasta que se agote el mineral o hasta que una revolución en circunstancias afortunadas cancele el tropiezo de 1873."

Y nosotros decimos: La hora de plantearse esa necesidad ha llegado. Hay que rescatar para España las minas de Ríotinto. Sobran las razones para efectuar y lograr ese rescate.

¿Cómo? Sencillísimo. Lo primero es denunciar el modo anormal con que se hizo la enajenación. Se acordó en 1870. Se autorizó en 1872. Y se realizó en 1873, cuando no había en España Constitución alguna. Por lo demás, los escandalosos beneficios, la riqueza que sustrae a la economía española y la irritante circunstancia de que se nos arranque la industria del cobre de un modo abusivo son hechos suficientes para plantear con decisión el problema.

En realidad, no habría necesidad de pagar a la Compañía cantidades o indemnizaciones de importancia: Llegado el caso de tratar semejante cuestión, no podrían olvidarse estos hechos:

1.° La empresa abonó al Estado una cantidad insignificante.

2.° Lleva 75 años extrayendo de las minas beneficios considerables.

3.° Que los yacimientos tienen que haber mermado en proporción a la explotación intensiva a que se han sometido durante todos esos años.

Quiere ello decir que añadiendo a la cuarta parte del costo de las minas una cantidad prudencial por utilaje, edificios, etc., etc., podrían pasar de nuevo las minas al Estado. Eni la seguridad de que aunque se disminuyese esa cantidad hasta el mínimo, no se vulneraba precepto alguno de la Justicia.

La consigna de rescatar las minas de Ríotinto es de orden nacional y corresponde mejor que a otros sectores del país a las grandes masas trabajadoras de España. Deber de todos los dirigentes y organizaciones es adoptarla con el máximo de valor y de energía.

(Publicado en Nuestra Revolución el 3 de julio de 1936, con el seudónimo de Roberto Lanzas.)



Precio: 6 ptas.

EDICIONES FE





EDICIONES FE

PRECIO: 6 PTS.